This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

WIDENER
HN QU9Y A

Span 5931.1.31

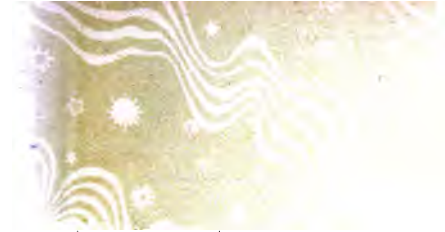
Harvard College Library

FROM THE BEQUEST OF

FRANCIS B. HAYES

Class of 1839

This fund is $10,000 and its income is to be used
"For the purchase of books for the Library"



SALVADOR RUEDA

EL GUSANO DE LUZ

NOVELA ANDALUZA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
TIPOGRAFÍA DE «EL CRÉDITO PÚBLICO»
Conchas, 1, dupdo. y 3.

1889.

EL GUSANO DE LUZ

SALVADOR RUEDA

EL GUSANO DE LUZ

NOVELA ANDALUZA

MADRID
IMPRENTA DE EL CRÉDITO PÚBLICO
Conchas, 1 duplicado y 3.

1889

Span 5931.1.31

HARVARD COLLEGE
OCT 18 1910
LIBRARY

Gayes Fund.

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito q
marca la ley.

Al eminente hombre político é insigne escritor D. Andrés Mellado, *mi querido Director en* El Imparcial.

Su paisano y amigo

Salvador Rueda.

Madrid, Julio. 1888.

I

EL DESAYUNO

Esperando á que la incierta luz de la mañana entre en ramales de claridad por las hendiduras de la puerta que da al campo, uno de los gatos del cortijo está en perspicaz acecho, con las dos redondas patas juntas y puestas en forma de diéresis sobre el suelo, y la cabeza algo tendida, lo mismo que si se hallara á la vista de algún fugitivo ratón.

Esta vez no espera, sin embargo, echar

las uñas á su víctima, sino que, por el contrario, aguarda *la venida de la rosada aurora*, porque con ella arriba al cortijo la solícita *despensera*, cargada con todos los artículos que han de hacer falta durante el día.

Entre ellos, clara es la cosa, viene la deseada cordilla de los gatos, y aquí acaba de explicarse que sólo por el interés es por lo que el más antiguo de los vigilantes de rincones del cortijo está como cosido á la puerta, no haciendo otro movimiento que el de sacudir repentinamente de vez en cuando una de sus orejas, como si al llegar á ellas otro rumor que no fuera el de los pasos de la mujer, lo lanzara, molesto, de su oído.

A alguna distancia del animal hállanse apostados, acá y allá, sus demás compañeros, agazapados en la misma actitud, y es cosa de observar entre las profundas tinie-

blas de la casa, las redondas esferas de sus ojos, que sin saberse de dónde reciben la luz, brillan azuladas ó verdes, como piedras de fina transparencia.

El espacio negro de la estancia, se halla impregnado de suaves olores campestres que se unen y entrelazan en agradable armonía, como se enlazan unos á otros los motivos de una obra musical.

Escudriñando con el olfato podríase dar, mediante una instintiva marcha de curvas y ángulos, bien con el pajar, donde exhala su particular aroma la paja, bien con la campana de la chimenea donde está la caña de morcillas como sarta de negros dogales, ó bien con el local destinado á los frutos, donde, al entrar, se entonan y vigorizan los nervios, que insensiblemente pasan recado al apetito.

La luz de un candil que alumbrara de pronto la estancia, haría aparecer ante los

ojos de manera tan confusa como poética, los instrumentos de labranza colocados á un lado y otro de la cocina, las vasijas de pleita encajadas unas en otras y alzándose en guarnicionada torre á un extremo, las jaulas de perdiz enclavadas en el muro con sus mustios restos de hojas picadas, y todos los detalles que adornan la vivienda de un buen cortijero, como bueno es el taciturno tío Sebastián, que durante el día bulle por toda la casa, dándole más acentuado carácter.

Ahora, sopla por un lado de la boca, acostado en el colchón, de lanas de su rebaño, y Dios sabe en qué sueña, pues muy del otro lado de los bríos que trae consigo la juventud, sin familia que le moleste, y bien repletas las arcas y las trajes, no viene á solicitar su atención nada que no sea sosegado y tranquilo, como sosegado es su carácter, y tranquilas y morigeradas sus costumbres

En habitación lejana á la en que duerme el santo varón, disfruta también de sus visiones psicológicas la honrada y hacendosa Antonia, criada del tío Sebastián, que puesta también por los años fuera de los tiros del amor, entiende en los asuntos de la casa y se entrega por entero á sus quehaceres, con acierto que corre parejas con su pulcritud.

Al fin, por la línea azul de mar que en curva perezosa rodea el extenso paisaje donde se halla enclavado el cortijo, asoma la temerosa luz del día como apocada muchacha que en sus quince abriles asoma á las primeras visitas, y toda la llanura de la playa, las laderas sembradas de vides é higueras, las huertas de cañas de azúcar y los festones de olivos y naranjos, empiezan á esbozarse sobre el cuadro de la naturaleza y llenan la impalpable gasa que los envuelve de agitados puntos lumino-

sos, entre cuyos remolinos asoman sus copas atrevidas las palmeras y las torres de la lejana capital.

Antonia despierta entonces con exactitud de cronómetro, que tal se la ha ido fijando la costumbre, y á tientas coge la caja de fósforos de debajo de la almohada y forma para encender ese rumor que no puede confundirse con otro alguno, ni aun con el *zarzalear* de los ratonés; y hecha que es la luz en su mano, va en dirección del candil, hundiéndose en los golfos de tinieblas y viendo anaranjada y orlada de iris la luz, á causa de la suave congestión del sueño.

Pegada fuego á la mecha, que se halla endurecida por los restos de la última combustión, coge el candil en una mano y se desliza de puntillas para no despertar al dueño, yendo en dirección de la puerta del campo, con gran contentamiento de

los gatos, que de diferentes puntos salen en dirección de ella, alzando la cola y dando maullidos cariñosos.

El cerrojo despereza sus goznes, haciendo á modo de ruidosos bostezos; descórrese la inflexible tranca, y sacudidas por Antonia las hojas de la puerta, bien como si llamara á una persona dormida, ábrese á la luz del día la casa, y el primer rayo de sol va á dar en el fondo de los brillantes peroles de la chimenea, que lucen al pronto como los abandonados instrumentos de una banda de música.

En el mismo escalón de la puerta se dan los amigables buenos días, el perro vigilante que anhela entrar en la casa y los gatos ansiosos de salir.

Antonia, apagada la luz del candil, cuya llama no luce ya en medio de la del sol, empieza sus primeros quehaceres y se peina y lava, sentada frente á una silla,

que sostiene, además del espejo, otros requisitos de tocador.

No bien ha terminado su *rodete* y ha dado fin á su aseo, cuando la despensera asoma por la vereda de delante de la casa: en las cabezadas de los toldos la aguardan impacientes los gatos, componiendo una original sinfonía de distintas voces.

Llega la mujer con su enorme cesto, lo coloca encima del rebellín, y cambiando su saludo con Antonia, va pidiendo á ésta la lista de artículos que desea, dejándose ambas cercar por la legión ruidosa de los gatos.

Pero como con tanto maullido se hace imposible la conversación entre las dos mujeres, pide Antonia la ración de cordilla, y lo mismo es cogerla en sus manos y preparar el cuchillo, que ponerse todos los animales á dar saltos y cabriolas en torno de ella; tirándole alguno del vestido de esa manera

inteligente que significa tanto como decir «aquí estoy yo».

La primera ración va por derecho de antigüedad al *gatazo*, bisabuelo de los demás gatos, que á semejanza de una persona, gruñe y pone los bigotes de punta cuando coge la tajada.

Pronto los otros se empinan con extraña agilidad para coger la suya respectiva, y enarcan después el lomo en actitud de defensa para en caso de ataque intempestivo.

La despensera se ríe instintivamente del egoísmo de los animales, y guiada por un desconocido impulso, se pone de parte de alguno de ellos, que ansía salga victorioso en la batalla.

Esta se traba por fin al caer en el suelo una suculenta tajada, que ansiándola para sí todos á un mismo tiempo, se arrojan bufando sobre ella, para clavarle las uñas, como antes le han clavado los ojos.

¡Buena se arma entonces en la explanada! Dos gatos la cogen, cada uno por un lado, y rodeados de los demás, se miran de reojo, casi juntas las cabezas, iniciando leves *gruñidos* que son como los truenos de lejana tempestad. Por no ser menos otro felino, clava también el diente en un lado libre de la presa, y ya son seis ojos los que se miran de soslayo, echándose su furor unos á otros como pelota que salta sobre diversos planos, hasta que, por intervenir los restantes, según pueden hacerlo, en la pieza de cordilla, queda planteado el combate, y á punto de romperse el fuego, que esta vez tiene que salir forzosamente de las uñas.

—*¡Miau!*—dice uno con furia reconcentrada, como aquel que va á tirar por medio de los trigos.

—*¡Miau!*—añade otro, que por su acent se comprende no ha de soltarla.

—¡*Miau!*—sigue un tercero, y se queda tremando la nota, como cantante que hace una agilidad de garganta.

Y dadas estas señales de aviso que son como el argumentar de cada uno, pasan á los hechos de fuerza, y sin más anunciarse con frases de suavidad,

—¡¡*Ramamiáu!!*—grita el que expuso primero sus razones, dando un fiero tironazo á la cordilla.

—¡¡*Ramamiáu!!*—exclama con más fuerza el segundo, arrojando una manotada á su contrario.

—¡¡*Ra-ma-ma-miáu!!*—dice definitivamente el tercero dando relieve trágico á su papel, y arrastrando tras de sí el racimo de gatos con una extraordinaria fuerza de mandíbulas.

Entonces es una horrible batahola la que se arma: los arañazos, los quejidos lastimeros, y el soplar y el erizarse los lomos, for-

man el más raro desbarajuste que pudo soñar ningún maestro antes de comenzar su partitura.

Pero en esto llega el perro al lugar de la disputa, planta solemnemente la mano sobre la tajada, dispérsanse los gatos como un puñado de moscas, y adoptando una postura de león, empieza á engullirse concienzudamente la tajada.

El día en tanto, acaba de llenarlo todo de claridades. En las casas vecinas al cortijo, donde se instalan pastores y sirvientes del tío Sebastián, recobra todo vida y movimiento, y empiezan las tareas del día entre los cantos alegres de los zagales.

El viejo sale entonces con los ojos hinchados de sueño á la puerta que da al campo; siéntase en cómoda silla al lado del umbral, desde donde va echando puñados de menuda cebada á las gallinas; hace luego su primer cigarro que se fuma á la

luz apacible del sol, y cuando ha terminado todas estas faenas, aparece Antonia ante él con un vaso de leche recién ordeñada y tibia, cuyo calor y *tiroteo de espuma* llegan agradablemente á la tez y á los oídos del hombre, abismándole en una especie de voluptuosa pereza.

Luego se retira de los vivos rayos del sol, y colocado dentro de la casa, quédase mirando la túnica vaporosa de la niebla hecha infinitos girones sobre el paisaje, y la atmósfera impregnada de una polvareda de luz y oro donde las moléculas bailan en libertad la esplendorosa danza matutina.

II

MONÓLOGO

Retiróse el tío Sebastián dentro de la casa, y así que el sabroso alimento reanimó un tanto su espíritu, tomó una cómoda postura en la silla, y á la vista de aquel florecer de la naturaleza, que al mismo tiempo que granaba los racimos, poblaba de pájaros las arboledas, empezó á hacer su primer monólogo del día, y dijo calladamente para sus adentros:

—«Buen ver tiene este año la cosecha; las

tierras sorbieron el agua como esponja durante las primeras lluvias, y ya no queda tallo sin retoño, ni árbol sin su relevo de ramas nuevas. Mala cosecha la pasada, peor aun la anterior y lo mismo las que le antecedieron, la que ahora dice «aquí vengo», parece que va á desquitarse con creces de las anteriores. Buena falta hace, pues aunque ni el dinero ni la abundancia se echaron de menos, los gastos del cortijo subieron á mucho, y contra la gula debe estar la templanza, así como tras del tener la caridad. Buenamente pensando, no es regular convertirse uno todo en ramas para dar sombra á cuantos se le arrimen; pero ¡qué se va á hacer con los que nos quieren, sino corresponder con lo que Dios nos dió para poder espantar la miseria! A nadie tengo que dar cuenta de mis acciones; nadie hay tampoco de mi familia que necesite de mí, pues mi hermano Andrés posee cuanto le hace

falta para los suyos, y con esto pare usted de contar de parientes. Por otra parte, las piaras de cabras dan leche para surtir el pueblo vecino y aportan á la casa buenas monedas; las ovejas echan lana *si Dios tiene qué;* los *frutales*, por mala que venga la cosecha de uvas, cumplen como deben; y las crias de cerdo alargan por la buena lo bastante para salir bien de gastos imprevistos; con esto, y con que arribe lozana la cosecha de este año, que mucho granizo ha de caer ó sale bien de racimos, el cortijo se redondea como quien dice, y hace frente á los gastos y socaliñas, para que bien recibamos Nochebuena.»

Y siguiendo el viejo en su monólogo del cántaro inmortal de la lechera, añade después que ha hecho un cambio de postura en la silla:

—«Luego, esto se alegrará con la venida de ese pimpollo de sobrina que me anuncia

mi hermano, la cual parece que anda maleja y desganada. No acostumbrado á otra compañía que á la de los pastores y gente de campo, me dará alegría ver su palmito distinguido y sus aires de encumbrada persona, porque eso sí, la tal sobrina debe de ser todo un fino primor, porque así lo dice la gente que de allá viene, y así lo repite mi hermano en su carta.»

Aquí, sin darse cuenta de ello, el tío Sebastián rompe la serie de cruces que tiene formadas con los dedos, y mete la mano en su bolsillo buscando la carta mencionada.

La desdobla con toda parsimonia, y lee sin pronunciar palabra, con signos de complacencia en el rostro.

«Mi querido hermano Sebastián. Ya sabes por otras mías que tu sobrina no me gusta cómo anda de salud, á pesar de que nada tiene que quiera ser grave ni lo pretenda; mas como no se robustece lo que

debiera, y el paso por donde va, (tiene quince años), es además de delicado propenso á la tristeza, he pensado que mandándotela algunos meses, quizás con la sana vida del campo acabe de hacerse mariposa. Te advierto que por el capullo ya se adivina lo linda que ha de ser la flor, y conviene cuidarla con esmero y atenderla como necesita. Tú vives completamente separado de familia, no has visto tampoco desde hace mucho tiempo al *gusano de luz* como aquí llama la gente á tu sobrina, fundándose en lo mucho que le brillan los ojos, y esto irá á alegrar en algo tu soledad de viudo impenitente, que á fe te juro nunca te envidiaré. Así, ya sabes que el día que menos nos esperes, asomamos por ahí tu sobrina y yo, y te quedarás con ella hasta que se robustezca por completo.

¡Ah! te advierto que no sé si Concha tiene novio á pesar de sus pocos años, y si ésta

es la causa de su tristeza. Indaga tú de buena manera lo que haya, y dale saludables consejos como sabes. Adiós; hasta la vista; tu hermano que te quiere, Andrés.»

—¡Novio, y según dice su padre todavía no ha salido del cascarón!—dice el tío Sebastián guardándose otra vez la carta en el bolsillo. Pero eso no debe ser cierto, porque esas cosas poco tiempo suelen andar ocultas. De cualquier manera que sea, yo indagaré si tiene quien la ronde y le haga carantoñas, y veremos qué casta de pájaro es, y si resulta persona que cuenta con fortuna para sostener una familia. La mujer, familia quiere, y mi sobrina no es bien que corra mi misma suerte. Lo malo será que si hay algo de cierto, con estas y con otras, la muchacha dé en el desmejoramiento y se pase los días en claro, cavila que cavila, sin pensar en nada, y su naturaleza no rompa con todo brío. A bien que para eso está

aquí su tío que mirará por ella, y mucho me engaño, ó con fortuna he de sacarla adelante, así Dios me dé su santa gloria. Pero lo que siento es no ser ya padre, siquiera sea de *mentira*, para tratarla con todo amor y cariño.

É instintivamente, el viejo se revuelve en la silla y mira de un lado para otro, como buscando los invisibles seres de una familia.

La viva reverberación del sol, que del suelo alza á modo de un anaranjado nimbo, llena de resplandores la casa, hace resaltar lo limpio de los peroles, arranca á la cristalería del vasar enérgicos haces de rayos, y promete un día caluroso, en que han de dar un buen paso hacia adelante las plantas y los frutos.

El viejo, alumbrado hasta en los surcos de sus arrugas por la poderosa luz del astro, queda como envuelto en un suave y

arrebolado incendio; y sorprendido de esta manera voy á describir en varios rasgos su semblante, para que se vea lo que es un acabado ejemplar en clase de ricos y bien acomodados cortijeros.

La persona del viejo, da principio por una aseada calva, orlada de cabello, tan así cano como así negro; sigue á la calva una frente llena de claridad y de blancura, más parecida á frente de hombre delicado que piensa, que de labriego; arranca bajo ella una nariz rosada y aguileña, airosamente encorvada sobre un bigote canoso y recortado con pulcritud; hacen compaña á la nariz unos ojos dulces y de mansa expresión donde las negras pestañas se juntan en apretados hacecillos que dan algo de incitante y sensual á la mirada, y cuando alguna, muy escasa vez, se sonríe, su semblante se envuelve en una expresión tal de sinceridad, y hasta diremos de honrada

franqueza, que no hay más remedio que rendir parias y decir: «este es un hombre á carta cabal».

Con semejante porte, el tío Sebastián se hace respetar en el cortijo como si tuviera la amenazadora presencia de un Goliat, y no necesita de más aditamentos para ser enérgico cuando viene al caso, y para mostrarse adusto á toda hora, aunque por dentro se conozca que es bueno como el mismísimo pan de flor.

Hay que decir en honor suyo, que jamás se le vino nadie encima por hombre que fuese, y que él en su casa es el amo, sin que nadie se atreva á *rechistar*.

Dulce generalmente, compasivo hasta en sus momentos de furor, nada tacaño para los que le rodean, y siempre dispuesto al bien y á la caridad, el tío Sebastián no tendría *pero* al decir de la gente del contorno, si á su lado hubiera lo que completa

y da carácter y alegría á un hogar, á saber: tres ó cuatro muchachos que despierten los ecos de los rincones y una mujer merecedora de varón tan lleno de mansedumbre.

Pero á eso, después de su ya lejanísimo matrimonio, se opuso siempre el hombre, y detrás de las correrías de su juventud, vino á vivir sobre lo suyo, apartado completamente de familia, y así piensa morir con su ya considerable caudal de años, que pasan de los cincuenta, sin que nada ambicione sino reposar y luego morir, semejante á esas flores que una vez marchitas y secas por el sol, doblan humildemente la cabeza sobre el tallo.

III

AL RUMOR DEL AGUA

Antonia, una vez que hubo terminado las tareas del almuerzo y puesto la mesa en medio de la cocina, que era, como en todas las casas de campo andaluzas, el estrado del cortijo, se acercó al tío Sebastián, sacándole de sus abstracciones, y con aquel respeto mezclado de cariño con que siempre le hablaba.

—Señor Sebastián—le dijo—el almuerzo está servido.

Vino en sí el viejo á la voz de la sirviente, pasado un instante en que no supo donde se hallaba, arrastró luego con una mano la misma silla que le sostenía, y se colocó en uno de los frentes de la mesa, sentándose Antonia en el del lado opuesto, cosa á que se había hecho acreedora por su antigüedad en el cortijo y por su conducta en el fiel cumplimiento de sus deberes. No habrá de extrañarse este rasgo de franqueza, si se tiene en cuenta la tradición en todo cortijo noble y rico, de conceder tales privilegios á la persona que logra crearse un puesto de consideración en la familia.

Antonia, pues, se sentó frente á frente del cortijero con aquel aire de respeto que saben adoptar las personas que conocen los favores que se les dispensa, y ambos metieron la cuchara, primero el tío Sebastián y luego ella, en la fuente de *sopas de la olla*, que, con sus hojas de *yerbabuena*, es-

parcidas sobre el líquido, exhalaba un vapor oloroso y confortable que se desvanecía no bien se alzaba una cuarta del plato colocado sobre la mesa.

Solíase poner ésta en tiempo de verano entre la puerta principal de la casa y otra que caía al lado opuesto y daba sobre el campo; así es que á izquierda y derecha de ambas personas se veían dos ámplios paisajes, uno limitado por la curva de mar, enteramente azul, que circundaba la costa, y otro cuyo término cerraban sierras abruptas, que detrás de valles y colinas, lanzaban sus garfios á las nubes, y se encrespaban, tomando el aspecto de inmensas cabelleras salvajes.

Era la sirviente del cortijo, mujer que á ninguna clase de trabajo le temía, y que sin ser lo que suele llamarse hombruna, tenía bien amarradas las enaguas, y no podía cualquiera írsele, en punto á carácter, á las

manos, por que metía el resuello para adentro al más pintado, y se hacía respetar de pastores y sirvientes, usando de su derecho á ser considerada como de la familia.

Unicamente con el viejo daba su brazo á torcer, y no por estudiada hipocresía ó por consideraciones á quien le suministraba el pan de cada día, sino por que realmente tenía cariño y respeto al santo varón, y lo primero que se apuntaba en la frente cada mañana al levantarse era el siguiente precepto que ella incluía entre los mandamientos de la ley: «primero, no disgustar al amo.»

Pero, hecha esta salvedad, con que correspondía, sin proponérselo, á la merced que en el cortijo se le dispensaba, cualquiera podía ir á imponerse á la mujer, sin que del primer bufido lo echara patas arriba, y no le valierà argüir en su favor, ni venir con quejas y paliativos.

Hecho el *repente*, como ella decía, hecho se quedaba; y no había quien viniera á desfacer el entuerto.

Tuvo Antonia en sus mocedades un excelente palmito, que en diversas ocasiones se disputaron á guitarrazos los mozos de las parrandas, quienes pasaban por conocer la nata y flor de los rostros bonitos y graciosos; pero Antonia dijo á todos «¡arre allá!» sin que lograra satisfacerle ninguno, y vino á casarse á la postre con aquel que jamás le cantó una copla, ni hizo sonar una cuerda á su ventana, ni tampoco la entretuvo con carantoñas, cosas á que se entrega todo el que en enamoramientos se entromete.

El convenio entre ambas personas fué cuestión de golpe y porrazo, ó de chaparrón, si se quiere. Vió Cleto un día en la fuente á la que había de ser su mujer, la cual llenaba con el caldero su cántaro, sin que el

chorro de agua, compacto y uniforme, se desviara un punto de la boca de la vasija; miró la franca y expresiva belleza de su rostro; contempló la armonía vibradora de todo su ser, y sin acordarse para nada de la escena de Rebeca en la fuente, le dijo de tú por tú poniendo buena porción de miel en las palabras:

—Antonia, ¿quieres casarte conmigo?

Y la mujer, que no esperaba semejante trabucazo, desvió sin querer, el chorro de agua; partióse éste en mil hebras sobre el asa del cántaro, y el espurreado líquido fué á mojar alegremente el vestido de Cleto.

—¡Válgame Dios y qué mal me quieres—repuso entonces el mozo,—cuando *entovía* te he dicho buenos ojos tienes, y ya me has echao el chorro de agua fría!

—No hombre, no he querido mojarte—se apresuró á decir ella, encauzando otra

vez el arco de cristal:—es que como me ha cogido la noticia tan de *sopetón*...

—¿De sopetón? Pues á bien que no la he tenío pocos días prepará, queriendo salirseme cómo pájaro á probar el vuelo; si de esa manera espantas mis ideas...

—¡Qué cosas tienes, hombre!

—¡Qué cosas tienes!—añadió dando puntadas al pespunte el mozo, que siempre cogía las últimas palabras de su interlocutora para poder seguir hablando.—Lo que yo tengo es un cariño verdaero, y por eso quiero ser claro como el agua.

—Pero ¿quién me asegura á mí que es cierto lo que dices?

—¿Que quién te lo asegura? Pos mi emoción mesma, Antonia. Te paece á tí que no *enfluye* estar un día y otro viéndote, y sujetando la pregunta que ca vez quie salir?

—Pero eso no basta con decirlo, porque mira tú cuántas cosas salen del revés.

—Esta, te aseguro, Antonia, que siempre estará del derecho; conque si tú me quieres, dímelo, y trae, mientras, el caldero, que no *quio* que te *dobres* por la *centura*.

Y diciendo y haciendo, Cleto arrebató el caldero de manos de la moza, que accediendo á la galantería, se puso á mirar la agilidad con que el hombre sacaba el agua de la fuente y la introducía en forma de cristalino ramal dentro del cántaro.

—No *enmuéscas*, Antonia, porque me veas con la *caeza* gacha, que aunque tengo puestos los ojos en el agua, tengo el *oio* colgao de tí.

—Pues lo que te digo, Cleto, ya que te empeñas, es que estaré, antes de contestarte, algún tiempo viendo cómo te portas.

—Eso es, á la *espetativa*; pero ya verás cómo no *jayas* achaque. ¿Te paece á tí que habiéndote querío tanto en secreto, iba ahora á jacerlo mal cuando lo sabes?

Al llegar á este punto, el cántaro se coronó, lleno de líquido, de un penacho de burbujas rumorosas que corrieron por las paredes de la vasija.

Cleto, una vez que hubo terminado, arrolló con arte la cuerda del caldero, echóse de una manotada al hombro la vasija de barro, y Antonia tuvo por primera vez en su vida quien le llevara el cántaro de la fuente.

Al poco tiempo eran marido y mujer, y el trabajo de Cleto producía para cubrir, aunque con dificultades, sus atenciones.

No se abrió flor alguna en el vaso donde una y otro pusieron sus amores. Pasado algún tiempo, en que apenas si Antonia pudo gozar de su matrimonio, murió el desdichado Cleto, y entonces fué cuando el tío Sebastián tomó á la mujer de sirviente, no habiendo ésta mudado de colocación desde el momento mismo en que entró al servicio del cortijero.

Antonia, como muchas mujeres de Andalucía, que suelen parecer volubles y caprichosas, guardó fe inquebrantable á su esposo con una entereza de carácter increible, y allá en el fondo de su alma le alzó como á modo de un santuario, donde sólo penetraba, en actitud de orar, su pensamiento, con la pureza de un rayo de sol sobre la nieve.

IV

ARRE, BURRO

En Higueruela, pueblo de D. Andrés, el hermano del cortijero, notábase muy de mañana, en el corral de una casa, trasiego de varias personas que iban y venían en torno de dos lucidos jumentos; uno, á cuyos lomos poníanse las jamugas donde había de ir encajada una mujer, y otro que cinchaba un solícito sirviente metiéndole una de las rodillas en la panza, en el cual iría cómodamente montado un propietario de pue-

blo, hombre como hasta de cincuenta años, alto, enjuto, naturalmente distinguido, ex-alcalde hacía tiempo del lugar, y finalmente, padre de la desmejorada Concha, que no otra que ella era la que había de ser conducida al cortijo, como tampoco era otro que D. Andrés, su padre, quien en compañía de un hombre conocedor del terreno, llevaría su hija cerca y bajo la vigilancia de su hermano.

La escasa luz del cielo y la del candil, que otro sirviente sostenía en una de sus manos, alumbraban la escena que se verificaba bajo el emparrado, cuyas frescas hojas, acusadas finamente por la luna, fingían en el suelo las sombras de grandes insectos.

Cristóbal, el leal sirviente de D. Andrés, no veía de buen grado que Concha se fuera sin más ni más del cortijo, para estarse allá Dios sabe el tiempo; pero á él sólo le tocaba

obedecer, y entre suspiro echado por lo bajo, y cómico *puchero*, no lograba someter á sosiego su corazón, que, dale en que había de ponerse blando, enviaba, á pesar de la corteza que le dieron los años, silenciosas lágrimas á los ojos, que Cristóbal, para no ser visto, deshacía en los *revuelos* de la faena con las encallecidas yemas de los dedos.

D. Andrés aparentaba, como hombre que no cede en su idea y se las mantiene derechas á todo el mundo, no estar en lo más mínimo preocupado con el viaje de la muchacha, porque así creía que bien cuadraba á su haz indomable de nervios; pero por dentro, con enérgica protesta de su alma, sentía también todo género de blanduras, que antes sería capaz de matarse que de descubrir.

Pero no hay otro remedio que resignarse á la partida. Concha no puede permanecer

en el pueblo sin sentir más desarrollo en su naturaleza. De poco le sirven el hierro que toma á todo pasto y los cuidados que se la dispensan. Su cuerpo no muestra más que indecisas curvas, á pesar de sus quince abriles, y siente todos los vagos anhelos de la mujer, sin gozar ninguna de sus ventajas.

A veces, quiere llorar sin motivo; otras, se queda largas horas embebida mirando no se sabe qué punto del espacio, y siente como lejanas músicas é inciertos deseos que la dejan pálida y ojerosa. Los muñecos los tiene arrinconados, y, á decir verdad, más se acuerda de las palabras de misterioso sentido que le dijo un mozalvete, vecino suyo, cierto día, que de los patrones de vestido con que adorna sus peleles, y del ajuar microscópico que un día le trajo su padre de la capital.

Sonaban bien, según ella, en los labios

del mozalvete aquellas palabras dichas con pudor y con voz temblorosa, que no sabía á ciencia cierta qué querían significar.

Luego, el muchacho tenía todas las señales del hombre significadas en su persona; la voz gruesa y llena de repentinos *gallos*, el labio superior lleno de bozo, la mirada valiente é impregnada del fuego del amor, y un vigor de músculos muy en oposición con el delicado cuerpo de la joven.

A la muchacha, desde el día del lance, quedósele en el olfato, y llegó á ser eje y tremendo pilar de su naturaleza, cierta sensación á ser humano que cuando se le borraba de la memoria, se entretenía en *recomponer*, dibujando con la imaginación los trazos y líneas del mozalvete.

Una noche se inició en Concha, á raíz de una de estas meditaciones, como á modo de una ligera calentura que puso en serio

cuidado á su madre y más al preocupado D. Andrés; y sin más meditar éste el asunto, puesto que tantas vueltas le había dado en la cabeza, entróse resuelto en su despacho, cogió papel y pluma, y escribió á su hermano la carta transcrita, diciéndole que iba á mandarle la muchacha á ver si á su lado se restablecía.

Carmen, la madre del asomo de mujer, como avisada en los misterios de su hija, velaba como pájaro sobre un pie esperando, en medio de los más discretos cuidados, ver despertarse un día mujer la que en la noche antes se acostara con reminiscencias de niña; pero el día del abrimiento de la rosa no llegaba, y también fué conforme con su esposo, en que Concha pasara un largo plazo de tiempo al lado de su tío, para ver de robar al aire y á los campos el brío y la salud apetecidos.

Muy á su pesar, pues que para tales co-

sas madrugaba, púsose de punta á la del alba, como todas las personas de la casa, la buena de Carmen, á fin de ayudar á los preparativos del viaje, y rogar á Dios por el presto restablecimiento de su hija.

En tanto que su esposo y los sirvientes arreglaban en el corral las susodichas monturas, ella hablaba en voz baja y emocionada á la joven, voz que salía dulce y tierna del corazón, y á veces se rompía, al tomar las inflexiones del llanto.

Ayudóle á ponerse un limpio traje, ni lujoso ni modesto, bien así como para viajar; dejóla vestirse algunas prendas, que eran de su agrado y que siempre tuvo la madre guardadas bajo llaves; la peinó con todo esmero, dejando caer á cada momento besos en sus mejillas, y al fin la joven quedó hecha una linda persona, que por primera vez en su vida se disponía á viajar.

Con estos extremos del cuidado materno,

la muchacha, cuyo carácter naciente acusaba lo fácil que había de ser en pasar repentinamente de la alegría á la tristeza, fuese poco á poco emocionando, á semejanza del vaso que se llena de agua gota á gota, y dióse cuenta, por una intuición súbita, de lo que pasaba, lo cual la hirió con emoción honda y desagradable.

¡Ella abandonar su casa! ¡Dejar sus muñecos y sus juegos, su pueblo y su buena madre, su niñez, en fin, é irse allá lejos, á la soledad de los campos y á vivir en otros lugares!

Reflexionada por el sentimiento esta idea, que en los poetas y en los niños la reflexión se halla en los nervios, quiso asomar el llanto á sus ojos, y echósele un fatigoso nudo en la garganta.

A través del muro de la habitación donde se hallaba, oía el patear de las bestias y el bregar de los hombres sobre el empedrado,

con esa emoción que se experimenta cuando se perciben los preludios de nuestra primer salida.

De vez en cuando pasaba una ráfaga llena de misterios, de esas que corren á la madrugada, y agitaba las hojas de la parra, creyendo la pobre que ya no volvería más á sentarse á su sombra y á mirar los insectos zumbando en torno de los racimos.

Por una ventana abierta, veía pasar á cada instante al atareado sirviente, bien con una manta de aparejo en la mano, ya mordiendo un nudo demasiado duro que era preciso deshacer, y siempre seguido de otro sirviente que dejaba dar mecidas al candil al pisar sobre el plano desigual del empedrado.

No estaba aun su naturaleza, que había de ser el símbolo de la naturaleza misma, para tales emociones. Quería llorar, romper en quejas y sollozos, y la emoción hincha-

ba su pecho llenándole de pena verdadera.

En esto dió el gallo su primera señal.

¡Qué oleada de sentimiento se levantó entonces en su alma al oir aquella voz alegre, anunciadora del alba, alargada en su final por un ronco *estribillo*, impregnada de recuerdos de aldea, seguida de un expresivo silencio roto por el removerse de las gallinas en el gallinero, por el gruñir de los cerdos bajo el techado, por el canto de las codornices, por el primer limpiarse del pico del jilguero en los alambres, y por tantos leves ruídos como vienen á formar el susurro misterioso del alba!

La voz del padre llegaba sublime á sus oídos; parecíale más blanda y cariñosa, más llena de inflexiones que venían como á ofrecerle amparo y cariño. Hasta entonces no comprendió que aquella era la voz de su padre.

¡Con cuánta pena diría adiós á todo; á los

sitios y á las personas, á los niños y á los juegos! ¡Adiós hermosos olivares tendidos en franjas oscuras sobre los campos; adiós medrosas cañadas henchidas de lobregueces por donde ella pasó vibrando de miedo á la hora de los crepúsculos; adiós huerta risueña, acostada en el valle, donde los hilos de las arañas tendidos de rosal á rosal y lucientes como hebras del iris, dieron la primera idea del color á sus ojos!

Todo se quedaría atrás, atrás, al monótono mecerse de las bestias. Desaparecerían las copas sonantes de los álamos de plata, las viñas con sarmientos llenos de hojas como guirnaldas, la torre de la sencilla iglesia, en cuya cruz vió ella una noche posada á la lechuza, y la costa adormecida é indolente que iría cerrando lentamente el paisaje.

No pudiendo resistir tan duras emociones, Concha rompió á llorar con desconsue-

lo, y la madre, á falta de alas con qué cubrirla, le ocultó la cabeza contra su pecho.

Pronto los desiguales pasos de las bestias resonaron por el largo pasadizo, seguidas de las de los hombres, y los bagajes quedaron esperando á los viajeros cerca de la puerta de la calle.

—¡Vamos, que se hace tarde!—dijo con voz fingidamente varonil D. Andrés.

La contestación fué un golpe de lamentos de madre é hija, que abrazadas salieron de la estancia.

Auxiliada Concha por el padre, salió á la puerta de la casa, llegó al lado de la bestia que había de conducirla, y alzada en brazos por D. Andrés, quedó cómodamente montada, y se agarró á los palos de las jamugas, por instinto.

El beso último que por lo bajo le dió su madre en la mejilla, lo sentía agudo y do-

doroso como si sobre la tez le anduviera una hormiga de fuego.

D. Andrés montó pronto, para abreviar, en la otra bestia, y en medio de un nuevo y desconsolado golpe de llanto, rompieron marcha los jumentos, sonando los cascos sobre los empedrados.

Al trasponer la cercana prominencia que ocultaba las casas del pueblo, apareció á los ojos de la muchacha, en la distancia, á tiempo que el alba rompía, la placa azul sombrío del mar, y por un cambio repentino de su carácter y á semejanza del pájaro que escapa de las manos del niño, cantó, más bien que habló, llena de alegría, y deslumbrada por el soberbio espectáculo de la naturaleza:

—¡Ay qué bonito, papá!

V

CAMINO ADELANTE

El camino desde Higueruela al cortijo donde se trasladaba Concha, cogía en su comedio á la capital de la provincia, dividiendo á un lado y otro la distancia; así es que aguardaban á la viajera magníficos cuadros, primero circundados por la hoz azul de mar que ya se había presentado á sus ojos, y luego compuestos sólo de vides y arboledas, cuando hubiera atravesado la población.

Por lo pronto, empezaron á bajar, padre, hija y el hombre que les acompañaba, la enorme pendiente que se extendía desde el pueblo á la playa, toda erizada de trancos y dificultades.

A un lado y otro, á cosa de media legua, comenzaron á descubrir á la luz del día las casas de campo colgadas de las laderas en medio del trozo de sembrado que les correspondía; los bardales de chumberas que encerraban el camino en peligrosas angosturas; las ventas donde hacían el arreglo de la mañana las venteras sacando á la puerta los frascos de aguardiente y los *yelos*, ó azucarillos, para expenderlos á los transeuntes; las medrosas guaridas, medio en ruínas, donde un tiempo se albergaron contrabandistas y bandoleros y donde aun parecen asomar, por las rotas ventanas, trabucos y cabezas ceñidas de vivos pañuelos de colores; términos y lejanías velados

de leves brumas doradas por el sol, y grandes manchas de olivos, alternando con hazas de cañas de azúcar y frondosos álamos y pinares.

Concha, desvanecida casi la impresión que recibiera al separarse de su madre, parecía que entraba en un mundo desconocido, á medida que sus ojos pasaban, con la prontitud de dos mariposas, sobre tanto incidente como el camino les presentaba.

Nada decía D. Andrés, quien, como hombre dado á tomar por lo serio las cosas de la vida, quedóse *rumiando* con la imaginación, á medida que avanzaba, no ya en su despedida, que era asunto de salir y volver, sino en el paso que daba, moralmente considerado, de separarse de su hija, siquiera fuese dejándola tan bien guardada como lo estaría al lado de su hermano.

No era D. Andrés hombre que hacía las cosas sin antes meditarlas con detenimiento

y sin poner á salvo en lo posible las contrariedades que cada una podría traer; pero como en esta ocasión se trataba de su hija, quedábale allá en lo interno, sin embargo de haberlo bien meditado, cierto *escarabajeo*, como gráficamente dice la gente campesina, que no le dejaba tranquilo y sosegado.

No había para qué estar inquieto, si con razón se miraba, porque Concha, además de tener, como tendría en el cortijo, todo el miramiento y cariño propios de familia, estaría también al lado de una mujer entendidísima en todo, como era Antonia, quien en más de una ocasión había mostrado su probidad é inteligencia, ya atendiendo con solícito cuidado á algún pastor enfermo, bien velando al lado mismo del lecho de su amo, y haciendo, en todo caso, aquello que á su condición de mujer correspondía.

Solamente su carácter huraño, pero en el fondo extremadamente bondadoso, carácter parecido al higo chumbo, que si punza por la corteza es todo miel en el centro, pudiera disgustar y cohibir á la muchacha; y tampoco era esto inconveniente ni causa para no dar el paso, porque ya iba advertida la muchacha de este pormenor, y pasados los primeros días, con un poco de esfuerzo de Antonia por agradarla, y otro poco de hacerse querer, de parte de la joven, el asunto vendría á parar en una perfecta armonía y quedarían á salvo los inconvenientes.

Entretenido de estas cábalas, y tratando á sí mismo de persuadirse, dieron con las andariegas cabalgaduras en la playa, y oyeron el chirrido de la primera noria que lentamente vaciaba sus cangilones en los trémulos círculos de agua de un estanque.

Cristóbal montó en poniendo pie en la llanura sobre la parte trasera del rucio que guiaba D. Andrés, siguiendo una costumbre muy general en el país, y empezó á desquitarse de la caminata que había traido al lado de la joven.

—Güen día *mus* se presenta, D. Andrés—rezó el hombre, dejando caer las piernas á los lados del burro.

—Demasiado bueno; el sol ya nos hormiguea en la espalda y todavía no ha dado los primeros pasos.

—¿Dónde van esas bestias cargadas de fruto, papá?—dijo terciando en el diálogo la muchacha, ansiosa de recoger noticias.

—A la capital, hija;—repuso el padre, más cariñoso que de costumbre.

—¿Dónde nosotros?

—Sí; pero ellas se quedarán, y nosotros seguiremos.

—¿Hasta la casa del tío?

—Justo, y allí te quedarás á vivir tú, y nosotros nos volveremos.

—¡Mire usted, papá, qué *pájaro!*—saltó de pronto la joven absorta ante la figura de un pavo real.

Un ave de este nombre, de la que Byron ha dicho que es un ave augusta, abría la brillante cola sobre el fresco brocal de un pozo, y enseñaba todas las deslumbrantes rosas de sus plumas.

A su lado, miraba con perfecto descaro, á la puerta de una venta, echado sobre sus patas traseras, un perro madrugador, y á Concha le sorprendió que á semejanza de los poco sociables del pueblo, no rompiera en furiosos ladridos y viniera á morder las patas de las cabalgaduras.

Todo era desusado y sorprendente para la muchacha. Las personas que pasaban á su lado, á más de no saludarla, cosa que hubiera sido desacato en el pueblo, ni de-

cirle siquiera *buenos días* ó *adónde te encaminas*, iban abstraidamente haciendo su marcha, los ginetes dejándose mecer por las bestias, y los de á pie con aquella especie de *obligación de andar* que se imponen los transeuntes en las carreteras.

Era, en verdad, particular todo aquello para quien jamás vió otro sitio que el encerrado en el anillo de montañas de su lugar.

La vista de un coche le sorprendió grandemente; parecíale muy elegante aquel rodar sereno y aquel deslizarse sobre el polvo, impalpable por lo batido. Los rayos de las ruedas atrajeron más que ninguna otra cosa su atención: no podía comprender cómo el reflejo del sol pasaba de un palo á otro con aquella ligereza, y cómo siempre permanecía vivo y en el mismo punto.

Unos *jabegotes*, ó barqueros, que atravesaron por la playa, cerca de ellos, con las

redes de pescar al hombro, fueron así mismo objeto de su atención. Sus pies se hundían calladamente en la arena ó crujían sobre rodales de guijas y de conchas con broncos y agradables rumores. Encontraba á los hombres rudos, pero vestidos de una manera artística, como cuadraba á gente criada en la costa. Pantalón arrollado á media pierna para poder chapalear el agua, faja enroscada á la cintura, camisa abierta, que dejaba á la vista los recios pelos y el aspecto salvaje del pecho, y gorra ceñida á la frente, á la manera de los charranes de la playa, que charranes y no otra cosa eran los *bohemios de mar* que le sorprendían.

Luego vinieron á grabarse en sus retinas las atalayas negruzcas que albergaban á los vigías y que se alzaban sobre peñones y montañas luciendo su marcado aspecto morisco.

El recuerdo de su madre, como los pelotones de agua que se deshacían en viento y en espuma, se desvaneció por completo en su cabeza, y en aquel instante, ni una célula vibratoria de su cerebro hubiera recordado el dolor de aquella escena de despedida á la puerta misma de la casa.

Andando, andando, toparon en una venta, donde con aires de Don Quijote, por lo grave y enjuto, acercó D. Andrés su jumento para pedir un vaso de agua, haciendo lo mismo Cristóbal y su hija, que también pidieron vasos de agua fresca. Concha, como niña al fin, pidió el suyo con azucarillo para dar regodeo al paladar.

Debajo de la parra había unos mendigos que hacían su viaje á pie á un pueblo vecino. Un niño, vestido de andrajos, alargó la mano hacia D. Andrés, pidiéndole una limosna. Concha, ante aquel chicuelo, que ya imploraba la caridad, sintió grandísima

tristeza y se entregó de súbito y por completo á un agudo dolor. Sus nervios pertenecían á la impresión del último objeto; más, si lo que venía á herirles era el sentimiento de humanidad y compasión.

—¡Papá, mire usté que niño! déle una limosna.

—Toma—dijo D. Andrés—dásela tú. Y puso en su mano un real en una pieza, breve como una lenteja de plata.

La muchacha inclinó el cuerpo sobre el rocín, alargó la mano hacia la gorra del niño, y soltó luego el realillo, que, pareciéndole al nuevo dueño cosa demasiado excelente para no entusiasmarse, hizo varias piruetas y se lo llevó á uno de los ojos, dejándolo allí á guisa de lente, con la cual miró riendo á la muchacha.

Una carcajada de ésta cortó el nudo angustioso que ya iba formándosele en la garganta.

Puestas al paso las bestias, se internaron nuevamente en la carretera. El sol caía como en pleno Julio sobre campos de Andalucía.

Las reatas, cada vez más numerosas, entraban por los caminos accesorios al principal, dando leves quejidos bajo las cargas y pateando sobre el polvo que en nube espesísima se levantaba.

Las pitas de á orillas del camino, recortaban su sombra sobre el suelo y se cubrían de una impalpable polvareda, que más hacía sentir la idea del sol y los calores.

Los charcales parecían hervir á medida que el día llegaba á su plenitud, y se levantaba de ellos ese vapor movible, perceptible apenas á los ojos, que se exhala de la tierra en los días ardientes del estío. El viento estaba echado, mudo, rendido por el peso de las horas, y dejando en paz los remolinos de hojas y fragmentos.

En los morales cercanos á la carretera, las cigarras sonaban de trecho en trecho su única nota, larga, interminable, salida de vigoroso órgano que no cesaba nunca de sonar.

Los alambres del telégrafo hacían comba de palo á palo, y corrían siempre á la misma distancia, echando al suelo su sombra entre baches y montecillos, como si sobre el deslumbrante dorado de la luz hubiérase ido extendiendo dos delgados hilos de seda.

Jadeantes bajo el fuego caído *á plomo* del sol, los arrieros poníanse los pañuelos en forma de sombrajos en la cabeza, masticaba alguno su almuerzo á compás del paso de la bestia, y otro entonaba una copla con dejo á canción de siega, que hacía recordar los caballos trazando círculos en la era, los rostros curtidos de los trabajadores, y los haces de espigas bruñidas por los soles de Julio.

A pesar del breve quitasol que Concha había abierto para librarse de la quema, sentía en su cabeza como una *leve destilación de luz* que le penetraba los huesos y la sumía poco á poco en una insacudible modorra.

Ya se había apagado en ella la locuacidad. Sus ojos se habían cansado de ver contínuamente aquella mancha de sol sin límites, blanca de puro brillante, abrasadora, seca, y sólo á veces rota por las matas de juncos, en torno á las cuales volaban los locos *violeros*.

Bajo este insoportable toldo de fuego, llegaron á la capital, que produjo una impresión terrible de entusiasmo y temor en la muchacha; atravesaron sin detenerse calles y plazas, y dieron vista nuevamente al campo, en esto accidentado por las puntas de sombras que empezaban á salir de los objetos.

Allá, en la última distancia, después de un buen rato de camino, divisaron, del tamaño de un abierto pañuelo la câsa del noble cortijero, situada sobre una prominencia, desde la cual veíanse el mar y las llanuras.

Por una rara casualidad, el viejo, que estaba en ascuas sobre la venida del hermano, se había puesto á mirar con un catalejo al camino que conducía á la capital, y muy lejos pudo reconocer la figura de su hermano montada sobre el jumento, y las otras dos personas que le acompañaban.

Era mucha la impresión que le causaba al cortijero la venida de su hermano para que por un momento no perdiera su habitual seriedad.

Mandó enarbolar una sábana en un largo palo á uno de los pastores, la flameó éste en la explanada de la casa, y á la señal, cómo avisados que estaban los viaje-

ros, contestaron sacando los pañuelos de los bolsillos, que pudieron allá ser vistos con el catalejo.

Aquel reconocimiento arrancó á todos una vibración de alegría. Cristóbal sintió que sus labios se contraían en forma de *puchero*; Concha dió un grito de placer, porque le agradaba lo nuevo y desconocido, y D. Andrés, disimulando su sentimiento, adelantóse un poco del grupo, metiendo espuelas al jumento, porque á todo correr se le venían las lágrimas á los ojos.

VI

PIE A TIERRA

—¡Venga acá *el Gusano de luz!*—dijo adelantando por el empedrado de la portada el tío Sebastián y extendiendo las manos para bajar de un abrazo á su sobrina.

—¡Ay mi tío, ay mi tío Sebastián!—exclamó la muchacha, llena de alegría, dejándose robar por el cortijero, que la cogió por la cintura y le puso un colmo de besos en la boca.

Luego, no suelta todavía, clamó hablando de tú por tú á su tío:—¿Sabes que eres un viejo muy simpático?

Otra vez el hombre, que sentía meterse en su ser como agua por los huecos de una esponja, toda aquella frescura y juventud, oprimió la figura gentil de la joven y le enterró la cabeza contra su pecho.

La niña aspiró, en medio de aquel áura de ternura, la sensación que se le quedó en los sentidos desde su entrevista con el mozalvete, y la única diferencia que de una manera súbita notó entre ambos olores, fué la de que el de su tío era más *intenso*, bien así como entre un vino oven y otro viejo, se notan variados perfumes y diferencias.

Todo esto, por supuesto, fué obra de un segundo y juzgado de una manera intuitiva.

—¡Pero si estás hecha una mujer!—repu-

so anegándose en sus ojos luminosos el viejo; yo te hacía más pequeñita, más pequeñita.

—¿Por qué, tío?

—Porque... qué se yo... como me habían dicho que estabas tan *canija*...

—¡Já, já, *canija*!

Realmente, el buen señor no sabía lo que hablaba ni lo que le sucedía; él se había formado otra idea de su sobrina. Se sentía, pudiera decirse, *en suspenso*.

Pero como á todo esto no se hubiera ocupado más que en dejarse iluminar de cerca por la joven, clamó D. Andrés poniendo los brazos en actitud de quien va á coger una pareja de baile.

—¡Pero, hombre, no vaya á quedarse todo para la hija, que aquí está también el padre que desea un abrazo!

—¡Ah!—dejó escapar con sorpresa el cortijero, como si en aquel instante tuviera la

primera noticia de la presencia de su hermano.

—¡Ven acá, hombre!—siguió diciendo en tono de broma D. Andrés.

—¿Cómo va, cómo va?—preguntó dulcemente el viejo.

—Bien, y tú, ¿cómo lo pasas?

—Pues como siempre; aquí metido, y soñando con la venida de este arrapiezo, para ver de dar alguna animación á mi vida.

—Pues ahí la tienes deseosa de quedarse contigo y de ponerse sana y robusta. A ver si me la devuelves con los carrillos lo mismo que manzanas.

—Así los tiene ella de lindos—dijo sin poder desengarchar los ojos de su cara el cortijero; y siguió dirigiéndose á Cristóbal:—Este hombre, si viene á vuestro servicio, puede quitar los aparejos á las bestias y meterlas en la cuadra: ¡Antonia!

—¿Qué manda usted, señor?

—Dí á *Matusalén* que venga á echar pienso á estas bestias. Nosotros, acerquémonos á la casa.

El reducido grupo atravesó de punta á punta el empedrado, y llegó al escalón de la puerta, donde bajo las hojas de la parra, había mal colocadas sobre las piedras unas cuantas sillas.

Concha, á causa de su continuada postura en las jamugas, sentía adormecido todo el cuerpo y había perdido la manera de echar el paso. Como si pisara sobre corcho llegó á la puerta de la casa, entre su padre y su tío, y allí se puso á mirar la cortina de rosales que cubría la fachada, donde había también madreselvas y pasionarias.

—¡Conque te gustan las flores!—exclamó observándola el viejo—¡pues á fe que hay pocas en la huerta! Toma este capullo que está para abrirse. Tú, Andrés, siéntate, que pronto iremos á la mesa.

La muchacha, subsanando el descuido del cortijero de no enseñarle ante todo la casa, metióse por *allá dentro* movida de curiosidad y empezó á escudriñarlo todo, la cocina y las habitaciones, las vistas que enseñaban las ventanas trás los cristales, y la serie de toldos, ya empezados á arreglar, porque la vendimia de *moscateles* no tardaría mucho en empezarse.

Lo que más parecía interesar al *Gusano*, era subir al piso y asomarse al balcón para contemplar lo que desde allí se descubriera. Por fin tropezó en un ángulo con unos escalones, y sintiendo más que nunca el entorpecimiento de pies, empezó á subir, viéndose pronto en una gran sala, á uno de cuyos extremos se veía un dorado montón de albaricoques, en otro unos capachos de cerezas, y donde quiera gratos productos de los campos.

Al friso del balcón, se agarraba una en-

redadera, llena de azules campanillas, que le recordó, por una de esas imperfectas comparaciones de las fantasías ardientes, las andas de la Virgen del pueblo con sus bellas campanillas de plata.

Despedía la sala aquella un aroma especial, sano y hermoso, que traía á la imaginación la idea de la abundancia.

Asomóse al antepecho, y se halló con el cuadro de naturaleza más hermoso que hasta entonces había presenciado. Un espacioso mar al fondo, por donde pasaba un buque que dejaba una negra línea de humo sobre el agua; más cerca, hazas de cañas que ponían franja verde á la playa; á la izquierda, casas de campo, unas cerca de otras, con bandadas de palomas en los tejados que al romper en estridente vuelo se abrían como impensados abanicos; á la derecha, crestas de montañas con largas sombras en las faldas y luces en la cima, y

aquí y allá listas de vides y árboles frutales que se venían abajo al peso de los frutos.

Tomándola por una piedra disparada como suele acontecer á veces, Concha inclinó de pronto la cabeza y dió un fuerte grito viendo venir hacia ella la que no era sino una golondrina, la cual, rozando casi su cabeza, entró por el hueco del balcón y fué á revolotear en torno del nido.

La exclamación puso en pie al padre y al tío que conversaban sentados á la puerta, y vieron subida en el púlpito á la rapaza, como dispuesta á dirigir un sermón al auditorio.

—¿Qué haces ahí, muchacha?—preguntó sorprendido D. Andrés.

—Nada, había subido á ver esto.

—Bien hecho. Así como así—añadió el tío—yo he sido poco amable que no te he llevado á verlo; no he caído en la cuenta,

hija. Pero ven, que voy á enseñarte cosa que más te guste.

Era el mirador á lo que se refería.

—Allá voy—clamó, echando á correr, escalera abajo, la joven.

Antonia, que para recibir á los viajeros habíase colgado *los fondos del arca*, salió en esto á la puerta y dijo que estaba dispuesta la comida.

Concha se encontró, al bajar, con la mesa llena de copas y botellas, los cubiertos simétricamente ordenados, las servilletas oliendo intensamente á limpieza, las sillas en su sitio, y á Antonia acusando un afán de servir, que no había más remedio que traer una cómica risa á los labios.

—Mira lo que nos sale al paso; no podemos ir donde quería; ¡á comer ante todo!—dijo á la muchacha el tío Sebastián, poniéndola á presidir la mesa.

Las luces de la tarde huían con lentitud

por las laderas, y en los valles trazaban contornos de fantasmas las sombras.

En la botella del agua que tenía delante de sí Concha, reproducíanse de un modo invertido los árboles y los caserios, la lejana carretera por donde seguían pasando hombres y diligencias, y la lista distante de la playa.

El mar quedaba tan reducido por la lente, que á Concha le llamaba la atención el prodigio, y su admiración por lo maravilloso hizo perder más de un viaje á la cuchara.

—¡Come, muchacha!—solía decirle el tío cuando notaba su abstracción, y sin querer quedábase de paso mirándola sin saber qué le sucedía.

Ella venía en sí de sus imaginarias excursiones, sonreía mirando la aguileña nariz y el bigote canoso y recortado del viejo, que le hacían una gracia *extraña*, y volvía de nuevo á la molienda.

La comida se prolongó un largo espacio. Habló D. Andrés de lo grande y misterioso de la religión, de la esperanza que sabía derramar en los corazones, y de la mano que tendía á los seres dispersos para reunirlos en torno de una misma mesa.

El cortijero alternaba en aquel diálogo, y aunque se conocía que no hubiera llegado á San Agustín, no era tampoco halda de paja.

Concha, por su parte, oía de mejor grado que la fabla mística, la vaga salmodia de los grillos, que á su modo sabía descifrar, é incrustaba sin parar en sus retinas la imagen del viejo, de la cual no sabía desprenderse.

Cerrada la conversación, como era de costumbre en el cortijo rezó el tío Sebastián después de la comida los cotidianos Padre nuestros, que fueron contestados por los demás con ese murmullo semejante al de religiosas abejas en la colmena.

Concha dejó caer, distraída, dentro de la botella del agua una gota de vino, y del mismo modo que el rancio licor fué haciendo ondulaciones y se espació lentamente dentro del seno de cristal, el sueño fué espaciándose poco á poco por su espíritu, y algo después, con la puerta del cortijo perfectamente atrancada, cayeron en el lecho rendidos de cansancio, los viajeros. Concha colocó en una copa llena de agua, junto á su cama, el capullo que por la tarde le había dado su tío. Quería ver si amanecía abierto una mañana.

En el empedrado de la puerta, un corpulento perro de esos que vigilan las casas de campo, metía con recelo la nariz en la sombra venteando los vagos ruídos de la noche.

El viento se estrellaba en las esquinas agitando los rosales llenos de flores, quejábase de un modo indefinido en el valle,

subía después por las laderas y volvía á quejarse en la montaña.

Envuelta en las blancuras del lecho, Concha respiraba, á medida de irse hundiendo en el sueño, el aire hermoso y sano lleno de perfumes campestres, y su cuerpo sentía como una filtración de bienestar por sus huesos, y algo así como si ansiara obedecer á sutiles llamamientos de vida.

VII

LA FIESTA EN LOS LAGARES

Decididamente el viejo sentía algo extraño en todo su ser desde la llegada de su sobrina.

Aunque no acostumbrado á especulaciones metafísicas, como al recuerdo de la joven sentía correr raras sensaciones por su cuerpo, llamóse á sí mismo á examen de conciencia una vez que vióse tendido en el lecho, porque desde luego se puso receloso, y quedó ante el tribunal de la razón.

Lo primero que alegó, queriendo hacer el proceso de aquella emoción, en él extraordinaria, fué que los ojos verdes y luminosos de Concha, todo transparencia, y su boca linda y fresca como hendidura en granada de *layó*, produjéronle una impresión por él no sentida desde hacía muchos años, impresión no parecida á la que nace de los afectos familiares.

Una cosa sorprendente voy á decir, y á alguien parecerá acaso inverosimil. Parézcalo ó no lo parezca, es lo cierto que el viejo, después de ligerísimo examen, dió entrada en su cerebro á una idea relacionada con el amor, que le bulló dentro del cráneo como abejorro entre cristales, y quiso huir acelerada.

—¡Diablo!—se dijo, no seguro de sí mismo, tentándose las ropas del lecho; pero el insecto halló la puerta de salida, y se fugó dejándole un rastro de fuego en el cerebro.

Como el que acaba de pasar un susto, el hombre quedó con el pecho palpitante, pero sintiendo aun correr ráfagas de intensa emoción por su cintura.

—¡Ave María Purísima!—repetía con el acento de terror del que acaba de ver pasar junto á sí algo tremendo.

La idea huyó, pero no se alejó de su cabeza. A semejanza del tábano que describe incesantes círculos en torno de la piedra donde ha de parar el vuelo, quedóse haciéndole ronda, y no le abandonó en toda la noche.

Cuando el sueño empezaba á invadir el cuerpo del hombre, parábase el insecto en su frente y le hacía experimentar cierto temblor como el de los círculos de agua en el lago; despertaba entonces, y alejaba con la voluntad el insecto; mas apenas empezaba á quedarse adormecido, volvía el insecto á rozarle con las alas.

En medio del sueño veía el tío Sebastián dibujarse, como trazadas por un pincel divino, dos esferas verdes llenas de adorable juventud, que se destacaban en las tinieblas.

¿Era un principio de enamoramiento lo que sentía, y el instinto de la lógica alejaba de un modo inconsciente la idea? ¿En qué consistía el fenómeno, que en el viejo venía á simbolizar todas las aberraciones del amor?

Aunque parezca rápido el naciente afecto del cortijero, hay que confesar que no lo sentiría con más tardanza cualquiera ante la originalísima figura de la muchacha, compuesto de cosas extrañas, y parecida, en lo interesante, á una Sarah Bernhardt de los campos.

Su cuerpo, rodeado de una perezosa distinción, á pesar de sus cortos años, incitaba algo al sensualismo y recordaba á las

mujeres orientales; sus manos eran de una finura inverosímil; su pelo, negro y magnífico, proyectaba en su frente cierto misterio, el misterio de la niña pronta á convertirse en mariposa.

Había que mirar sin mucha fijeza aquel interesante capullo de mujer, ya recibiendo órdenes de que se levantara su pecho, de que sus mejillas se redondearan, de que su rostro se tiñera del color de los frutos, de que el pincel de la naturaleza pasara, mojado en rojo carmín, por sus labios, y sus ojos adquirieran vaguedades y misterios.

Andando con el pensamiento por los indecisos trazos de este esbozo, hallábase sumido el viejo, y espantaba á intervalos el insecto, cuando á eso de las diez de la noche, hora en que ya no había alma despierta en la majada, en suspenso el espíritu y conteniendo la respiración, descolgábase Roque, un nuevo personaje, sirviente del

tío Sebastián, por las tapias del corral, puesto á todo esto de tiros largos, como que se exponía y pasaba por cima de la voluntad de su padre, por el gustazo de ir á ver á Rosario, hija de otro cortijero, tras de la que andaba en dulces pretensiones amorosas.

Roque, con esa agilidad de los campesinos, más aun de los pastores, se escurrió como una salamanquesa por la hendida pared abajo, desvió varias veces los ojos para ver á qué altura se hallaba, y dió por último un ágil salto sobre el suelo, que promovió un poco de ruído, el ruído *macizo* que hacen al porracear los talones.

Al encontronazo, saltóle al prófugo, del ala del sombrero, la bolsa de la yesca, que yendo á dar en una seca pámpana, alzó un fuerte ruído, el cual avisó á los perros, que se acercaron al mozo formando culebreos con el rabo.

—Toma Canelo, toma Manchao—rezaba por lo bajo Roque, catequizando á los animales, á fin de que no soltaran el ladrido.

Estos, siguiéndole por entre las cuatro casas que componían el ancho albergue de los pastores, le despidieron con sentimiento á la entrada de la vereda, que blanqueando en medio de la sombra, se perdía y volvía á aparecer entre las vides, y corría á internarse en la oscura lobreguez de la cañada.

Roque, una vez en el camino y salvo de toda contingencia, apretó un poco el paso movido de ese instinto que nos hace huir del peligro, y á una regular distancia volvió el rostro con recelo para revisar una vez y otra lo andado.

Al cabo ocultóse el cortijo á sus ojos, y empezó á distinguir las arboledas de la hondonada, sumidas en ese misterio de la

naturaleza que hace todos los lugares sagrados.

Necesario era, con el miedo que sentía Roque, que amara mucho á Rosario para arriesgarse á ir solo por aquellos sitios, no acompañado más que de los ruídos de las culebras al arrastrarse por las pámpanas, y de las alimañas, que no se sabe á punto fijo desde dónde emiten su voz.

Al llegar á la cañada, la sangre empezó á escurrírsele al corazón con sigilosa huída de reptil, y su recelo tomó proporciones que le hacían volver muy á menudo la cabeza.

No era para menos aquel trozo de camino pegado á la margen, con sus cañas puestas de punta como blandones, sus sauces, que á Roque le parecían á aquella hora cabezas desgreñadas y rendidas de sueño, sus álamos de resonante copa, por cuyo tronco parecían subir abrazados seres extraños, y la maraña espesa y apretada de

los zarzales, por donde andarían tantas y tan espantosas visiones.

Luego, la música del manantial que surgía de unos mastranzos poblados de insectos, aumentaba lo medroso y vago del sitio. El agua caía impasible produciendo las mismas é isócronas gotas, ya semejando besos de copas finísimas que se quedaran vibrando por lo bajo, ya rodar suave de cristales desprendidos desde las ramas como lluvia fantástica, tan pronto sones de lira oculta en la fuente como coro levísimo de gnomos y *xanas* que se asomarían al cristal para entonar sus canciones á la luna.

Porraceando como enorme campana su corazón, Roque, que nada sabía distinguir de sonidos, pero que sí sentía con extraordinaria insensatez el miedo, asentó á largos pasos las alpargatas en la vereda, y fuera del paso peligroso y distante ya del cortijo, se arriesgó, para disimular el mie-

do, á cantar la siguiente copla que despertó miles de ecos en la cañada:

«Yo no sé qué me sucede
desde que te dí mi alma,
que cualquier senda que tomo
me ha de llevar á tu casa.»

El cantar rodó por las laderas vecinas, describiendo una circular onda sonora. Dando de peña en peña, despertó fantásticas voces, las cuales fueron repitiendo el recitado, como si en cada peña hubiera un amador oculto.

El acento melodioso produjo rebullirse de pájaros en las arboledas, hizo afianzarse mejor en la rama al mochuelo de ojos redondos y pico en pronunciada curva, echó la rana á la poza donde dió repetidas coces bajo el cristal, é hizo mecerse á las arañas colgadas entre rama y rama de sus largos hilos invisibles.

Roque empezó á subir el repecho de la loma. Al dar en la cima, distinguió á lo lejos la luz de la casa de Rosario, y llegó hasta sus oídos el rumor de la fiesta que aquella noche se celebraba.

No rimaba bien lo de ser *fiestera* con el porte distinguido de la joven; pero fué un deseo suyo que aquella noche se reunieran en su casa todas las mozas del contorno.

Roque experimentó una grata sorpresa, pues aficionado á baile y fiesta, vió ocasión propicia para echar unas mudanzas con Rosario y seguirla á *pilla-pilla* en el alegre baile del fandango.

La distancia se le hizo corta. Con el hervir de la sangre moza que da agilidad y destreza á los músculos, dijo: «Pies, ¿para qué os quiero?», y en un santiamén subió el repecho que conducía á la puerta de la casa.

Lo primero que oyó entre el rumor de los platillos y los punteos de guitarra, fué una copla que le *echaban* á la bailadora, y que decía:

«Quiere el amor que te tengo
que es fino como el coral,
y está pendiente de tí
como el capullo al rosal.»

—Dios guarde á *ustéee*, caballeros—dijo pisando el umbral de la casa Roque, sin que nadie oyera su saludo en medio del atronador bullicio de la fiesta.

En seguida buscó con la mirada á Rosario, y pasando por medio de la gente, logró colocarse tímidamente á su lado.

Las personas asistentes al *fandangazo*, como llama la gente andaluza, por instinto onomatopéyico, á las fiestas de gran bullicio, se hallaban espaciadas en la cocina, dejando un marcado óvalo en el centro,

donde á la sazón bailaba repicando las castañuelas una moza colocada en frente de un campechano labrador, el cual, dando de talón y de puntera, hacía con las vueltas y pasadas unos *que te veos* y *no te veos*, que constituían el encanto especial de la mudanza.

Los mozos, en grande y regocijado número, se extendían detrás de los asientos de las mujeres, dándoles, instintivamente la preferencia, y por todos lados salían diálogos llenos de alegría, en que se trataban cuestiones amorosas.

—¡Conque te casas, Teresa!

—¿Yo? ¡quién ha dicho eso... ¡ay, hija!

—Sí, mujer; con el hijo de Hipólito, el de la huerta.

—No hay ná, *mujé*; lo que es que han dao en ese *run, run*...

—¡Pues cuando el río suena!...

—No hay río que valga esta vez.

—Entonces, ¿cómo dicen que es *pa* fin de verano?

—Como pudieran decir que era *pa Naviá;* no tengo quien me ronde los pasos.

En otro sitio oíase esta animada conversación.

—¡Válgame Dios, y qué corazón tan duro tienes!

—¿Duro, porque digo las verdades?

—No, porque no *armites* el cariño de quien te quiere.

—Señal de que no podré corresponder.

—Y ¿quién lo va á impeir, Ramona?

—¡Toma! alguno que antes me haya dicho algo.

—¿Antes que yo, cuando te he querío siempre?

—Como nunca lo digiste...

—¡Anda! ¿pos y los ojos, de qué sirven en la cara?

—Poco he podío conocer en ellos.

—Será que no habrás querío asomarte...

De los lagares vecinos llegaban á cada instante mozos puestos de tiros largos, con las *galgas* en los tobillos, pechera cuidadosamente bordada, una *vardazca* de olivo en la mano, y la coz de la pistola asomando por entre los pliegues de la faja.

Como la cocina se hallaba llena de bote en bote, los mozos que entraban se iban acomodando sobre el muslo de los ya sentados, llegando á reducir el óvalo del baile de tal modo, que la pareja no podía hacer sus evoluciones sin rozar materialmente las piernas de los convidados.

«Que salga á bailar la luna,
que salga á bailar Rosario,
pa que se yene la fiesta
de luceriyos doraos.»

Así cantó el que tocaba, y un mozo, recogiendo la indirecta, buscó unos *palillos*

que arrojó en la falda de la moza, entre un vivo puñado de lazos.

A poco, las figuras quedaron en el centro de la fiesta, ella con los ojos fijos modestamente en el suelo, y él en mangas de camisa para mejor mover á su antojo los brazos.

Las coplas, durante el baile salían á pares de los labios y eran acompañadas por la guitarra.

«Hormiguita me volviera
si lo tuviera en mi mano,
para subir á tu pecho
y ver desde allí tus labios.

—

Cuando eche mi cuerpo flores
sólo una cosa te pido,
que las pongas en el pecho
donde no pude estar vivo.»

Otro cantó, poniendo extraordinario sentido en las palabras:

«Fuera entre todas las cosas,
por abrazarte temblando,
enredadera florida
de tu cuerpo de alabastro.»

Y otro más melancólico:

«Cuando ¡adiós! digas al mundo
pondré un rosal en tu fosa,
y te arrancaré á la muerte
hecha manojos de rosas.»

Un mozo gorjeó como un ruiseñor estos cuatro versos:

«Si quieres darme la muerte
tira donde más te agrade,
pero no en el corazón
porque allí llevo tu imagen.»

Pero lo de más efecto estaba aun por manifestarse. Al acabar su última mudanza Rosario y quedar haciendo una bella postura de baile, Roque llevóse la mano á la

cintura con disimulo; montó el gatillo de la pistola aplicando el cañón contra el suelo, y en señal de triunfo por su pretendida, soltó un tremendo tiro á sus pies, que á vuelta de apagar la luz y echar cacillos y peroles á tierra, hizo retemblar la casa y llenarse de humo de pólvora la estancia.

Las risas surgidas por el incidente; los chistes, más llenos de espontaneidad que de ingenio; los chillidos de las mujeres que en todo hallan motivo de retozo, y el barullo de voces, todas pidiendo fósforos para encender, dominaron un momento en la cocina hasta que se hizo de nuevo la claridad, y el candil rasgó con punta de oro las tinieblas.

Así, de escena en escena, prolongóse el jolgorio hasta el día. Al despuntar el alba, volvió Roque por las mismas veredas á ganar, sin ser visto, el cortijo, para simular que á aquellas horas se levantaba.

A su regreso vió poco á poco desvanecerse las visiones que tanto le habían amedrentado en el camino. Las cañas, alumbradas débilmente por el día, dejaron de ser blandones funerales; las zarzas sacaron de la sombra sus redondas moras maduras; las pámpanas no conservaban huella del paso de las culebras, y el manantial seguía sonando sus gotas, sin imitar los ecos de liras de cristal.

VIII

LA ROTURA DE LA CRISÁLIDA

Días después de la llegada de los viajeros al cortijo, la mañana de un hermoso día trajo un alegre despertar para todos, excepto para Concha, á quien su estado especial, pronta á pasar de él, hacíale quedarse más tiempo que el de costumbre buceando en los abismos del sueño.

Callando y de puntillas salió Antonia del cuarto de la muchacha donde quedábase á

dormir las primeras noches para estar cerca de su lecho.

Por más que á la sirviente no se le habían pegado las sábanas, encontróse ya levantado al tío Sebastián, algo ojeroso como de haber pasado en cavilaciones la noche, y hallóse también de punta al diligente don Andrés ocupado en ver aparejar las bestias en la portada, porque es lo que dijo á su hermano apenas tuvo tiempo de echarse de la cama.

—Tú sabes, Sebastián, los negocios que me esperan; más ahora, que la vendimia se viene encima como quien dice; tengo que contratar gente en el pueblo para invertirla en mis tareas; si hoy es ocasión, porque los jornales no están en alza, un solo día puede hacerlos subir, y esto echaría mis planes por tierra. Te dejo, ya que he pasado unos días en tu compaña, y te dejo también á Concha para que recobre la sa-

lud. Volveré, despachados algunos asuntos, y entonces podré quedarme más tiempo en el cortijo.

Y con aquel raciocinar del hombre ducho y lleno de experiencia, que siendo afable y cariñoso, para nada tiene en cuenta los extremos, siguió hablando en igual sentido á su hermano, que como astilla del mismo palo, díjole que hiciera lo que gustase, aunque se prometía fuese más prolongada su estancia.

A todo esto, iba Antonia y venía desde la puerta á la cocina y de la cocina al corral, entretenida en las tareas de la mañana, pues quería tenerlo todo punta con punta para la hora del almuerzo, y lucir, como en los demás días, sus habilidades culinarias, en obsequio principalmente de la joven, que le había sidosimpática.

Aparejadas las bestias en el empedrado del cortijo, y dispuesto todo para la mar-

cha, entró D. Andrés en el cuarto de su hija con objeto de despedirse.

Gozaba de un sueño tan apacible, y por otra parte hubiera sentido ella tanto la despedida, que á D. Andrés dióle lástima despertarla, y acercándose sigilosamente al lecho con esa suavidad incomparable de los padres, le dió un beso tan leve, como el roce del ala de un insecto.

Volvióse de puntillas, y fué á unirse á su hermano, que en la portada del cortijo le esperaba.

—No he querido despertarla—dijo—¡hubiera sentido tanto la marcha!

Antonia, hecha una verdadera pieza de plomo al saber la noticia de la ida, se había quedado á la puerta de la cocina con el cuchillo y un trozo de pimiento entre las manos, muy disgustada y mohina, porque se había echado la cuenta de que permaneciera más tiempo D. Andrés en el cortijo.

Su entusiasmo de toda la mañana, que lo había pegado con sartenes y peroles, sólo tendría un éxito á medias, puesto que de los huéspedes sólo Concha podría ya otorgar merecido premio á su habilidad.

El ruído de las bestias sobre el empedrado, sobresaltóla é hizo caer el trozo de pimiento de sus manos y balancear entre sus dedos el cuchillo.

Arrojando un suspiro, vuelta en sí, se apresuró á mirar, compunjida y triste, la escena.

Abrazáronse ambos hermanos, entre el culebreo de rabos de los perros, y montando primero D. Andrés y luego Cristóbal en sus bestias respectivas, partieron dando un último adiós á la gente. Antonia, movida á sentimiento, pasóse el pico del delantal por los ojos, enjugándose dos asomos de lágrimas.

Detrás del tío Sebastián entró la mujer

en el cortijo, y se hundió entre las ondas de humo de la cocina que arrebataron de la vista su figura.

. . . . . .

El cortijero no dióse cuenta de una de esas emocicnes que á veces pasan por nosotros; pero *al quedar dueño de la muchacha,* sintió una profunda sensación correr por su cintura y picarle de gozo en el estómago. Distraído con la despedida, ni se percató de semejante incidente, á pesar de que, con la vista tendida en el paisaje, traía á su memoria reminiscencias de otros tiempos é impulsos de vida que le llenaban de dulce bienestar, haciendo parada su pensamiento allí donde recordaba sus tiempos más felices. La muchacha, como si se tratara de ardiente gaseosa, llenaba de risueñas burbujas su cabeza, y le hacía adquirir aliento desconocido.

Algo extrañado de sí estaba el cortijero,

distraído en tales reflexiones, cuando Concha dejó oir voces angustiadas en demanda de auxilio, que á todo correr fué á prestarle Antonia, sobresaltada de pronto, y con menos seguridad de sí misma que si estuviera pendiente de un hilo de araña.

—¿Qué ocurre?—gritó temblorosa al entrar en el cuarto de la joven.

—No sé; creo que estoy mala, repuso Concha, aun no bien despierta, y asustada como si acabara de cometer un crimen.

—¿A ver?—clamó Antonia, alzándola en vilo de una manotada. Luego, llena de indecible alegría, añadió:—¡Pero, calle! ¡si es que ya tenemos mujer! ¡Digo, y cuando se ha ido D. Andrés! ¡Sr. Sebastián! ¡Sr. Sebastián! gritó fuera de sí, sin ver que en males como el de la joven, sólo ella en la casa era la llamada á intervenir.

Despavorido con los vozarrones, precipitóse el cortijero hacia el cuarto de Concha;

pero al hacer ademán de entrar, cayó Antonia en su imprudencia, y dijo con voz semejante á una mano abierta que sujetaba.

—¡No entre, señor, no entre! No es más sino que ya tenemos mujer.

—¿Cómo mujer? Pero ¿qué ocurre?

Y como el sobresalto le hiciera penetrar un momento en la estancia, comprendió de una sola mirada lo que sucedía.

En la copa de agua que el *Gusano* ponía cerca de su lecho, aparecía el último capullo regalado por el viejo, hecho ya rosa, y en la joven verificábase el mismo poético misterio que en la flor.

IX

AL SON DE LA CIGARRA

Con la entrada de Agosto entra la animación en el cortijo. Ya están contratadas las cuadrillas para la vendimia, todas ellas venidas del reino de Granada. El traje que visten contrasta notablemente con el de los hombres del lagar, pues á medida que éstos usan el vestido común á los campesinos andaluces, los de allá llevan holgados zaragüelles que hacen el efecto de enagüetas; justillo que dejan abierto, igual que la de-

lantera de la camisa; faja ceñida en infinitas vueltas á la cintura; calcetas que cubren la pantorrilla y dejan los *enfranques* del pie metidos como en un estribo de pnnto, y abarcas ó alpargatas, con las imprescindibles galgas liadas al tobillo y la *capellá* de escasas medidas.

Como las cuadrillas llegadas de Guarcho y Albuñol no caminan sin la cuchara, cada cual muestra la suya clavada en el sombrero recordando el antiguo tricornio estudiantil, y de ella se auxilian para comer, en unión de la navaja de corva punta, que, á falta de agua en muchas ocasiones, humedecen de no muy aseada manera y limpian después en las cuerdas de cáñamo del alpargate, pañuelo obligado para muchos usos de su cuerpo.

Gente del cortijo y hombres llegados de fuera, bullen sin descanso á espaldas de la casa en las viviendas de los trabajadores,

entretenidos, unos en hacer sogas, otros en remendar capachos, estos en recomponer á golpe de martillo los *formaletes*, aquellos tapando agujeros á los cenachos, este cosiendo las aguaderas, otro forrando de tomizas la olla, el de más allá afianzando el asa al caldero, el de al lado dando mazazos á una estaca, aquél machacando esparto, y Roque, que si es tímido en declarar su amor á Rosario, se desquita siendo listo como ninguno en dirigir una tarea, dando órdenes á diestro y siniestro, y haciendo también de paso su trabajo.

—«Vengan acá esas tomizas, vaya allá ese capacho, eche usté una mano á esta carga, dele usté dos puntos á esa estera», Roque se desgañita y hace tomar vuelo á la faena, que bajo su dirección crece y cunde, y conquista ochavo por ochavo los salarios.

Estos, más subidos que en los demás lagares, como que para trabajar con el señor

Sebastián, tan excelente es su trato, la gente acude como moscas á la miel en demanda de empleo, llega á la cifra subidísima de ocho reales, uno más que lo ofrecido en los demás cortijos. Cuanto á la comida, porque no se trabaja á *secas* en el lagar, los *tajamales* de tocino caen en la olla que es una bendición, y la morcilla se pavonea en medio de los garbanzos, y también cuece algún trozo de carne de vez en cuando, sin contar con la manteca rancia *que hace el caldo como la nieve*, y las costillas de cerdo que dan sustancia exquisita á la vianda.

No es echar semilla en el agua tener considerada así á la gente, pues aunque el cortijero no lo hace con segunda idea, los hombres, si habían de hacer como cuatro hacen como cinco y miran la cara al amo á ver qué se le antoja.

—¡A la salú de los presentes!—exclama de

pronto en tono de broma *Matusalén*, el antidiluviano sirviente del cortijo, alcanzando la jarra del garabato y echándose un trago de agua entre espalda y pecho, que levanta el mismo ruído en su gaznate que arroyo rodando por las piedras.

—¡De salú sirva, abuelo!—responde Roque, recogiendo la frase retozona del viejo—¿estamos de buen humor?

—Es que la *vía* hay que pasarla á tragos.

—Pero de otra *agua*, tío Ruperto.

—¿De cuál? ¿á ver?

—De la que echan de sí afuera las uvas; onde esté esa no hay *maniantal posibre*; que lo digan, si no, los que me escuchan.

—Yo digo que deben de ser de agua—insistió Matusalén.

—Creo que tiene razón el abuelo—añadió un chusco, el más borracho de la cuadrilla.

—*Asina* debe de ser—repuso Roque;—pero tú no eres voto *pa eciyo*.

—¿Por qué no es voto Ripepe?—clamaron algunas voces.

—*Pos*, justamente, ¡porque nunca ha probao el agua y no sabe qué gusto tiene!

Risa á la ocurrencia del mozuelo, guiños maliciosos de uno y otro lado, y amagos de zumba y fiesta en los trabajadores.

—¿Vaya que no se atreve el abuelo—dijo Ripepe—á contarnos cómo *le habló* á la primera novia que tuvo?

La frase despertó una viva curiosidad.

—¡Que lo diga, que lo diga!—se apresuraron á repetir algunos.

—Sí, tío Ruperto—recalcó con evidente interés Roque, á ver si él hallaba la fórmula de *tirar el alpargate*, como en Andalucía se dice á declarar el amor, á la que deseaba tener por novia.

Y Matusalén, que en viendo alegre á la gente le importaba una higa ser el blanco

de las risas, comenzó á contar de la siguiente manera:

—Andaba yo metío en una *melencolía* que me traía el color de las *acetunas* á la cara, y este era el que no comía ni bebía pensando en los *jamores*, sin dar con el *quí* de *eciye* á la moza «mira que te quiero».

Llegaba yo toas las noches á su *vera*, porque *dambos* servíamos en el mesmo cortijo, y los labros mesmos eran los que me se jacían uno solo en cuanto quería *mermurá* «buenos ojos te pudras »

—*Buenos ojos tienes*—corrigió con premura Roque.

—Corriente, pero ella no tenía los ojos en mí, *ú* por lo menos asín lo *feguraba*, porque *paecía* complacerse en *atormentame*, y lo mesmo era sentarme yo á su *lao*, que enderezar ella la fina parmera de su cuerpo...

—¡Ejem! ¡tío Ruperto!

—¡*Cuidiao!*

—*Pos* como digo: una noche me acerqué á la querencia de los pastores, y vino la cosa de *perilla*, porque en aquel presente se praticaba de lo mesmo, y sin decir oste ni moste, me senté pa oir lo que decían.

—¿Y qué decían, abuelo?

—A eso voy. El jefe é la *majá* espricaba de esta conformiá la cosa: «No hay más que cortar un palito de jiguera, *apresimurse* á la mujé á quien se le quié jablá, y eciye:

—¿De qué es este palito?

—«De *jiguera*—contesta en el momento la moza.»

—¿Usté me *quisiera?*—dice uno, y ya está la cosa jecha.

—¡Pos es verdá! Asín quea arregla la eclaración por el mesmo *casao* de las palabras.

—De manera—empezó Roque, vivamente

interesado—que se saca el palito, y se dice:

—¿De qué es este palito?

—«De *jiguera*»—debe decir ella.

—¿Usté me *quisiera?*—dice uno, y ya quea arreglá la cosa.

—Justo talmente—clamó Matusalén, que golpeó una mano con otra en señal de acento vigoroso.

—Pues yo creo—dijo Ripepe—que Roque tendrá que dar la *lisión* cuando tan bien la *quie* aprender.

—Eso digo yo.

—Y yo también.

—Señores, que el tío Ruperto *entovía* no ha acabao de contar el cuento—clamó el aludido desviando el giro de la conversación.

—Pos al final, la cosa es clara, asín lo jice—siguió diciendo Matusalén.

—¿Y qué?—preguntaron todos ansiosos.

—¡Que me dió unas *calabazas*, que per-

donen los presentes, pero eran lo mesmo que *tenajas!*

Risa hasta desencajarse las mandíbulas en todo el auditorio.

—Pero eso sería—apoyó Roque cobrando esperanzas en la fórmula—que no le *quedría* á usté la moza, ¡porque si le *juá* quería!...

E hizo firme propósito de declararse por aquel sistema.

La tarea, alentada por el placer de la conversación, que si unas veces ata las manos, otras las mueve más de lo ordinario, adelantaba con rapidez y lucía como nunca, siendo todo satisfacciones para Roque, pues de un lado el trabajo, y de otro la *receta de declarar amores*, traíanle alborotado el magín, como gallinero donde se *estrena* gallina nueva.

Las espuertas, encajadas unas en otras, subían pegadas al muro, hasta dar casi en

la enramada; los capachos también se amontonaban á un lado á medida que se les iba echando los remiendos; los afianzadores de caña para sostener los papeles de los lechos, ponían subido colmo á una caja, y todo lo que eran preparativos quedaba al corriente para acometer con decidido empuje la vendimia.

Entre las ramas de un árbol que cerca de un toldo mostraba su verde penacho, cantaba, emboscada en las hojas, una cigarra, como presidiendo la escena de verano, y todo parecía someterse á su voz, pues la pesadumbre de su nota se imponía á todo lo cercano, mientras languidecían las ramas y arrastrábase el viento bochornoso y pesado, como lleno de invisibles partículas de opio.

Por las veredas lejanas veíanse algunas cuadrillas, que ya habían empezado la vendimia, llevar sus cestos de uva á la cabeza

y adelantar unos tras de otros hasta dar en los paseros de algún cortijo cercano.

Tal cual hoja seca, caida prematuramente de los árboles, rodaba con lentitud de cepa en cepa como buscando compañera con quien correr, y al no encontrar hoja caída, seguía su marcha de tropiezos, llevando en los filos el silbido casi imperceptible del aire.

El horizonte era un horno inflamado donde las moscas, al cruzar, quemábanse las alas.

La cigarra seguía entonando su romanza como un rasgueado uniforme de vihuela; su armonía clavábase en los oídos, que embotados con la música, dejaban de ocuparse de ella como si fuese una fatal imposición de la naturaleza.

Cuando llegó la hora de la comida, que ya tenía preparada Antonia en el cortijo, formaron los trabajadores una mesa de ca-

jas y tablas, y pusieron en derredor trozos de pino por asiento.

Roque, al ir á avisar que podían traer la vianda, con la imagen de Rosario metida en la cabeza, repetía por el camino, dispuesto á declararse á ella y como niño que dice en voz alta la retahila del mandado:

—¿De qué es este palito?

—De *jiguera*.

—¿Usté me *quisiera*?

X

LA VUELTA DE MISA

Muy esperanzado con el paso que á dar se arriesgaba acerca de los amores de Rosario; el justillo de los domingos mostrando en su pecho todos sus ramillos, bordados y hojuelas; la chaqueta ribeteada de trencillas, con golpes de arabescos, colocada con primor sobre sus hombros; el camisón de mil labrados, dejándose ver por las abiertas hojas del justillo, como se ven los grupos de majas á traves de las caladas hojas

de papel en la vistosa caja de pasas; el sombrero de *barquilla*, con motas y morillas en el ala, derribado sobre el ojo de donde partían los significativos guiños amorosos; los zapatos cuajados de torzales, con un solo cerco de clavos, ceñidos extraordinariamente á los pies, y el pantalón á vivas rayas, encasquetado como fuerte venda á las piernas, sale de la majada despidiendo lentejuelas al aire el enamorado mozuelo, y apóyase en la enorme porra, que es el complemento de su atavío, llevando asimismo entre la faja un palito de higuera, que, como objeto que había de llegar á manos de Rosario, había de antemano primorosamente labrado á punta de navaja, y esculpido en él con amorosa paciencia el nombre de su dueño.

Los pámpanos caídos á uno y otro lado de la vereda, se abrían para dejar paso al pretendiente, y las hojas de los árboles, sa-

cudidas por el aire, batían palmas de entusiasmo á su presencia.

La gente de los lagares por donde pasaba, admirada de verle tocado de tan rica manera, salía á la explanada para saludarle y para decirle:—¿Ande vas, Roque, que tan bien vas engalanao?

Pero él miraba con cierto desdén á mozas y mozos que salían á enterarse de sus proyectos, y metía el talón á la distancia, no dejando de vez en cuando de sacudir el polvo á los zapatos, con un pañuelo que para el caso llevaba de repuesto.

Al dar la espalda á algún cortijo, llevaba con disimulo su mirada desde las puntas de los zapatos hasta el pecho, con entera satisfacción de su orgullo, y dábase los retoques de mano necesarios para no consentir decaer su traje en lo más mínimo.

La petaca, obra de arte supremo, donde iba colocado un diminuto espejo, requería-

la con hondo deleite y echábase un vistazo á las patillas, ensayando algunos guiños que había de hacer á Rosario, como preliminares del golpe decisivo del palito.

A veces, al atravesar la explanada de una casa por donde pasaba la vereda, veníasele encima un perrazo enorme que abría el estuche de los labios y le enseñaba dos filas de dientes; pero Roque dejaba caer la *chivata* contra el suelo, partiendo una losa del porrazo, y el perro enfundaba los dientes, temeroso de perderlos. Seguía ladrándole el mastín y hasta daba carrerillas á alguna distancia como queriendo hacer presa en sus piernas, pero una mirada de soslayo de él helaba la sangre del perro, que retrocedía al punto de partida.

Como domingo, la animación era más escasa que en los demás días puesto que algunos trabajadores descansaban, pero en cambio tropezaba en los cruces de los senderos

con grupos de mozuelas que regresaban de oir misa; entonces daba á su persona los rumbos y donaires necesarios, ponía bien abiertas las hojas del chaleco, y dibujando una sonrisa que realzaba el valor y la elegancia de las patillas, contoneábase al pasar, y echaba un apasionado guiño á las mozas.

De trecho en trecho oprimía el labrado palito que asomaba por los pliegues de la faja, en unión de la coz de la pistola, la cual, con seis balas metidas en el cañón y llena de tacos hasta la boca, apuntaba á interioridades de su cuerpo tales, que si el tremendo tiro saliera, no quedaría, á buen seguro, Roque, con más ganas de andar metido en lances y cábalas de amores.

Paso pasito y echado de largo á largo en la confianza de ser correspondido, dejó atrás la medrosa cañada por la cual había cruzado con tan incomprensible miedo, su-

bió después por un largo repecho, atravesó la cima de una loma, y al cabo descubrió la casa de Rosario, emboscada á lo lejos en un magnífico velo de rosales, y alumbrada por las brillantes luces de la mañana.

Allá, por el camino que conducía al cercano pueblo, divisó también á la familia de la moza, y á ésta, que verificaban la vuelta de misa, y como presumió que de continuar al paso que iba, daría en la casa á punto *de caer en la sopa*, puesto que era la hora precisa del almuerzo, quedóse oculto en una cañada viendo por entre el ramaje adelantar y acercarse al cortijo la familia.

El mozo erraba esta vez al dirigirse á mozuela que no era de su clase, y para que se vea la distancia que separaba al humilde mozo, de Rosario, presentaré al lector á la familia (acabando con el dibujo de personas), mientras sigue en dirección de la casa.

Manuela, como llamaban á la madre de

Rosario antes de casarse, y *doña Manuela*, como hoy la llaman en el contorno, es la esposa de D. José, y á un cuerpo de baja estatura y algo lleno de carnes, si bien de aspecto delicado, une el ser un poco dada á los remilgos y un mucho á lo meticuloso, con lo cual, y atendiendo al moverse de sus ojos asustadizos, no pecaré de exagerado al calificarla de *dama de la media almendra*, sin que esto quiera decir que doña Manuela se dé fácilmente, y así como así, á lo ridículo, ni que no sea poseedora de todo aquello que constituye el principal encanto de la mujer, como es bondad, honradez, castidad, y cierto aire pudoroso que hace que se la mire, y que luego se la vuelva á mirar, y que cuando ha pasado nos deje dentro del alma un *olor* inexplicable, que no se olvida fácilmente.

Rosario es morena tirando de largo, y muestra encendido ese color moreno por la

sangre luminosa que baña su semblante: sus mejillas recuerdan esas rosas de tono rojo oscuro, cuyas hojas parecen estar hechas de terciopelo. Los ojos que campean en medio de ese tono de color y que le tienen destrozada la cara, son negrísimos, de un negro de cuervo, algo mate, lo cual da á la expresión algo de cadavérico y siniestro, pero que por lo mismo es de una belleza extraña y enloquecedora. El cuerpo con que hace junto este rostro el viaje por la vida, es bien proporcionado, más bien alto que bajo, apretado de carnes, con lo cual hace pensar en las cosas de la tierra, y de una soltura y movimientos armoniosos.

Todo este tesoro va vestido con la mayor sencillez, y hasta con aire poco correcto; pero no sé lo que emana de la joven, que donde ella echa á rodar luces de los ojos, todo queda en una legua á la redonda como *aristocratizado*.

D. José es un severo señor, todo hidalguía, que parece hecho, por lo enjuto y elegantemente arrugado, de cáscaras de avellana, y que denota un vigor de nervios y una entereza de carácter en completa armonía con el ambiente de antigüedad que envuelve su casa de campo, sus sobrias costumbres, y todo lo que de él procede. Es D. José uno de esos hombres en los que el traje, ó mejor dicho, *el aire del traje*, parece como que es parte integrante de ellos, y los define y retrata mejor que el más diestro pincel. El día que se muda don José de chaqueta, ya no es el mismo hombre; se necesita ver invariablemente en él sus zapatos de becerro blanco, que su pie estrecho y elegante hace presentables á los ojos; su pantalón de lana á cuadritos, que jamás conoció mancha alguna ni rodilleras; su americana de ligero dril dando aletazos en torno de su persona á medida que

el aire la remueve; su chaleco indefectiblemente desabrochado en algunos botones con lo cual pone á la vista la inmaculada camisa, y su sombrero de paño flexible, color de pasa, que él se pone de un puñado y arruga artísticamente sin saberlo, con cuyas prendas y con cuyas circunstancias, D. José es el hombre de porte más simpático, honrado y franco, que vieron hidalgos de Galicia y nobles cosecheros andaluces.

Las tres personas, colocadas en la vereda por orden natural, es decir, Rosario delante, la madre detrás, y el padre en seguimiento de ésta, adelantan y charlan á su sabor, sintiendo que ya el sol empieza á caldear y á hacer hormiguear su sangre.

D. José, entregado á su natural abandono, ha tirado, con aire distraído, de la punta de un sarmiento de los que dan al camino, y se ha quedado con un frondoso tallo de pámpanas en la mano, con el cual se

abanica de vez en cuando. Rosario dice que es necesario que su madre le compre un vestido igual al que le ha visto aquella mañana á la hija del maestro, «porque ella no quiere ser menos que nadie.»

—Eso á tu padre—le responde doña Manuela, tratando, en tono de broma, de quitarse la petición de encima.

—Vaya, papá—dice Rosario apartándose para que pase la madre, y poniéndole una mano en el hombro á D. José cuando se pone á su nivel:—¿Me lo comprará usted? ¡Nunca me quiere comprar nada!

—Yo no; las mujeres son las que entienden de eso—añade afectando acritud don José, aunque hecho por dentro una breva madura.

Y en seguida le echa una mirada tal la hija, inclinando la cabeza sobre su hombro, que necesita el buen señor ser su padre para no decirle en el momento que sí.

Dilucidando quién va á ser el que por fin le compre el vestido, la familia llega á dar vista á la casa, que allá en la suave falda de un monte y sobre un valle formado de fértiles huertas, enseña sus muros blanquísimos entre los árboles y se destaca tras las frondosas listas de vides que se extienden por las laderas.

La casa resplandece en el paisaje, alegre, pura, risueña, llena de claridades de la mañana y cercada de bandos de palomas. Bien distante del pueblo, del cual sólo llegan, al caer la tarde, los ecos tristes y melancólicos de la campana, parece como hogar encantado, lleno de suaves conciertos, y rodeado de ocultos manantiales de dicha.

Lo mismo cuando la confusa luz del alba cierne sus reflejos sobre su blancura, que cuando al morir el día se envuelve en agradable rumor de grillos, insectos y susurros

de ramas, la casa parece colgada dulcemente al paisaje, y no resuena en toda la comarca, en épocas de quietud, otra voz que la lanzada por la familia, ó el canto del pastor, cuando vuelve, entre el repique de las esquilas, de los campos. En las diáfanas noches de luna, entran por las ventanas impalpables bandas de plata, que van á dar en el suelo, simulando la aérea sombra de un cristal, y dibujan en derredor el follaje de las madreselvas enredadas á los hierros, como si la luz pasara, antes de llegar al suelo, por el gracioso calado de una mantilla. El rayo de luna lucha entonces con la claridad de la luz artificial que sobre una mesa alarga sus dormidos reflejos, mientras D. José se entretiene en ajustar en silencio las cuentas del día, levantando leve y crispado rumor con la pluma, que recuerda el crugiente papel del furioso y ofendido moro Tarfe.

Ni un tumulto, ni un eco del mundo, ni un lejano resonar de voces que vaya á interrumpir el amable sosiego de la casa.

Ya cercana á ella la familia, que á toda prisa desea alcanzarla, resplandece bajo el sol de la mañana que la llena de luces y reflejos; un pavo real hace vistosamente la rueda colocado bajo un limonero; en el caballete de un tejado, destaca su aéreo perfil un gato que se pasea sobre las tejas viendo el andar menudo y engallado de las palomas.

La planta baja de la casa, típica de las casas de campo andaluzas, se compone de cocina, un cuarto en un extremo con una ventana baja cubierta de follaje, y otra sala, también con ventana, llena de tiestos y verdura.

En el piso alto y único, anúnciase la habitación de los frutos por el intenso olor á pasas y algarrobas; la del vino por el mis-

terioso zumbar de los mosquitos y el ruído levísimo de las efervescencias; la de comestibles por el olor á jamones y morcillas, y la de trastos rotos por un especial é inexplicable olor á madera vieja, que anuncia su presencia. El pajar está colocado en la parte trasera de la casa, y en los rincones altos se admiran telarañas de todas dimensiones, y se percibe el gratísimo aroma de la paja. En un extremo del corral, cubierto por frondosa parra, está la cuadra, con sus estacas y pesebres, y en ella se siente el contínuo patear del caballo y los fogosos relinchos que dispara.

A unos quince pasos de la vivienda, se ve la fuente, con su eterno y monótono ruído, sus hoyos hechos en el suelo para poner los cántaros, y sus ramajes cayendo sobre el manantial.

—¡Jesús María, qué calor!—dice al fin entrando en la casa doña Manuela y sol-

ando en una silla el devocionario que trae en una mano.

—¡Uf, qué sol!—exclama al mismo tiempo Rosario, abriendo el abanico y echándose bocanadas de aire en el rostro.

D. José nada dice, pero se abanica igualmente con el tallo de pámpanas que aun conserva en la mano, y se suelta todos los botones del chaleco, pasándose después el pañuelo por la frente. Y como intenta quitarse el sombrero para refrescar más pronto la cabeza, interrumpe doña Manuela dando un grito y adelantando las manos á su esposo:

—No te lo quites, no te lo quites, que te resfriarás.

A poco, no bien calmado todavía el sudor de su cuerpo, doña Manuela empieza á dar órdenes á los criados para que arreglen el almuerzo.—¡Pronto—dice—pronto!

Rosario principia á quitarse los alfileres

de la mantilla y á echarlos en la mesa, donde rebotan al caer. Luego, y antes de despojarse del velo, va á mirarse al espejo, colocado frente á la puerta, guiada de ese afán de las mujeres de verse antes de descomponer su tocado para apreciar cómo se hallaron delante de la última persona. Tráese después con la mano, torciendo la cabeza, la enredada mantilla, y la empieza á doblar por las señales que se marcan en el tejido. El olorcillo á esencias y á *mujer* que se desprende de su cuerpo, incita á cerrar voluptuosamente los párpados y á dar rienda suelta á los sentidos. Cambiándose después de traje, sale á la cocina con los enseres de labor en las manos, y se dispone á continuar el bordado á que dió principio el día anterior.

—A almorzar—dice en esto doña Manuela; y sin más tardar, la familia siéntase á la mesa, y principia alegremente el almuerzo.

Cuando se han levantado de los asientos, doña Manuela váse por *allá dentro* á entretenerse en algunas tareas domésticas; Rosario se pone á bordar detrás de la hoja de la puerta, y D. José se va á una habitación interior, donde hay un catre abierto incidentalmente, quítase los zapatos dejando ver los pies cubiertos por blanquísimos calcetines, inmediatamente se desprende de la chaqueta, y toma la línea horizontal, no tardando en dar señales de que ha sido invadido por el sueño.

Mientras borda la joven, una pluma de gallina, blanda y suave, es empujada por el aire casa adentro, y rueda con dificultad obre las losas, perdiendo y ganando terreno, según que el aire la mantiene en flujo ó reflujo.

En el espejo de enfrente de la puerta, se reproduce gran parte del paisaje, que forman primero tablas de huerta, luego oscu-

ras copas de limoneros, y, por último, una enorme mancha de sol, por medio de la cual se prolonga una larga hilera de cañas, que movida por el aire, forma evoluciones de grande y alineado ejército desplegado en campo de batalla.

XI

¿DE QUÉ ES ESTE PALITO?

No bien pasó el tiempo suficiente para que la familia diese de mano á la cuchara, cuando Roque, saliendo del escondite de árboles, puso otra vez el pie en la vereda, dió algunos retoques de uñas á su pelo, estiróse ambas hojas de la chaqueta, y asegurándose de que llevaba entre la faja el palo de higuera, sonrió con aires de triunfo y empezó á darle puntadas al camino.

En verdad que el mozo, puesto al servi-

cio de tan cómica idea, obcecado por la ficción oída á Matusalén, armado caballero de declarar amores pues la *espada* llevábala llena de labores y filigranas en el cinto, parecía algo así como D. Quijote yendo tras alguna soñada Dulcinea, ó una viva representación de la locura.

Pudo Roque emplear fórmula distinta de declaración, como la de aguardar al santo de Rosario para rondar su casa, afianzadas las manos á dos enormes limones, y en el momento de verla pasar tras alguna puerta ó ventana, largarle un tremendo limonazo, que tanto más expresiva sería su declaración, cuanto con mayor fuerza fuese disparado el proyectil; pero se contentó con emplear la fórmula de la higuera, sin recurrir á libro alguno de dictar cartas, á recado por medio de zagal, ó á alcahueta de oficio, que tanto abundan en todas partes.

Llegado por fin al empedrado de la casa

que entre otros diversos adornos mostraba bellas combinaciones de guijarros y chinas de colores, abrióse por última vez el justillo para enseñar la labor de pechera, y exclamó metiendo la *chivata* en la casa y clavándose en el escalón hasta no recibir contestación á su saludo.

—La pa é Dios sea en esta santa casa.

—Ven con Dios, Roque;—contestó Rosario, que se hallaba sola en la cocina.

—¿Se pué entrar?—continuó el mozo adelantando más aun la porra.

—Entra y siéntate.

—Con premiso de los presentes—añadió Roque, que soltaba el plural sin venir á cuento, y se acomodó en una silla á cuatro varas de distancia de Rosario.

—¿Qué asunto te trae por aquí á esta hora?—preguntó ella, ignorando el amor y las pretensiones del mozuelo.

La pregunta, hecha así á boca de jarro,

desconcertó al mozo hasta ponerle la cara como el bermellón, y por un movimiento automático acudió con la punta de la *porra* á detener la pluma que en el suelo rodaba de un lado para otro.

Luego, sin querer aun poner las cartas boca arriba, continuó hablando á trope zones.

—Ná en talmente me trae, si vamos al decir, sino que dije digo... ya quizás haigan vuelto de misa en cá e D. José, y allá me voy á pasar el rato.

—Te agradecemos la visita y puedes estar el tiempo que quieras; será muy grata la compañía siendo tuya.

El corazón de Roque pasó, al oir las últimas palabras, de la más honda emoción del miedo á la más fuerte de la alegría, y quiso decir mil frases de agradecimiento, pero se contentó con llevar la porra segunda vez á la pluma, y darle varios empellones para atraerla.

—Y tú, ¿has oído ya misa?—siguió la muchacha por romper el silencio con algo.

—Sí... no... es icir...

Y hecho un tarugo, pues iba de tropezón en tropezón, exclamó, como pudo, sin dejar quieta la *chivata*.—Me se jiso una *mijiya* tarde, y cuando cavilé, ya venía la gente é güerta; no gorverá á pasame, lo prometo.

—Vamos, se te olvidó que hoy era domingo, y por eso no has ido á misa.

—Repito la semejanza de que no gorverá á pasame.

—¿O será más bien—repuso afablemente Rosario—que habrá por ahí quien te robe el tiempo, y por eso marchas retrasado?

—Ojalá y quien yo quiero me lo robara.

—¡Qué! ¿no sabe ella que la quieres?

Aquí Roque, que para guiñar era para lo único que tenía atrevimiento, y que no podía tener los párpados quietos cuando

oía dos palabras tiernas, irguióse de la manera que saben hacerlo los enamorados, torció la cara para poner á vistas el ojo *elocuente*, y acariciando con la mano el palito de higuera, pegó uno y otro arco de pestañas, disparando por medio de ellas toda la malicia de su idea.

Rosario ni se percató de aquella señal amorosa, y clavó los indiferentes ojos en el bordado.

Como Roque dejó sin respuesta su pregunta, la joven añadió metiendo y sacando la aguja en la tela.

—Nada respondes á lo que digo, lo cual prueba que algo habrá de cierto.

—Hay y no hay, si vamos al decir.

—¿Cómo? explícate más claro.

—Digo que yo cavilo por una mujer que me trae triste y *melencólico*, pero ella, ni esto sabe de la cosa.

—¿Y por qué?

—Toma...

—No se lo habrás tú dicho.

Si fuera posible expresar exactamente un suspiro con palabras, esa sería la contestación que yo tendría que escribir. Roque volvió á enfilarse en la silla, dióse un par de primorosos tirones de la chaqueta, púsose airosamente de soslayo, y unió nuevamente los párpados, lanzando otro chispazo de malicia.

Ni por esas. Rosario no veía los atragantamientos del mozo, ni se paraba en los guiños que le dirigía.

Entonces, para atraer la atención de la mozuela, recurrió el enamorado á los fingidos golpes de tos, y preparando un tercer entornamiento de pestañas,

—Ejem, ejem—tosió mirándola de hito en hito, creyendo que esta vez no marraría el pistoletazo.

Como á la tos siguió una pausa en que

ni miró Rosario ni pronunció palabra alguna,

—Ejem, ejem—volvió á repetir, abriendo y cerrando el ojo, como esos faroles que á causa de contener aire interno, abren y pliegan su luz.

—¡No será el constipado por lo que madrugas!—dijo al fin la mozuela, para reanudar la conversación—porque cuando pierdes la misa...

—No es por eso, pero es por otro *respetive*.

—¿Por cuál, á ver?

—Pues... porque yo no duermo ni *escanso*, porque una mujer me trae la voluntá perdía, porque tú no sabes Rosario lo que pué un queré, cuando el queré es de oro fino.

—¡Acabaras! Si hubieras empezado por ahí, ya sabría en qué consiste lo que te pasa.

—¿Y qué dices, ahora que lo sabes?

—Que ¿qué digo?

—Sí, *jabra*.

—Pues, qué quieres que diga...

—Te cuesta trabajo, ¿eh?

—Lo que digo es que eres un ingrato con ella.

—¿Ingarto, cuando hasta daría mi reata de burros por un su *sospiro*?

—¿Y qué iba ella á hacer con tanto burro?

—Es un decir, Rosario.

—¡Ya!

—Lo que hay es que los *labros* me se cosen en viéndola, y no pueo *jabrí* la boca.

—Pues mira, eso no es bueno para decirle que la quieres; pero sí lo es por aquello de que en boca cerrada, no entran moscas.

—Tú quies *martirirme*, Rosario. ¿No ves mis janhelos, no ves mis *causas*?

—Muchas son, ya lo veo.

—Entonces, ¿por qué no mermuras «pos esto?»

—Es que yo no sé si te podría aliviar de esa pena.

—¿Aliviarme? Como que *epende* de que tu *jabres*.

—Pues bien, digo lo que tú quieres que diga, y es el único modo de complacerte.

—¿Es verdá eso? ¿Conque al fin *tapiadas?*... ¿Conque al fin?...

—¡Pero sepa yo al menos quién es ella!

Un chorro de hielo que cayera, en pleno invierno, sobre las costillas del mozo, no le dejara más frío que las palabras de la joven.

Movióse con la color completamente pálida, quiso articular algunas palabras, y una emoción intensísima se lo impidió.

Luego *carraspeó* con la garganta no se qué ecos de moribundo, y echóse la cabeza entre las manos, apoyando los codos en las rodillas.

—¿No quieres decirlo?—siguió sin alzar los ojos del bordado Rosario.

Roque, levantando sobre sí su ánimo como si fuera un peso de veinte arrobas, irguióse como pudo, y dijo con voz venida de otros mundos.

—Si te empeñas...

—No causándote perjuicios... dílo.

El *moribundo* quiso jugarse el todo por el todo; requirió el palito de higuera entre la faja, y presentándoselo á Concha á tiempo que salía de repente á la cocina su madre, dijo:

—¿De qué es este palito?

Mas como al ver á doña Manuela guardara Roque el trozo de higuera, la pregunta no pudo quedar refiriéndose más que á la chivata, que de todo podría tener menos de *palito*.

Rosario, al ver en manos de Roque la porra, dijo toda risueña:

—¿Que de qué es ese palito? ¡Pues vaya un palito!

Y como quería comunicar á alguna otra persona su regocijo, clamó dirigiéndose á su madre.

—Mira lo que me pregunta Roque; ¿que de qué es ese *palito*?

—Con él le daría yo en la cabeza á este zanguango—repuso doña Manuela,—á ver si no parecía más por aquí. ¡El demonio del paleto!

Aquella segunda puñalada puso en pie á Roque como cadáver animado por el galvanismo; echó el paso como pudo, y al salir, sin decir «adiós» de la casa, la pluma que no había cesado en sus retozos y cabriolas, alzóse en remolino impelida por el aire del cuerpo del mozo, y á semejanza del muchacho que se burla en la calle de los campesinos, dióle un pescozón en la cabeza, como si enterada del suceso quisiera demostrar su regocijo.

XII

LAS BROMAS CAMPESINAS

Habiéndole sorprendido á Roque la noche en el camino, pues se entretuvo el resto del día de lagar en lagar viendo de distraer su pena, no pudo estar de vuelta á tiempo de asistir al clásico gazpacho.

Hombres y mujeres que dieron de mano, esperan bajo la enramada el momento de la cena, confundidos entre las pirámides de pasas que suben de los fruteros.

Antonia, como el *Gusano de luz* mani-

festara deseos de comer del plato andaluz, puso todo su empeño en sacar á las mil maravillas el majado de pan, ajo y pimiento que había de dar base y *origen*, como si dijéramos, al gazpacho.

Un lebrillo, lleno hasta los topes, asoma al fin traído por dos robustos hombres, y es colocado sobre una mesa, en torno de la cual forma círculo apretado la gente, y pone en movimiento las cucharas, después que Matusalén ha exclamado con acento patriarcal: «¡En el nombre sea de Dios!» y ha cargado la suya con varias moles de pan, sostenidas milagrosamente sobre el peltre.

La gente que no quiere estar de pie, se acomoda en asientos consistentes, bien en un capacho puesto boca abajo, ya en un montículo de cajas vacías, á las veces en un trozo de pino, ó bien en una descabalada silla con más boquetes que aneas.

El movimiento de brazo de los que cenan, establecido del lebrillo á la boca, y la *remada*, digámoslo así, de la cuchara, cada vez que entra en el líquido, producen una bulliciosa marejada en el interior de la vasija, haciendo dar vueltas vertiginosas al alimento, el cual aligérase pronto de sopas y conduce las restantes entre chispas de pepino, pequeños trozcs de pimiento y alguna tajada de tomate.

Un rapaz de esos de carácter observador que tan á menudo se encuentran en los cortijos, ya mermado el alimento, mira la única sopa que da vueltas en la vasija, y observa cómo cada persona desea darle caza con el mayor disimulo, y cómo en la imaginación de todos bulle la misma idea, cual es la de que, anhelando cada campesino la sopa, ninguno, sin embargo, logra *embarcarla* en la cuchara por más trazas que pone en ello.

Pasa la sopa por una orilla, hunde la cuchara un comensal, y húyese al centro la aludida, formando remolino; alarga hasta allí el *plete* otro pretendiente, y ¡zás! la sopa va á la margen opuesta, arrastrando consigo mil chispas de pepino y regodeándose de haber escapado; mete allí el brazo, trás ella, otro solicitante, y dando una *revolaina*, escápase en derredor de la *pista* burlando otras cien y cien cucharas, todas rebosando en deseo de cogerla, pero ninguna lo suficientemente diestra para lograrlo.

Cuando no queda en el fondo del lebrillo más que el líquido suficiente para echar la *cola*, se hace ésta derramando un poco de aceite en las espesas zurrapas del gazpacho para luego sacarlo á sopa limpia, ó *á pulso*, como dice la gente campesina, metiendo unos el pan cogido con los propios dedos y sosteniendo la salsa con la yema del pul-

gar, ó llevándolo otros al fondo del lebrillo clavado en la punta de la navaja, y allí hornagueándola para que los residuos monten bien sobre la sopa.

Como es pleno verano, los hálitos entre cálidos y frescos de la noche, pasan por las frentes de los hombres y contienen las leves granulaciones de sudor que principian á manifestarse sobre la piel.

—Roque mus ha negao esta noche—clama de pronto Matusalén metiendo en el lebrillo una de *sus* sopas, que es, como si dijéramos, un cuarto de hogaza.

—Debe traerle sacao de quicio alguna moza, porque eso tan sólo podría apartarlo de la tarea—añade Ripepe, que en medio de todo reconoce las buenas cualidades de Roque.

—Pos si *juera asine*—agregó de nuevo Matusalén—sería cosa de que salieran *ostés* á *daye* un susto en el camino, por-

que no se pescan truchas á bragas enjutas.

—¡Je, je! no está mal pensao, tío Ruperto—masculló con brutal alegría un hombronazo, que en punto á bromas campesinas había mostrado su inventiva en varias ocasiones.

—¿Les paece á ostés—siguió diciendo el gigante—que se le de la *groma?*

—Sí, sí, gritan todos apurando las últimas sopas, y entonces añade el hombronazo que responde al nombre de Miguel.

—Yo creo que lo que se debe *jaser* es *pegaye* una perdigoná.

—No, repuso el tío Ruperto; el tiro podría alborotar la comarca.

—Entonces—volvió á decir Miguel—en lugar del tiro se le debe pegar una paliza.

—Tampoco *mes* paece bien; es *nejesario* buscar cosa más *pruente*.

—Pos entonces no quea otro ricurso que

hacer la semejanza de un hombre *jerío*, en el camino, que pega lamentos por que *lan piyao* los ladrones.

—Eso ya no *mes* paece mal.

—Entonces manos á la obra; *¿quién* es el que va á *jacer* de *jerío*?—repuso Miguel, que se declaró súbito director del juego.

—Tú pues serlo—añadió uno;—los demás nos esconderemos pa *veyo* venir y riirmos del caso.

—Corriente—clamó Miguel como si pusiera la firma á un contrato.

Y no hubo necesidad de más. Cogiendo las mantas de lós camastros, envolvióse cada cual en la suya, imitando á brujas y fantasmas, y se deslizaron sigilosamente por el camino que, arrancando de los toldos, iba á perderse en dirección de otros lagares.

Viniera del lado que viniese Roque, no tenía otro remedio que pasar por aquel sitio, porque no había ramal alguno que des-

embocara más cerca del cortijo ni tampoco trocha conocida.

El escenario elegido para el *drama* no estaba, pues, mal situado.

Atravesaron por una cañada llena de batimentos de sombra, donde la hojarasca se quejaba con ecos medrosos.

Desde lejos, no se percibía otra señal en los hombres, que las chispas del pedernal y del acero al encender alguno su cigarro.

Subieron, arropados en las mantas, por la vereda que conducía á lo alto de la loma, y allí, bajo robustas encinas que dejaban hueco bajo el ramaje, distribuyéronse convenientemente, tumbándose cerca del camino Miguel, para aguardar el descuidado paso del mozuelo.

Este, que al verse de regreso y con la noche por delante, había ya sentido su miedo inconcebible, se anunció allá lejos por una copla que lanzó al aire para desvane-

-eer su temor, y que fué poco á poco diciendo al salir de su boca:

«Naide vencedor se crea
por más que suba la escala,
que el viento rompe la cuerda
ó el demonio la desata.»

A poco, en medio de ese silencio del campo que permitiría oir hasta el voltear en el aire de un insecto, percibiéronse muy lejos las pisadas de Roque, cuyas piernas rozaban los sarmientos, haciéndoles dar fuertes *varetazos*.

—¡Miguel, ahí viene!—clamó uno por lo bajo, agachapado bajo una encina.

—Sí, ya lo siento.

—Da el primer *alarío*.

—No, otavía no.

El mozuelo cantó esta segunda copla, que se espació gradualmente por la comarca y rebotó en las cuencas vecinas:

«Porque me ve hablar contigo
tu madre *ma* despreciao;
pero yo sigo en quererte
manque me diga zanguango.»

—¡Ay, ay Dios mío!—clamó con voz acongojada Miguel, y como si realmente le hubieran cosido á puñaladas.

La primera emoción de Roque, al oir la voz de aquel hombre que *espiraba*, fué la que á veces se siente, en la duda de si se está despierto ó soñando.

Era tan inesperado el suceso, que el mozo, con algunos temblores de piernas, echólo á una de esas vagas escenas que finge la noche en medio de su augusto silencio.

—¡No hay quien me favorezca, madre mía, no hay quien me ampare!—suspiró Miguel nuevamente, con voz tan débil como un sutil hilo de agua.

Ya no era ilusión lo que oía Roque; la queja seguía sonando, y sonando cada vez

más cerca. Lo atestiguaban los ladridos de los perros, que con esa tristeza de sus clamores, respondieron á la voz moribunda desde todos los cortijos de la comarca.

—¡Guau, guau, guau!—ladraban sin parar los lebreles, y latían como si fuesen descubriendo la caza.

—¿Qué es esto, Dios mío?—lloró Roque casi, y se clavó en la vereda como si de pronto hubiera echado raíces; ¿qué me *encontece* á mí? ¿qué me ocurre?

Y pasado el momento del asombro, echóse á un lado de la vereda y se hizo de dos alas, que lo hubieran puesto á salvo, si no hubiese vuelto á clavarle en tierra la voz de otra fantasma que decía:

—¡Tú también habrás de morir, no corras, no corras!

Como acontece á veces en sueños, que queremos salir á toda carrera, pero que á pesar de nuestro esfuerzo no abandonamos

el mismo sitio, Roque movía inútilmente las piernas é invocaba todos los santos del cielo.

En medio de este paroxismo, vió salir de las próximas encinas, uno, dos, tres, cinco, diez fantasmas envueltas en amplios mantos que el miedo centuplicaba, y que poco á poco iban hacia él, como las ánimas en pena de los cuentos.

—¡Roque! ¡encomienda tu alma á Dios, que ahora mismo vas á morir!—clamaban con voz de sochantre las visiones, acercándose cada vez más al fascinado.

El hombre se agitó con eléctrico temblorreo, hizo la bendita señal de la cruz, y cayó de rodillas clamando:

—¡Perdón, perdón, almas del otro mundo, que yo no soy sino un infeliz que viene de recibir desprecios de su novia!

—¡De tu novia!—siguió con voz de *profundis* el coro—¿y quién es esa novia?

—No es sino Rosario la del lagar, almas mías; perdón y no me matéis.

La cara de Roque al decir esto, rígida por el miedo, tenía el color azul del relámpago.

—Trae acá las armas que lleves.

—¿Las armas? No llevo más que esta pistola y este palito.

—¿Un palito? ¿á ver?

—Aquí está.

El hombre que lo cogió, dándose cuenta rápidamente de que no era otro que el del cuento de Matusalén, dijo al mozo, haciendo á los demás la seña convenida de que se descubrieran, y poniéndolos en idea de lo que pasaba para que contestasen á coro.

—¿De qué es este palito?

—De *jiguera*—respondió tristemente Roque.

Los mantos cayeron de las figuras, los hombres se aproximaron al mozo, y con

una espantosa carcajada que atronó los oídos del fascinado, clamaron todos á un mismo tiempo:

—*¿Usté me quisiera?*

El bromazo no tuvo luego límites.

Del cortijo, mientras esto sucedía, el zagal, con los ojos hinchados de sueño, sacaba de la cuadra el jumento, al cual había de ir á darle agua á la fuente.

—¡Arre, Platero!—gruñó tirando del ronzal á la bestia, y la aproximó á un *rebellín* desde donde dió un ligero brinco y quedó esparrancado sobre los lomos.

Salió en dirección al manantial, y el cortijo empezó á irse retirando del muchacho, que trocando su sueño por recelo, lo vió con pena quedarse atrás y blanquear en la distancia.

Miedoso también el zagal en grado sumo, pasó por las honduras de una cañada á tiempo que la campana del distante pueblo,

dejándose escuchar débilmente, dió el toque de ánimas con religioso misterio.

¡Las ánimas! El muchacho, á medida que avanzaba hacia la fuente, creyó ver allá lejos una fantástica procesión compuesta de almas en pena, que no era otra que la de los hombres. La ronda de los murciélagos que giraba sobre su cabeza, le pareció una funesta profecía.

En las albercas de los huertos cercanos reflejábanse las estrellas como flores caídas en el cristal; los ramajes se agitaban como queriendo referir historias de pájaros extrangulados por serpientes; brillaban á lo lejos los puntos de luz de los candiles en las casas del pueblo, y el zagal tomaba por una sospechosa visión cada peñasco que descubría.

Por fin llegó, paso tras paso, á la fuente. El agua caía lenta y rumorosa en la superficie, saliendo de la negra hendidura de una

roca, y los rosarios de gotas se sucedían unos á otros como las desgranadas notas de una melodía.

El burro hundió con ansia la boca en las ondas trémulas, que en medio de su perenne vibración retrataron la tosca cruz formada por el hocico y las orejas del jumento.

La salmodia de grillos é insectos, resonaba con apacible misterio; las gotas caían, caían en la fuente como las perlas de un collar...

Saciada la sed abrasadora del burro, olfateó con recelo en la oscuridad y *apuntó* con las orejas á las matas de juncos que echaban sobre el suelo sus medrosas sombras de luna; silbó luego el zagal con *filadas* notas, incitando á beber á la bestia; dió ésta la última hocicada, dejando caer por la nariz dos delgados hilos de agua, y vuelto hacia el cortijo el muchacho, metía

los talones al jumento, á tiempo que en algún cortijo lejano, el perro acostado en la broza lanzaba ladridos entre sueños, creyendo ver aun la larga procesión de fantasmas que poco antes vagara por el aéreo perfil de la colina.

XIII

LA BUENAVENTURA

Una vez que se verificó la evolución de Concha, comenzó á dejarse ver en ella la mujer, bien en una impensada actitud del modelado cuerpo, ya en un dicho juicioso, aunque eran menos frecuentes; ora en el andar, y en el mirar mismo, que tomaban, augustos movimientos el primero, y vaguedades y deseos el segundo.

Aquel aviso misterioso que parecía querer venir á decir á su pecho que se levan-

tara, á sus mejillas que tomaran tintas de rosa, á sus ojos que adquiriesen rayos valientes y á su ser todo que entrara en la plenitud de la vida, llegó de prisa y corriendo, y de la niña enclenque surgió bella é inmaculada la virgen, como del capullo sale y se despliega la corola.

Faltaba todavía que llegasen algunas curvas á su cuerpo; pero los ángulos desaparecían bajo formas esculturales, y había más inteligencia en su rostro y más reflexión en sus ideas.

Su simpatía por el viejo, una vez que ocupó más sitio en el aire su pecho, se hizo intensa y profunda, y se desvió de un modo imperceptible hacia lo que llaman amor, sin que la joven, ignorante hasta de lo más sabido, se diera la menor cuenta de ello, y sí sólo gozara de un modo inefable sus delicias.

Aquellos cambios de carácter que la ha-

cían pasar de los más hondos arrobamientos á las supremas alegrías, no huyeron por completo de ella, sino que le dejaron algo en su carácter, como el vaso guarda el aroma de las hermosas flores que contuvo.

Lo que daba idea, sobre todo, de su modo de ser, era lo irreflexivo de sus obras que ejecutaba por naturaleza, la cual mandaba á su razón.

Capaz hubiera sido de emitir la más atrevida idea aun en perjuicio de su decoro; pero nadie podría ver en ella sino lo franco de la espontaneidad y lo impremeditado del pensamiento.

Lo positivo era que llegó á amar al cortijero, á pesar del espantoso contraste, y que en oposición á su exquisita sensibilidad, los rasgos duros y enérgicos de un rostro, el aplomo que dan al hombre los años, las canas que acusan seriedad y no-

bleza, y esa confianza que ofrece la presencia de todo hombre de carácter, cosas que bajo una apariencia tranquila reunía el tío Sebastián, gustaban en extremo á la nueva mujer, y por el contrario, dejaban su naturaleza impasible los esbozos de hombre, en los que ella no encontraba aquello que le llenaba de un modo tan completo las retinas.

Y así era todo en la joven. Si se trataba de paisajes, antes prefería las sierras ingentes y los peñascos abruptos, que los cuadros de tonos de idilio y notas pastoriles.

Cuando el mar acumulaba alborotado sus ondas en la costa, cogía llena de ansiedad el catalejo, y miraba con éxtasis de amante la rompiente.

Hechos constar estos detalles, Concha, que por un error de la naturaleza parecía tener la inteligencia en los sentidos, cuan-

do ya intimó lo bastante con el viejo, tomó la costumbre de sentarse afablemente en sus rodillas, y en tan familiar postura quitábale el sombrero y hundía en él la nariz, buscando en los viejos forros de badana aquel *especial olor* que jamás pudo olvidársele.

Si entre una colección de sombreros le hicieran buscar el de su tío, por el olfato lo acertaría en el momento.

Tal era el poder de adivinación de su sentido.

Minuciosa en extremo, poníase á observarle al viejo las patas de gallo, que encontraba muy en su punto y lugar, y en más de una ocasión hizo por medio de cualquier ardid, reir á su tío, sólo para ver cómo se acentuaban aquellas arrugas, y cómo de los ojos brotaba un vivo destello de malicia.

Luego dábale repaso al bigote, á aquel

bigote canoso y graciosamente recortado, que en unión de la boca, formaba una especie de hociquillo de gracia inimitable, y enseguida caía en sus investigaciones sobre el cuello, de una cenceñez y elegancia de pájaro, donde las yugulares se destacaban entre un suave mazo de tendones levemente iniciados bajo la piel.

Las manos eran también constante tema de la joven.

Se las cogía y empezaba á oler (siempre el olfato) aquellos dedos rosados y finamente corvos en las puntas, produciéndole extrema complacencia el aire de nobleza que revelaba en ellos el continuo roce con el oro.

La figura entera del tío, gustaba en fin á la gentil enamorada, y las dulces y apacibles facciones del simpático hombre poníase misteriosamente á descifrarlas

como se descifran las borrosas letras de un escrito amoroso.

El, por su parte, no sólo sintió crecer su simpatía hacia ella, sino que paulatinamente dejó rodearse de amor y de luz, como ansioso que estaba de ternura.

Lo que empezó por extraña simpatía, acabó por encender el fuego en su pecho, y aquel afecto primero, que de puro sutil ganaría al tejido del aire, cobró poco á poco consistencia, contra las mudas protestas del hombre, y acabó por enroscarse tenaz á su espíritu, apretándole cada vez con más fuerza los anillos.

Su primer movimiento al sentirse enamorado, fué de horror hacia lo que tanto él había anatematizado, y de asombro al verse totalmente poseído de su sobrina. Se llamó á sí mismo, se preguntó por las causas del fenómeno y no halló palabra qué contestarse. Era un enigma sin demostra-

ción posible, una aberración contra la cual no había cálculos ni lógica posibles.

En su edad de joven, cuando alguna vez pensó en los amores monstruosos y en las uniones entre personas de familia, sintió toda la repugnancia que hacia el amor de su madre puede sentir un hijo; pero ahora se pasaba con armas y bagaje al enemigo, y muy á su placer, pues á pesar de sus honradas protestas y sus propósitos, á cada mirada de Concha daba un paso hacia adelante, que ya era imposible retroceder.

Sin embargo, llegó día en que se llamó á serio raciocinio, y se propuso dominar su pasión.

—¿Qué sería si no—preguntábase en sus reflexiones—de la confianza puesta en él por su hermano, de las consideraciones debidas á la familia, de su honradez intachable y de tanta acrisolada virtud?

Luego, la campanada de su enamora-

miento dada á público en el contorno, expondría su respetabilidad al ridículo y á la mofa, y sería zaherido, ¡él! que puso su nombre y su fama por cima de todas las cosas de la tierra.

Tan saludable modo de pensar fortaleció sanamente su espíritu, y le dió inusitados alientos para la lucha.

Esta se libraba en el fondo de su espíritu, sorda y oculta, sin que subiera á la superficie una sola burbuja que delatara la borrasca.

Avisado por la experiencia, pudo notar que en semejante pecado incurría, de una manera *inconsciente*, su sobrina, y como ésta no podía prestarle ayuda en su resolución, tendría él que afrontarlo todo, desviar el afecto de la joven, y no poner los ojos en ella, cuando una fuerza superior, irresistible, le hacía no apartarle un solo momento la mirada.

Las secretas energías del viejo, que siempre hicieron de su carácter una segura línea recta, en lo que se referían al amor, flaqueaban por la ternura, y la línea se llenaba de curvas y de ángulos que no era posible enderezar.

Armado de los invencibles propósitos que le dieron sus reflexiones, provocó un día, seguro de su triunfo, la batalla, y cuando más temible creyó el momento de pasear su indiferencia ante la muchacha, corrió á buscarla á su propia habitación, á la hora de la siesta, cuando escondidos en los árboles, respiraban con la lengua fuera los pájaros.

A causa del calor, Concha se había despojado de los adornos del cuello, y rendida por la siesta, dormía mostrando al descuido las redondas y nacientes mitades del seno que se mecían apaciblemente como columpio mágico y divino.

Empujó el viejo la puerta no creyendo que se hallara en tal disposición su sobrina, y la fuerza adquirida en sus razonamientos, la energía de que revistióse para acometer su hazaña y el inquebrantable propósito de su indiferencia, se estrellaron como flor de cristal lanzada contra el suelo ante el cuadro de juventud y de belleza que presenciaba.

Quedó vibrando sobre sí como locomotora parada de repente, y al ruído que levantó al salir el viejo, despertó la muchacha y echóse de la cama, renunciando al sofocante dormir de la siesta.

Impresas las arrugas de la almohada en su mejilla, en medio de arreboladas ráfagas de sangre, salió con andares de sueño á la puerta, y sonrió de un modo negligente á su tío. Este, con el espectáculo aferrado á las retinas, sentóse á la puerta del cortijo, á aquella hora ocupada por una

banda de sombra, que la llenaba de punta á punta.

Llevada de su costumbre, fué á sentarse Concha en sus rodillas; pero el hombre la rechazó, disimulando su estado, y cambió de postura en el asiento. Era una verdadera lucha á la que se hallaba sometidó.

Hizo, afectando indiferencia, un cigarro, encendiólo en la yesca—que como siempre le pidió Concha para olfatearla,—y echando la primera bocanada de humo, se puso con mirada de autómata á repasar los incidentes del paisaje.

Por la lejana vereda que blanqueaba en medio de las vides, avanzaba una mujer con un enorme bulto á la cintura, y Concha que por razón de la edad tenía la mirada más penetrante, dijo mirando al horizonte y apoyándose en el hombro del cortijero:

—Tío, ¿quién vendrá por allí?

—¿Por dónde?—repuso en voz sorda el martirizado.

—Por allá, cerca de la cañada; es mujer y trae un bulto á la cintura.

—Será la de los trapos.

—¿La vendedora ambulante?

—Así creo.

El *Gusano* entró precipitadamente en la casa, cogió el catalejo de encima de la mesa, y volviendo al mismo sitio, pusóselo delante de los ojos, haciendo pasar primero por la lente un trozo azul de mar, luego una lista de hazas de cañas, algunos árboles después que pasaron en confuso torbellino, y por último, después de algunas vacilaciones de puntería encaminadas hacia un punto, quedó la distante mujer *metida en el catalejo* y moviéndose como una muñeca de á pulgada.

—Sí, es ella—añadió después de toda esta operación la joven. Parece gitana; ¿no, tío?

—Sí; viene de vez en cuando á ver si se quiere algo de ropa—contestó más sosegado el viejo.

—¡Lleva la tienda á la cintura! ¡Já, já!

—Y además echa las cartas, para acertar vidas y secretos.

—¿Tendrá los diablos en el cuerpo, tío?

—¡Qué diablos ni qué demonios! no creas en eso, mujer.

Quien tenía los diablos en el cuerpo era el cortijero, y de buena gana se lo hubiera confesado á la joven. Luego repuso tratando de hacerse más amable.

—Dice también la buenaventura; ya la oirás si quieres.

—Sí que quiero, tío; quiero que me diga... con quién me he de casar.

Como movido por un resorte incorporóse el viejo en la silla y preguntó con una voz en él nueva y nunca oída hasta entonces.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Por ver si es contigo.

Tan inesperada fué la salida, que el hombre dió un bote en la silla como si le pincharan alfileres, y añadió con las entrañas ardiendo de alegría, pero lleno de martirizadoras ideas el cerebro.

—Mira, Concha, no vuelvas á decir eso; ¡bueno fuera! ¡Habráse visto el arrapiezo!

—Si te quiero...

—Que calles, digo.

La espontaneidad de la joven, tan de súbito contrariada, llenó de vergüenza su rostro é hizo pasar por sus mejillas un encarnado velo de amapola.

Quitóle el tío el catalejo, sin añadir palabra, y regulándolo para sí, pues lo estaba conforme á la vista de la muchacha, *enfocó* á la gitana y exclamó dando inflexiones distintas á su voz.

—Prometo comprarte el pañuelo que más te guste, si es que los trae; ¿quieres?

—Sí...—respondió en tono apagado la joven.

—¿Lo dices disgustada?

—No... señor;—contestó retirándole el tú, de pronto, como acontece con frecuencia en semejantes casos á los adolescentes.

—¡Qué! ¿ya no me tuteas?... pues apenas si eres sensible; no se te puede decir nada.

La llegada de la vendedora disipó la emoción de Concha, más cuando dejó oir su cháchara, por el *Gusano* desconocida, y dejó caer el bulto sobre el suelo.

—Qué pañuelos traigo, zeñó—dijo la vendedora tomando de golpe la palabra y con el tono y los aspavientos de las de su clase. Traígolos de color de fuego que pa las morenas es la cuestión del anillo al deo. Vienen azule, jencarnao, verde y de tos los colores. Traigo además mantone de Manila que son una gloria con flecos, y mantillas pa ponele reja á los ojos, no sea que un

querer bien se los lleve. Mire la joven este género onde to los matice é la primavera están reunios y echándose fuera unos á otros, como queriendo ca uno ser dueño de la prenda. Vea este pañuelo de Manilla —y lo desplegaba conforme lo decía,—tapao de punta á punta por los ramos, ramillos, pájaros y plantas, que le dan su aquel y señorío, y pien los hombros de una buena moza como la presente pa envolverla en una alegría de colores.

—¿Qué precio tiene?—preguntó el tío Sebastián absorto ante el prodigio, que lo era realmente, pues todo el pañuelo lo componía un soberbio bordado de flores.

—Para usté, señor Sebastián, no vale más que dos yuntas de duros, á razón de cincuenta duros por buey.

—¿Te gusta el pañuelo, Concha?—consultó el viejo antes de decidirse á comprarlo.

La joven, que había estado embebida en la retahila de la gitana, tuvo que hacer un esfuerzo para venir sobre sí. Una vez hecho su juicio, contestó afirmativamente.

—¿Conque doscientos duros?—repuso el viejo ajustando la cuenta de los bueyes.

—Ni un chavo menos, zeñó. Bien lo merece la moza, que es la reina del contorno, así Dios la bendiga.

El pañuelo acabó de desdoblar sus pliegues, produciendo un deslumbramiento en las retinas de la muchacha; arreglólo la vendedora para colocarlo en los hombros de Concha, púsoselo ésta participando de la alegría del adolescente y de la vanidad de la mujer, y su rostro resaltó de entre el vivo sembrado de flores.

El viejo extremeció todos sus miembros de gozo al ver encerrada en aquel incomparable manto á su sobrina, que parecía el símbolo de la primavera.

—Cara es la prenda, y será necesario que la arregles.

—¿Cara? zeñó. Cara dice su merzé, que apalea las onzas, y es dueño de toito lo que descubre vista y de lo que no descubre, con item más las piaras de cabras y borregos, y las parejas de bueyes, y toa la masada que es la gloria del Paraíso.

Concha oía embobada la retahila, como si las palabras fuesen filtro que la hipnotizaran; jamás había ella oído semejante manera de hablar, y sólo cuando las palabras habían pasado, dábase cuenta, á medias, de lo que significaban.

—Tres mil reales, añadió el tío Sebastián, doy por el mantón, y cuenta que está bien pagado.

—Zeñó, no me deje su merzé manca las parejas de bueyes, que con una ruea no anda un carro, y pa dos carros dos parejas. Que no diga la moza que su merzé re-

gatea lo que le dá tanto del aquel y señorío por cima del que ella tiene, y se mira en la cifra cuando sólo debía mirarse en sus faicione. Parejas más desacordes que la de su merzé y la moza ha reunío Dios y les ha echao las bendicione. El hombre ha de tener años, porque con ellos viene la experiencia, y la mujé que to es espuma y cosas delicás, nejecita de una mano que la guíe.

Empezado á encerrar en el círculo de hierro infranqueable en que la sagaz y melosa gitana, que durante la probatura del pañuelo pudo notar algo de aquellos ocultos amores, empujaba al viejo para tenerlo de su parte, éste cortó la relumbrante sarta de palabras, muy parecida al collar de falsos corales que la vendedora lucía en el cuello, y dijo para terminar, antes de que la bruja enredara nuevamente las cerezas.

—Voy á darte los doscientos duros, y punto concluído.

Entró inmediatamente en la casa, salió con el dinero, y lo puso en manos de la mujer.

—Ahora querrá la moza que le diga la buenaventura y le acierte con quién se ha de casar.

—¡Sí, sí!—gritó más bien que habló Concha, fascinada completamente por la bruja.

Hízose el desentendido el cortijero, cogió la vendedora la mano izquierda de la joven, y rodeándose del aire de adivinación de los iluminados, rompió en explosión de palabras, que no parecía sino que iban untadas de jabón, según lo que huían y se deslizaban.

—En el nombre sea de Dios—dijo penetrando en sus misterios la gitana—y en el de las tres personas de la Santísima Triniá. Le canta la estrella de la mano á la mi rei-

na, á la mi virgen, á la mi rosa, hecha de gloria y ambrosía, que no falta un tilde al cariño de una persona que se desparece por ella. No lo digo por enlabiarla con palabricas dulces y ronceras, que no soy la brujidiabla embaucadora que levanta chismes y cuentos, y ningún útil he de sacar de la monserga.

Tú escuchas una voz por de dentro que repite el nombre de una persona que no está lejos de tí, y aunque ella no te pone boca arriba las cartas y te declara lo que siente, te llama por el remoquete de la su gloria.

Allí donde ubique tu persona allí está su cariño, y puedes quererle sin hacerle *retirá* de tus amores, que siempre te tratará con mimo, y nunca te bataneará la espalda con palo ó con porra. No es ningún garzón el que en secreto bebe sus lágrimas y se muere por los negros aladares de tus rizos

al mismo tiempo que echa en secreto sus lastimerías y kirieleisones, sino que antes bien y con ventaja es un viejo cabal, y en esto puedes fiarte. No hayas pena de que te olvide, que cada y cuando que quieras tendrás su corazón en prisiones, y él nunca querrá atravesar paso malo para la tu vida.

No se mustiará tu hermosura con el aquel de las cavilaciones, porque nadie arma celá contra tu pecho, y la persona que te quiere será el antemural de tus revese.

Mia fe si lo que digo no es cierto y te sé punto por punto tus pensamientos; los ápices más leves de su cariño te corresponden, y ya puedes tomar huelgo de su amor que en su pecho no cabe y se rebosa. Cierto nunca díjote te quería, pero el intento de decírtelo llega á su boca y se vuelve, señal de que quiere con fatigas.

El es muy tu aficionado y acecha tus movimientos para recrearse en tu hermo-

sura, y cuando tú vuelves la cara, él mira distraído á otro lao. Al son y compás que tú andas, él sufre la pena de no echarse á tus pies, y se aleja devorando gemíos que no suenan, que son los que acusan los verdaderos amore.

Ya te he dicho qué clase de persona es la que está pendiente de tus gracias; ahora dale algo á la pobre gitana y te diré el nombre de la persona. No será cosa de mayor marca la que te pida; que suene el argén en la otra mano, y dispuesta para la tarea te diré cómo se llama el enamorao.

Encendida como una deslumbradora flor de granado, palpitando de emoción y alegría, que en la joven borraba los recuerdos tristes por recientes que fuesen, y sin traer á su memoria para nada la regaña del tío, pidió á éste una moneda que atribulado puso en su mano, y quedó la joven esperando el secreto de la gitana.

Rebullíase en la silla el viejo vacilando si dejar seguir á la bruja, ó echarla á patadas del cortijo, y en medio de la situación de cada persona, acabó de este modo la gitana.

—El viejo que redobla por tí, la mi azucena, los golpes de su pecho y sufre martirio de quema entre el escuadronamiento de tus pestañas; quien te lleva y te trae en el magín y ni durmiendo te suelta; quien no se atreve á abrir los labios para decirte que te quiere, cierto es y de no dudarlo que le conoces, pues con él vives, á su mesa te sientas, y á la continua escuchas su cantata. Ahora averigua tú su nombre, buena moza, que no es difícil, á fe de la gitana que te adiestra.

Guiñando el ojo hacia el viejo para que Concha acabara de descifrar sus palabras, hizo apresurada el bulto de ropa, sospechando que se cernía cerca la tempestad, y

la muchacha corrió, sintiendo un goce agudo en sus entrañas, hacia su tío, diciendo en tanto que coqueteaba echándola de mujer y arrastraba la deslumbrante caída del pañuelo.

—¡Contigo me caso, contigo me ca...

—¿Crees acaso en lo que dicen las brujas? —saltó colérico el tío Sebastián, mientras tiraba de un fuerte empellón á la gitana, que partió como una furia por el campo arrastrando los géneros de su tienda. ¿Crees en lo que dicen estas embaucadoras de oficio para engañar tontos y sacarles dinero? Mía es la culpa que creyendo proporcionarte risa solamente, he permitido que oigas su retahila sin sustancia, á que ni siquiera he puesto oído.

—Dice que me quieres, y que no te atreves á decírmelo.

—A ver si callas y no dices más disparates.

Entróse el tío Sebastián en la casa, echó Concha el pañuelo sobre una silla, y llenándose de repentina tristeza, quedó mirando, sin verlo, el toldo de moléculas luminosas que cubría el cuadro magnífico del campo.

XIV

EL AMASIJO CAMPESTRE

Reprimendas echadas al amor por causas del amor mismo, son palabras escritas en el viento. Concha, después de nuevas regañas del tío, volvía á hacer las paces con él, y él tornaba á dejarse iluminar por los ojos de ella.

En medio de la más completa armonía de una y otro, llegó, después de pasado tiempo, la víspera de uno de los días de amasijo, y como á la joven interesaban las

escenas campestres, dijo, antes de acostarse que la llamaran á hora oportuna, pues quería ver en unión de su tío la tarea.

—¡Arriba, que ya es hora!—gritó á la puerta del cuarto de Antonia, que era la obligada directora del amasijo, el madrugador y diligente Roque, muy antes de venir el alba, y fuese luego con más tiento á llamar en la habitación del amo, pues también deseaba presenciar la faena del amasijo.

Una vez de punta el tío Sebastián, cerciórose de que hacía Concha el arreglo de su tocado. A decir verdad, ésta no pegó ojo en toda la noche, primero por aquel imposible amor hacia el viejo que se le había metido en los cascos, y segundo porque interesaba á su curiosidad la escena que habría de verificarse antes del día.

Así como en la época de la matanza, el cerdo hace levantarse antes del alba á la gente, poner á hervir el agua en la calde-

ra, afilar cuidadosamente los cuchillos y preparar vasijas y *camales*, así el costal de harina pone en animación á los campesinos y los avista para el trabajo.

Clavado en el muro el candil, que se agarra con uña de hierro á una grieta, alumbra bajo sí el lebrillo pegado á la pared, colocado á un metro de altura del suelo, en cuyo vidriado fondo mírase la porción de harina morena, ya cernida y limpia de *afrecho*, en que Antonia, dando principio al amasijo, mete al fin ambos brazos remangados hasta arriba y comienza á hacer el hoyo donde habrá de caer la levadura que la noche antes *resentó* para tenerla preparada.

Envuelta entre delgadas hojas de acelga, sácala Roque de la *orza*, y en el centro del lebrillo, una vez que el agua ha diluído la sal, cae la agria masa que las manos de Antonia oprimen con manejo y aprietan hasta

dejarla escapar por entre los dedos, yendo á confundirse con el salino caldo y con los primeros derrumbamientos de la harina.

Los que se hallan dispuestos para meter los puños en la masa, bien como gladiadores para la lucha, son Roque, otros dos trabajadores, y Miguel, capaz por sí solo de hacer un amasijo mediante cuatro empujes de su muñeca.

Concha, animada á la vista del trasiego, quiso también tomar parte en el trabajo, y al efecto remángose las mangas y lavóse con todo esmero los brazos, que, al caer sobre el lebrillo, arrancaron una honda vibración al cortijero, el cual jamás vió desnudos aquellos dos prodigios de estatuaría de su sobrina.

Habíase desarrollado notablemente Concha durante el último tiempo, y había también perdido las vagas indecisiones de la niña.

En su pecho, cuando la respiración era fatigosa, parecía que temblaban ondas de mar y se mecían en dulce balanceo.

La garganta de rosa, había adquirido un brillo de marfil y ese aire virgíneo parecido al velo hecho de polvo de oro, de que se visten los frutos en las ramas.

Ancha de espalda cerca de los homóplatos y estrecha y bien regulada en la cintura, preparaba la vista á caer con ansia sobre las anchas y soberanas caderas, que se abrían en curvas sublimes.

La quijada redonda, llena de un vello tan leve que haría soñar con las noches de luna, tenía también un sello de fruta en sazón y ese particular encanto que poseen en esta parte del rostro las mujeres. Sus ojos se habían majestuosamente agrandado, y aquellas esferas verdes de sus pupilas eran ya capaces por sí solas de *encerrar* un amplio paisaje, que sería para ella paisaje di-

vino, si en él descollaba la bondadosa y simpática figura del cortijero.

En toda la mujer se veía la redondez y plenitud de la curva, y esa piel satinada de la virgen atirantada por el bello manantial de la salud.

A buen seguro que si el padre de Concha la viera en aquella actitud desafiando el trabajo y envuelto el rostro en una *claridad de alegría*, lanzara una exclamación de sorpresa, atónito y absorto ante el prodigio.

Detrás de este cuerpo que poseía todas las clásicas líneas de la escultura, estaba el infeliz cortijero luchando consigo mismo, viendo rodar sus propósitos de indiferencia á cada ondular de aqnel soberano conjunto de curvas y belleza.

La emoción del tío Sebastián siempre que se hallaba en presencia de la moza, era la misma que se experimenta ante aquello

que nos domina y avasalla, como la contemplación del mar ó la asombrosa vista de una pirámide.

El aire que al andar levantaba la diosa, le hacía tambalearse como débil junco á pesar del brío que había adquirido su naturaleza. Dijérase que al andar, sonaba el cuerpo de la mujer con ritmos de fláutas pastoriles que llenaban el alma de hermosos recuerdos de los campos.

Era su pisar ligero, como el de ser á quien no pesa la vida, y se derramaba una elocuencia de sus movimientos como jamás se vió en poesía alguna celebrada.

Envolviéndolos á todos en aquella claridad que emanaba de su hermosura, los llevaba sin sentir en el trabajo y les hacía apetecer la tarea, bien así como el motor hace andar briosamente el complicado laberinto de las ruedas.

—¿Como se hace esto? ¿qué se hace aho-

ra con aquello? Venga acá ese cuchillo. ¿Dónde se pone el *jintero*...

Todas estas preguntas hacía la mujer presa de calurosa inspiración, y cuando más interesada se hallaba en la tarea, ¡zás! daba un fuerte encontronazo á su vecino que le arrancaba francas carcajadas, porque la torpeza iba envuelta en un mundo de gracia y alegría.

Antonia, contagiada del entusiasmo, hasta llegó á olvidar la tenaz idea fija en su mente, desde que sorprendió al viejo en noche pasada dando un beso no muy familiar á la muchacha.

En poco tiempo, Antonia había cobrado gran cariño al *Gusano*, y su carácter indomable se hacía de mieles y manteca ante el menor capricho de la joven.

No había medido nunca sus fuerzas de encararse con el amo y decirle cuatro verdades al respecto de la joven, pero llegado

el caso lo haría, tenía confianza en ello.

No tan dueño Roque de aquella faena del amasijo como de la de dirigir una escena de campo, andaba atortolado de un sitio para otro, y á cada empellón que dábale Antonia al tropezárselo, medía con el cuerpo las losas, ó andaba á cojitrancadas por la cocina.

—¡Quita allá!—decía con cara de vinagre la mujer;—siempre estás en medio como el miércoles.

El soportaba el empellón pateando con los clavos, y á veces resbalaba arrancando una estrepitosa carcajada del auditorio.

—¡Vaya con la señá *Corajúa!*—respondía él en son de burla, y buscaba un sitio lejos del suyo para seguir metiendo los puños en la masa.

—¿Pa que te vas ahí? Ven y verás como te casco las nueces.

—¿A mí?

—Más hicieron contigo aquella noche

cuando venías de ver la novia. ¡Dejarse mantear!

—¡A mí no me mantearon, mentira!

—¿Dónde ibas con el *palito* de higuera?

—Pues á hacerle á usted una *aguiya* de *jacer* media.

—Déjame, Concha; verás ese desvergonzao cómo le hago tragar la masa. ¡Mira!—dijo imperiosamente,—anda y menea con el garabato el horno, y métele otra gavilla.

—¡Hun, hun, tía Garduña!

La boca roja del horno, brillaba á aquella hora como un ojo candente, y arrojaba ondeantes chorros de llamas que lamían el negro cañon de la chimenea.

En el interior de la caverna ardía la leña metida en fuerza de fuerza con la *horquilla*, y los sarmientos crugían y silbaban exhalando filados pitidos.

Cerca del horno, cacillos, peroles, ana-

fres imitando bonetes de cura, tenazas como descomunales tijeras, y un complicado muestrario de botijas, alcuzas y almireces, ocupaba buena parte de la estancia, dando marcado carácter á la habitación de guisar ó *trascocina*.

En el suelo tegían accidentada alfombra resecas gavillas de sauce con otras ariscas de sarmientos, y les hacían compaña ataderos llenos de nudos, una pala de sacar pan con la placa mellada por los filos, y una colección de *jarabatos* y *jurgoneros*.

—Ya está atizao el *jorno;* ahora falta meterla á osté pa que pague lo que debe—rezó el mozo después de haber metido la *calda*.

—A tí es al que hay que meterte á ver si te quean ganas de juego; ¡anda, *namorao!*...

Concha se reía de los hablares y decires campesinos.

El cortijero, que en viendo conatos de jolgorio tomaba la de dar la espalda al concurso para dejarle en libertad, fué á sentarse en la portada de la casa bajo el pabellón de madreselvas y rosales, sacando allí la petaca y quedando embebido en las ideas que le traían atormentado.

No podía él continuar más tiempo de aquel modo.

Su falta de resolución de no enviar ya con su padre á la muchacha, le sublevaba la conciencia y le llenaba de tenebrosas ideas el cerebro. Quería acometer la necesaria separación de su sobrina; pero entonces, una raíz que hubiera afianzada á sus huesos y que quisieran arrancarle de pronto, no le haría tan terrible efecto como la idea de la separación. Tenía ya á la mujer dentro de sí, la respiraba, *la vivía*. Acostumbrado á ver la reducción de su propia figura en aquellas celestiales pupilas ver-

des de sus ojos, creía que se iban á apagar de pronto los astros si por acaso se las retiraban. Al pobre se le habían encalabrinado los cascos. Le había caído un rayo de sol en la sangre.

Concha, echando de menos, en un girar de cabeza, á su tío, corrió por la casa hasta encontrarle sentado á la puerta, y según costumbre, que ejecutaba por irreflexión, después de amenazar abrazarlo, con las manos llenas de masa, se sentó en una de sus rodillas preguntándole si estaba disgustado.

La emoción que experimentó el viejo, fué como si se le abrieran los huesos de alegría y le bailara un tropel de diablos en el estómago.

—¿Te gusta el amasijo?—preguntó con un leve viso azul extendido por las facciones.

—Sí, pero como te viniste...

—No es cosa de que esté allí entre la broma, mujer; anda tú y diviértete.

—Prefiero estar contigo, déjame.

El le hizo instintivamente cadena con el brazo á la cintura, y le dijo en un tono indescifrable, pero en el cual parecían oirse como lejanas inflexiones de llanto.

—Mira, Concha; es necesario que no seas exagerada, que cambies de manera de ser, y que no quieras pasar por cima de las cosas naturales: yo no puedo consentir que me quieras de ese modo que sólo le caería bien á un joven como tú. Aprende de mí, que...

Las inflexiones se hicieron pronunciadas hasta el punto de que notando Concha algo extraño en la voz de su tío, se le agolpó el sentimiento á los ojos, y clavándole con el saliente pecho en el muro al darle un afligido abrazo, le dijo hecha toda una congoja:

—¿Qué tienes, tío? parece que dices eso así, no sé cómo...

—Lo que digo, Concha, es que es necesario que te marches con tu padre; ya estás completamente buena.

—¡Con mi padre! ¡me despachas de tu lado! ¡no quieres que esté aquí!—dijo soltando un aguacero de lágrimas la mujer, las cuales cayeron sobre el convulso pecho del cortijero.

Los gemidos en que rompió, como búcaro en perfumes, el pecho de Concha, hicieron pasar un velo de tinieblas por los ojos del viejo, que vió oscura de pronto la plateada noche de luna.

Rígido y estupefacto como quien acaba de matar á traición, asombróse de lo que había dicho, y agregó sin poder barajar las palabras, bien como ocurre con la sarta de cuentas desatada, que entre querer sujetarlas y contenerlas, dan todas desparramadas en el suelo.

—¡Qué! ¿lloras? ¿por qué? ¿qué he dicho

yo? ¿he dicho que te vayas? ¡no, quédate, quédate, haz lo que quieras! ¡Pero no llores, no llores por Dios!

—Si me quisieras no me despacharías.

—Te quiero, sí, mujer; pero entérate de lo que digo.

—No vayas ahora á querer enmendarla.

—Lo que digo es que puede traer malas consecuencias que tengas esos extremos. Quiéreme, pero de la manera que yo lo hago... así...

—¡¡Cómo!!—dijo ella agolpando á los ojos en expresión de ansiedad toda la fuerza de su ser.

—Así... como tío tuyo que soy...

Concha buscó, por un impulso natural, los labios del viejo con los suyos propios, y en su pasión, despojada de toda malicia, estampó un beso en su boca que torció el curso de la contestación del hombre é hizo estallar en cambio sus labios en un

diluvio de besos, que fueron á formar ardiente y arrebatado collar en torno del cuello de la joven.

Los últimos chasquidos llegaron á oídos de Antonia que venía en busca de la joven, y no pudiendo contener un tremendo impulso de cólera, tiró de un brazo de la muchacha llevándosela para adentro, y mordió y trituró algunas palabras como si estuviera entre sus dientes el rayo.

—Mala muerte para el viejo—dijo,—que ya es la segunda y me va á pervertir á la muchacha.

—¡Antonia!—balbuceó ésta sin conocer en realidad su situación.

—No es la culpa tuya, no; es de tu tío.

—Pero si le quiero...

—Tú eres una loca que no debías ir en busca de él.

—Voy porque soy su sobrina.

—Porque no sabes lo que haces.

Sin que nadie pudiera notar el incidente, entraron el *Gusano* y la criada otra vez en la estancia del amasijo, y Antonia disimulando por reflexión, y Concha por instinto, se unieron de nuevo á la tarea.

El viejo, semejante á una estatua de hielo, quedó por la primera vez en su vida absorto y dominado, sin saber qué partido tomar.

Sin mover el más pequeño músculo permaneció sentado en la silla á modo de cincelada estatua, que venía á blanquear la luna para que fuese más completa la ilusión.

Sin ideas, porque en las grandes emociones no se tienen, quiso meditar, y se le había borrado la costumbre de hacerlo; luego movió automáticamente los brazos, y púsose en pie tomando la dirección de su cuarto.

El amasijo adelantaba á toda prisa. An-

tonia, con la furia que le andaba como torbellino por el cuerpo, cogía sobre el *jintero* las bolas de masa, y en un decir *amén* las bapuleaba con una y otra mano, las volvía, las tornaba á la anterior posición, y salía el pan hecho de sus manos, yendo á incorporarse á las filas de los ya terminados, que formaban en un camastro tendido sobre el suelo.

Roque pesaba las hogazas y las ponía cerca del lebrillo, y los demás se entretenían en sobar los *pellugones* á fuerza de pulpejo, empleando los mismos movimientos del lavado.

El horno, mientras tanto, empedrado de vivas ascuas, se agitaba con rugidos de marea, formando fieras explosiones de llamas. Cuando se acercaba alguna persona y removía el fuego con el *garabato*, apagábase de pronto la lumbre, y después de unos instantes, una brusca detonación pre-

cedía á un espantoso vómito de llamas que el horno disparaba al encenderse.

Hechos y enfilados todos los panes, y una vez á punto de cocerlos, Antonia los saeteó con una aguja de hacer media, pensando en que lo mismo punzaría la cabeza del viejo, y enseguida ató á la punta de un palo el *barredero* de matas, no sin grandes miedos buscado por Roque en las afueras del cortijo, y movió con gran manejo barriendo el pavimiento del horno.

Puestas después las personas en fila desde el lecho de los panes hasta cerca de la caverna, fueron pasándose las formas de masa de unas manos en otras hasta que caían sobre la pala, que manejada por la sirviente, las ponía en fila dentro del horno caldeado, como antes habían estado sobre el suelo.

La puerta tapó la boca de la cueva, y la gente fué á lavarse las repelladas manos en

un gran lebrillo de agua, que se tiñó de un color marcadamente blanquecino.

El alba adornó después, con líneas tiradas á regla, en el horizonte; el día recogió del cielo las estrellas, y el sol, asomando tras las crestas de los montes, fué briosamente á romperse sobre el rocío de los cañaverales.

XV

BATALLA

Furiosa como león que da vueltas dentro de la jaula, iba y venía Antonia, á la mañana siguiente, desde la cocina á la sala y desde la sala á la cocina, ocupada en las tareas del almuerzo, sintiendo aún en todo su ser la ira de la noche anterior, tema que la tuvo desvelada toda la noche y con el oído alerta, por si notaba que el viejo salía, con no buenos fines, de su cuarto.

Ningún incidente turbó las doce morta-

les horas de la noche: á la mañana, vistióse Antonia como de costumbre, púsose Roque á ordeñar la cabra que daba sus vasos de leche para el cortijero y para Concha, y el espacio se llenaba con los rumores del trabajo que se activaba más que nunca en las tareas de la vendimia.

Titilándole las miradas como pistilo dentro de cáliz de flor, salió Concha de su habitación sin atreverse á dar á Antonia los buenos días, como que en su interior algo extremecíale la conciencia y le acusaba de la escena pasada con su tío.

Sentóse tímidamente frente á la puerta dejando ir los ojos por el paisaje, y sintió, sin atreverse á volver la cabeza, los bufidos de leona que daba la sirviente yendo y viniendo con las viandas, y las palabras de cólera que lanzaba á media voz contra el viejo que de tal manera se conducía.

Este, que en lances expuestos como en algunas veces le habían visto, sacaba de sí un valor que haría palidecer al más valeroso, se dejaba vencer y avasallar en punto á susceptibilidades de pudor, y esto era lo que á las nueve de la mañana le retenía aun en su cuarto, no atreviéndose á afrontar la mirada de aquella sirviente que durante los años de prestar su trabajo en el cortijo, nada había encontrado que echarle en cara, ni la más leve desviación había notado en su conducta.

Intenciones veníanle al viejo, movido de su completa desposesión de orgullo, propio de las naturalezas bondadosas, de ir á Antonia y pedirle perdón por su culpa prometiéndole firme propósito de enmienda; pero contra esto se alzaban las miras en que tenía que permanecer como dueño que era de la casa, y que era necesario guardar á todo trance. Aquel paso de la estatua ba-

jando de su pedestal para pedir perdón por su culpa á una criada, destruían por completo la armonía que él establecía por movimientos instintivos en todo, menos en las cuestiones amorosas, y le traían como á modo de un calorcillo de vergüenza al semblante. No era posible afrontar la cuestión por este lado. De otro, sólo quedábale el recurso de salir como en los demás días del año á ocuparse en sus quehaceres, dejando en su cabeza *disfumada* como un sueño la escena que embargaba por completo su ánimo.

Así la veía él á veces, perdida como un girón de niebla en su cerebro en fuerza de pensar en ella, y á veces hasta creía que nada había habido de real, y que todo sería acaso un espejismo aferrado con ansia á sus sentidos. A ratos recriminábase fuertemente por su falta de valor en no haber mandado ya con su hermano á su sobrina y se

miraba como el ser más despreciable de la tierra; otras veces dejaba pasar un intervalo de tiempo en que no meditaba, en que su cabeza no encerraba razón ni idea alguna, en que sólo andaba por dentro de ella la sangre arremolinándose como oleaje sordo y poderoso.

Lástima daba ver la cara, generalmente apacible, con cierta emanación de celestial bondad, del cortijero, ahora expresando una borrascosa lucha interna, mediante la cual sus ojos se habían hundido y parecían mirar como desde una esfera de la locura, y con las mejillas demacradas á causa de la vigilia, que tampoco á él le había permitido dormir en toda la noche.

Su carácter, entero y sin desviaciones en todas las cosas de la vida, vacilaba, como he dicho, en asuntos de amor y de ternura, y la susceptibilidad del niño reemplazaba á la firmeza del hombre, haciéndo-

le padecer horriblemente. Su naturaleza tendía fisiológicamente al sensualismo, y este enemigo, que en el ardiente y fogoso carácter de su sobrina llegaba al compendio y á la síntesis, le empujaba á su pesar hacia los encantos avasalladores de la virgen, y le tenía en lucha constante y dolorosa.

Sus facciones habían contraído durante el monólogo interminable de su pensamiento, un ajamiento simpático de abandono, un algo de una atracción poderosa que excitaba á la compasión, un aire de mística bondad que era lo que de ordinario hacía á Concha sentir en el estómago los recios picotazos del impetuoso amor que la envolvía. Este aspecto del viejo producía en Antonia efecto contrario que en la joven. En la sirviente despertaba la compasión y la misericordia que se siente ante la desgracia de un hombre, y entonces redoblaba

sus cuidados guiada del acendrado afecto que le tenía.

Un ajamiento en el rostro del viejo en que sus ojeras se acentuaban y adquirían una vaguedad poética, quedando como envueltas en una *sombra de luna,* y en que un efluvio incitante y voluptuoso envolvía en un nimbo misterioso sus facciones, era el espectáculo más deseado por Concha: entonces, cerca de la figura de su tío, no sólo se extasiaba en el *sensualismo místico* que le producía la contemplación de su rostro, sino que llegaba á ella la emanación, más densa, más impregnada de fosfato de huesos y de calorcillo de sangre, como que el cuerpo exhalaba á causa del estropeamiento un sutilísimo vaho á descomposición.

No del todo sobre sí, á pesar del esfuerzo que verificó para conseguirlo, salió al fin cocina adelante dispuesto á no darse en

nada por entendido, y llegó cercá de Concha, tomando asiento á su lado y mirando de igual modo el paisaje.

Como la joven volviera el rostro para contestar al saludo, notó el viejo la languidez que se esparcía por sus facciones, y sintió un dolor inexplicable y también ira de que alguien pudiera haberla maltratado.

—¿Qué tienes?—dijo secamente, echando una mirada á Antonia que pasaba mascullando vocablos y dando sofiones.

—Nada, tú si que parece que estás malo.

—¿Te ha maltratado alguien?

—No.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara?

—Si no me pasa nada.

—Como haya intentado alguien ofenderte, juro á Dios que he de hacer lo que no he hecho nunca. Aquí soy yo el amo y no hay quien hable más alto que yo.

—Pero si no tengo nada, tío: ¿por qué te pones así?

—Es que no consiento ni que el aire mismo te roce.

—Nada me ha ocurrido.

—¿Te ha maltratado Antonia?

—Su tío es quien la maltrata y quiere dar pasos malos para ella—bufó sin poder contenerse Antonia, que pasaba con una fuente entre las manos.

—Tú sólo tienes que callar, ¿entiendes?

—No callo cuando las cosas están mal y son contra personas que no saben lo que hacen.

Y como Roque entrara con un herrado de leche, puesto en alto, para entregárselo á Antonia, dióle ésta un empellón que lo tiró patas arriba, rompiéndose la vasija y quedando el mozo cubierto del blanco licor.

A nadie hizo reir el incidente, que en otro momento hubiera hecho desternillar de risa

á un auditorio. Roque bregó contra el suelo, como pájaro alicortado, alzando formidable estruendo de herraduras con los clavos, y una vez en pie y soltando por cada pelo de sú cara un hilo de leche, miró malhumorado á Antonia que se disponía á darle el segundo empellón, y alejóse sin pedir explicaciones.

Levantóse el viejo de súbito, ciego por la ira, con intención de extrangularla, tal efecto le hizo la forma bestial de la criada; pero cayó de nuevo en la silla viendo que se trataba de una mujer en la cual no debía un hombre dejar sentir su poderío.

—No consiento en mi casa semejantes maneras.

—Pues me iré á la calle y estaré en lo del Rey.

—Puedes hacer lo que quieras; no estoy aquí para sufrir coces de nadie.

—Ahora mismo me voy, sí; ahora mis-

mo; así tendrá libertá el perro viejo para cometer una fechoría con la muchacha.

—¡Antonia! ¡Antonia!

—Me voy ahora mismo, ahora mismo.

—¡Pero tío!—clamaba verdaderamente conmovida Concha, pues era la primera cuestión en que se hallaba.

En dos zancadas, que hicieron retemblar toda la casa, llegó la sirviente á su habitación, puso boca abajo el arca para ir sacando de los trapos el que no fuese suyo, y hecho el equipo en menos de un periquete salió nuevamente para despedirse.

Al ver la marchita cara del viejo, en la que antes no había reparado y notar el súbito desmejoramiento de su persona, sintió una ráfaga de blandura correr por todo su cuerpo. Instintivamente, y aun en medio de la cólera, dió un paso hacia la cocina, movida de la costumbre, para sacarle el cotidiano vaso de leche; pero vino de pronto

en su acuerdo, y se tragó la pregunta que acerca de su estado viniéronle compasivos deseos de hacerle.

—Ya está separada mi ropa—dijo.—Y echando un paso hacia la puerta, hacia aquella puerta cuyo escalón había pisado durante quince años entrando y saliendo en la tarea de la casa, el sentimiento de la mujer estalló en nube avasalladora dentro de ella, y tuvo que hacer un esfuerzo increíble para decir en tono de triste despedida aquella sencilla fórmula en que uno se despide de sus semejantes.

Bajó el viejo la cabeza, en vez de contestar, como si sintiera írsele parte de su vida, y Concha que no sabía cómo mediar en aquella lucha, fingió tener que hacer á Antonia una pregunta y la hizo entrar en la casa, conduciéndola á la cocina.

El momento era terrible para ambas personas, para la que se iba y para la que se

quedaba. La costumbre y el roce con aquellos que fueron nuestros leales amigos, crean lazos tan vigorosos como si á causa de ir trocando con el tiempo alegrías y penas, ideas y sentimientos, un alma se vaciara en otra alma y un cuerpo formara parte de otro cuerpo.

Preguntó Concha no sé qué á la sirviente tratando de dilatar la despedida, y se puso á persuadirla de que se quedara.

La colección de platos adornados de pájaros y flores, por los cuales había hecho correr tantas veces los chorros del agua, parecíale que se convertían en otros tantos ojos que la miraban, que suplicaban á su modo la permanencia de su antigua compañera en el cortijo: dijérase que en las mudas vasijas había algo que formaba parte de ella.

Un perro entró haciéndole caricias con el rabo y echándole las manos encima, y

tal era de apegada á la costumbre, que sin darse cuenta de que ya no pertenecía á la casa, alcanzó de la chimenea la comida de los perros y la echó como de ordinario en el lebrillo donde solían hundir el hocico los animales.

Enseguida pisó la cocina un trabajador que nada sabía del suceso, á preguntar á Antonia *qué se hacía* con unos objetos que le presentaba, y en un dos por tres dió las oportunas disposiciones.

Salió nuevamente donde se hallaba el cortijero.

El aspecto de éste, como el del que ha sostenido una colosal batalla consigo mismo, trajo nuevamente la compasión al pecho de Antonia, y hasta creyó que cometía un verdadero crimen con no ir á consolarle.

Se mantuvo, sin embargo, en sus trece, y dando á Concha un abrazo de despedida,

mediante el cual se desató el petrificado raudal de sus lágrimas,

—¡Quede usté con Dios!—dijo al cortijero, y atravesó por última vez el desgastado escalón de la vivienda.

—¿Te vas?—decidióse á preguntar el hombre.

—Sí, no quiero estar más en esta casa.

Como Antonia ni se había acordado de que en el cortijo se le adeudaban algunos meses de sueldo, que ella por voluntad propia había dejado de cobrar para ir reuniendo algunos ahorros, añadió el viejo antes de que Antonia emprendiese la marcha:

—Espera á que te dé la cuenta, que no voy á quedarme con nada tuyo.

Cayó en una silla Antonia hecha un copioso mar de lágrimas, y Concha quitóle el bulto de ropa de las manos y la hizo entrar en el cortijo.

—Mañana podrás irte; hoy no me hallo

bien y no puedo darte la cuenta dijo tomando cocina adentro el cortijero.

Aquel día fué de duelo para todos. Hasta el viejo vió en un momento borrarse el paisaje porque se le interponía el inseguro velo de las lágrimas.

Allá á la tarde, cuando la brisa del mar llegaba fresca y húmeda murmurando no se sabe qué pura salmodia de las playas, y los pechos todos habían desahogado su tristeza exhalando sollozos en secreto, la imaginación de las tres personas volaba por la serenidad de aquellos espacios considerando, como se hace detrás de las recias batallas morales, lo grande é inconmovible de la naturaleza, la grandiosidad del sol brillando como hostia santa en misa eterna sobre las ciclópeas cumbres de los montes, y la sinfonía de abejas, mariposas é insectos que pasean su zumbido sobre los cálices, abiertos para recibir

la lenta y divina destilación de gotas de sol.

Entonces se recorren con el pensamiento todos los círculos de nuestra vida, se aviva el cariño hacia las personas ausentes, y ansiamos borrar nuestros pecados emprendiendo una vida nueva en que no volvamos á enredarnos en el fiero zarzal de las pasiones.

Así discurrían á la hora del crepúsculo las tres personas, sin desplegar para nada los labios, y este paso del pensamiento por tan místicas escalas, que en Antonia iba desligado de todo afecto terrenal, en el viejo y en la virgen no era sino una refinada é inevitable faz del sensualismo, el cual, hasta en las naves mismas de la iglesia, en la columna azul de incienso que se desvanece sobre la aureola de los santos, y en la forma que asciende como blanca luna sobre el altar sagrado, ve, sin saberlo, motivos de deleite para el cuerpo y éxtasis y arrobos inefables para los sentidos.

XVI

¡LADRONES!

Cerró la noche huracanada y negra como boca de lobo. Temiéndose que acabaran en *tocata celeste* la hinchazón y el aparato de que empezó á revestirse el tiempo, se *echaron* convenientemente los toldos; en los de lienzo, desarrollando éste á lo largo de los paseros; y en los de tablas, abriendo la sucesión de las mismas y colocándoles piedras encima para que el viento no las levantase.

Repartióse el cotidiano jornal á los trabajadores, que emprendieron el camino de su albergue; cerróse á piedra y lodo la puerta del cortijo, y después de oirse el susurro del rosario, que echó, hosco y serio, el patriarca de la casa, el tío Sebastián, dió Concha media vuelta para su cuarto llevando tanto sueño sobre sus floridos abriles como cansancio en todo su cuerpo; tomó el viejo cocina adelante en dirección del suyo, y Antonia, después de dar una vuelta por la segunda cocina para tomar precauciones contra el fuego, puso la tranca á la puerta del corral, echando antes fuera los perros, atravesó la casa entre los vacilantes reflejos del candil, y se introdujo en su habitación para acostarse.

La luz estuvo asomándose por las rendijas de la puerta durante un breve rato, al cabo del cual la casa quedó sumida en las más profundas tinieblas.

Una noche de viento en una casa de campo, es de cuantas cosas puedan imaginarse, la más fantástica y medrosa.

Apenas el sueño empezó á trazar los giros de su ronda en torno de los cuerpos, las rendijas todas de las ventanas, las grietas tendidas á lo largo de algún muro, los boquetes de la oscura chimenea y todo lo susceptible de producir silbidos ó rumores, se convirtieron en otras tantas trompetas de órgano que comenzaron á ejecutar como una imponente sinfonía de la noche.

El huracán llegaba á estamparse en el largo frente de la casa y producía un medroso ruído de hopalandas como si se desgararan en el saliente rafe del tejado. La puerta principal dijérase que sacudíala una persona que debía tener fuerzas de gigante á juzgar por lo rápido y enérgico de los movimientos. Por la chimenea parecía que

se descolgaba con estruendo un rosario de duendes agarrados unos á otros y que luego corrían por las estancias cual si quisieran tomarlas por asalto. A los graves sones que alzaba el enhiesto cañón destinado al paso ascendente del humo, contestaban con altas y furiosas notas todos los intersticios de las maderas; al rumor del trasto volcado, seguía la especie de fatigosa respiración del aire, pululando por las habitaciones llenas de sombra; al revolverse de las palomas en su hueco buscando cómoda postura y arrojando su arrullo que borraba y desvanecía el eco del viento, acompañaba el quejido extraño de algún mueble viejo que partía alguna de sus fibras con doloroso estallido.

Rachas de furioso huracán pasando sobre los caballetes é imitando el paso de hombres sobre los techos; golpes de viento que sacudían los tallos de los rosales colga-

dos en la portada; remolinos y espirales de hojas revueltos con tolvaneras furiosas que corrían en torno de la casa como visiones de la noche ante las cuales lanzaban lúgubre aullido los perros; el aire poblado de fuerzas, cual si en él nadaran manos invisibles que tirasen de todos los puntos salientes del edificio; rumor de copas de árboles fuertemente sacudidas, que con el bronco y profundo ruído del mar formaban algo como una peroración de huracanes en los montes; todo venía á acentuar lo medroso de la noche y agitaba una serie de negros sudarios en derredor de la casa solitaria.

Ya empezaba Concha, cuyos ojos se habían divorciado del sueño, á sentir irresistibles deseos de gritar en demanda de auxilio, y también Antonia y el viejo sentían como á modo de invencible recelo, cuando levantándose un ruído más fuerte que los

anteriores en la chimenea, asomaron por el negro cañón las piernas de un hombre, no fantasma, sino hombre de carne y hueso, el cual dió en el suelo, colgado de una cuerda, y siendo después seguido de otro que se deslizó de igual manera, y luego de un tercero que tras de penosas contorsiones para evitar visos de alarma, quedó enclavado en la cocina.

Nada indicaron del peligro los perros, que de igual modo ladraban antes del suceso, si bien percibióse como un aullido de muerte, el aullido que lanzó uno de los animales al sentir una hoja de acero en las entrañas.

Encendió con sigilo uno de los hombres un fósforo para hacer la luz en una linterna, y prendida que fué á duras penas, pudieron verse unos á otros las caras, en medio del espacio lleno de sombras y reflejos.

Era el primero, fornido, con los labios remangados y una selva de pelos en el rostro; otro era bizco, fuerte de músculos y de regular estatura, y del tercero pudiera darse idea diciendo, que tenía el movimiento del péndulo en la cabeza, movimiento que poseen las terribles fieras incansables en ir y venir dentro de la jaula; la ferocidad salía y manaba de su rostro como el resplandor de una hoguera.

Encorvados los cuerpos y sacándose de las cinturas los cuchillos, salieron uno tras de otro de la cocina, subieron la pequeña escalera que separaba ésta de la estancia principal, tomó allí cada uno dirección distinta como quien reconoce el sitio donde pisa, y planteada la forma de ataque, reuniéronse de nuevo y detuviéronse un momento para asegurarse y cobrar confianza en el golpe.

A buen seguro que en el pecho de aque-

llos criminales no sonaba un latido más de prisa que otro; eran asesinos de oficio, y no había el más pequeño temor de que se desconcertaran. Impulsados á aquel intento por la bruja, mala pécora, conocedora del cortijo, que sabía guardábanse en la casa buenos patacones, iban con ánimo resuelto de no dar el paso en vago, y su resolución era inquebrantable.

Revolviendo como un ojo medroso la linterna en medio de aquellos golfos de tinieblas donde entraban, rasgando, las hojas sutiles de la luz, dieron con la puerta tras de la que dormía Antonia, y con ánimo de que cantase de plano acerca del lugar donde estuviese escondido el dinero, sitiaron los tres hombres la estancia, y uno deslizó una cautelosa ganzúa en la cerradura que hizo instantáneamente su oficio. Volvieron la linterna de otro lado para que no entrara la luz de repente en el cuarto, y asomó uno

de ellos la cabeza para indagar hacia qué lado caía el lecho de la mujer.

¡Terrible y fantástico momento! El aire, más furioso que nunca, traqueteaba todas las puertas de la casa; mugidos semejantes á los del león encolerizado, resonaban incesantemente en las grietas, y atiplaban sus ecos según que soplaba con más ó menos fuerzas el viento; los rumores de duendes se extendían con estruendo horrible por toda la casa, y á la puerta llamaba el huracán dando aldabonazos como si una persona estuviese pidiendo auxilio desde fuera.

La obra de los criminales se desarrolló y terminó en breves momentos; fué obra de un rápido intervalo de tiempo. Entraron los tres decididamente en el cuarto de Antonia, que al verlos, despierta como se hallaba, púsose en guardia de un solo salto que la dejó en pie enhiesto junto al lecho;

gritó con voz que se sobrepuso á todos los ruídos del viento—«¡¡ladrones!!»—y amartillando en su cuarto un revólver el viejo, que no se sabe de dónde sacaba su valor extraordinario en los momentos terribles, tiróse de la cama como se tira el que á media noche es asaltado por ladrones, encendió el velón colocado cerca de su cama, y salió con la luz en una mano y en la otra el arma de fuego, con el espantoso martillo levantado.

Su paso hasta llegar al cuarto de Antonia fué breve y rápido. Dió un portazo al entrar, haciendo huir acorralados á los ladrones al fondo de la estancia; apuntó, desnudo completamente como se hallaba, al montón de bandidos, con una imperturbabilidad de valor que hacía correr el miedo en forma de chorro de nieve por las venas; dejó ir una bala que rebotó en la pared con golpe seco, y cogiendo los hombres la

puerta, huyeron atropelladamente buscando un punto de escape por la casa.

A la detonación, echóse también Concha del lecho, y en vez de temblar, como sería propio de su edad en vista del ya evidente peligro, recató rápidamente su pudor y se lanzó resuelta en increíble defensa del viejo y la criada.

—¡Huye!—gritó el cortijero al ver que exponía su vida, sintiendo vacilar por esto su valor.

Corrió ella á su cuarto donde se encerró bajo llave, pero quedó totalmente colgada del oído.

La carrera del cortijero detrás de los ladrones, fué por todo extremo imponente. Las balas que contenía el arma de fuego las fué disparando una tras de otra sobre el azorado tropel de fugitivos, sin que ninguna fuera á dar en los cuerpos adonde iban dirigidas.

Los ladrones dejáronse ir sobre la puerta del corral, haciendo saltar en mil pedazos la tranca con grave estropeamiento de la cerradura, salieron aceleradamente saltando en atropellada carrera las tapias, y emprendieron á través de los campos la fuga.

El rostro del viejo estaba como al principio de la lucha; severo, grave, impasible. Cerró la puerta de nuevo para evitar que entrase bramando el huracán, corrió á cubrir con un vestido su cuerpo para ir á tranquilizar á la muchacha, tiró el revólver todavía caliente sobre el asiento de una silla, y salió inmediatamente en busca de Concha.

Esta, al ver á aquel héroe esforzado que mostraba aun en las manos las negras manchas de la pólvora y le sonreía del modo más dulce y afable, sintió la sensación amorosa correr con más brío que nunca por su cuerpo.

Después, cuando pasada la alarma todos meditaban con recelo, cada cual en su lecho, sobre el suceso terminado, Concha, lejos de medir con el pensamiento el peligro, se extasiaba en la contemplación de aquel hombre que surgía ante sus ojos tal como lo había visto en la lucha, fiero, imponente, valeroso, y dibujado con trazos de lumbre en sus retinas, igual que si fuera la desnuda y vigorosa estatua de la energía.

XVII

EL JUEGO DE LAS BRUJAS

No podré decir si fué que un trabajador del cortijo notó algo relativo á los amores del viejo y su sobrina y el trabajador mismo empezó á formar la bola de nieve, ó si á Antonia escapósele, en la furia de que hallábase poseída aquellos días, alguna palabra acerca del asunto; pero es lo cierto que el *run run*, como dice la gente del campo en que se comentaba el suceso, fué primero como un leve susurro de viento,

después como correr atropellado de arroyo, más tarde semejante á río que dilata su zumbido por la costa, y últimamente la murmuración tomó las proporciones de mar que canta con todas sus lenguas de espumas el himno valiente de sus olas.

A todo esto, como acontece en casos tales, lo mismo en la aldea que en las grandes poblaciones, los enamorados eran los únicos que nada habían notado, y después de aquella batalla en que partiéronse los guiñapos y Antonia quiso dejar la casa, el viejo seguía más apasionado de la muchacha y ésta del viejo, no habiendo esfuerzo posible de voluntad que rompiera con aquel fenómeno del amor.

Cada paso que daba la joven haciendo ejecutar á todos sus miembros de diosa una melodía sin ecos, una hermosa canción de movimientos en que todo era equilibrado y bello, el ritmo majestuoso del andar, el dis-

curso elocuente de las curvas, lo gallardo del continente y la elegancia de los modales, arrancaba una ovación á todas las fibras del viejo, las cuales á falta de manos con qué aplaudir, quedábanse vibrando largo rato como las golpeadas cuerdas de un instrumento. Con la abierta nariz quedábase recogiendo en el aire el *aroma de virgen* que ella dejaba como rastro al pasar.

No era hombre que entre una idea grata y otra triste, siempre que la primera fuese amorosa, quedárase pensando en la segunda; dijérase que la fatalidad le conducía, como á niño que ignora el modo de evitar los escollos, hacia el punto donde él hubiera dado hasta su vida por no llegar. La línea recta de su entero carácter, llenábase de curvas á la menor mirada de la joven, como esas flores llamadas sensitivas, que el más leve contacto las avasalla.

Por su parte, ella vibraba como un arpa por la cual resbalaran sólo notas de amor, cada vez que sostenía en sus ojos los del viejo. Tendíase, dijérase, la mirada de Concha, solicitando la del amante, y la de éste caía encima, imprimiéndole como el grave peso del cuerpo de un hombre.

Si en el refinado sensualismo, en ese que forma sus torres y castillos de oro en la imaginación y que proviene de la complexión delicada de una naturaleza, hay algo de *espiritual* que en nada amengua las nobles condiciones morales, ese *espiritualismo* cruzábase en las miradas de ambos y verificábase entre ellos el invisible matrimonio de las palmeras.

Antonia volvió á los pocos días á dejarse llevar de su cólera, en vista de los pasos que notaba, á su modo, dar sobre lo andado al viejo, y volvió á andar en un pie y á tener ojo avizor como centinela á quien

tocaba velar por el honor y la virtud de ambas personas.

En esta disposición hallábase el cortijo, todo coreado por las animadas tareas de la vendimia, cuando llegó una noche designada por los trabajadores, en que desearon representar, en obsequio de la muchacha, unos juegos campesinos, para ver de distraerla y mostrarle la espontánea simpatía que le profesaban.

Pero como en esta clase de gente puede más que la cortesía el afán de averiguar ocultos secretos, y la murmuración acabó por despertar en todos deseos de saber lo que podría haber de cierto en lo que del amo y su sobrina se relataba, vieron de elegir un juego, mediante el que se pusiera, si no claro del todo, por lo menos trasparente el enigma.

Ya bañaba la luna, bien cerrada la noche, la ancha explanada del cortijo cubrién-

dola de una poética nevada de luz, y bajo la *enramada* de la puerta agrupábanse, formando rueda, el tío Sebastián, Concha, Antonia, que sólo permanecía á ratos porque la llamaban obligaciones al interior de la casa, y algunos trabajadores, cuando haciendo callar á la guitarra, que tan bien suena en las noches del campo y que de antemano tocaba un campesino acompañando andaluzas canciones á otro que con voz melodiosa las entonaba, aparecieron en el umbral del cortijo varios mozos disfrazados de fantasmas, señal de que al momento se daría comienzo al *juego de las brujas*, novedad que traía sumamente intrigada á Concha, como que no sabía hasta dónde llegaban los *donaires* propios de la gente del campo.

Se trataba de una comedia fantástica, de un *pasillo* en que Roque, el despierto mozo, haría las veces de *guarda*, y otros repre-

sentarían á las brujas que habían de caer, revueltas en negros mantos, en el círculo de la reunión. Sorprenderíalas Roque en el momento de precipitarse en el círculo, é interrogadas acerca de su vida bajo la amenaza de matarlas, responderían cómo se llamaban, cuáles eran sus propósitos, y con qué objeto venían á celebrar sus fiestas en la explanada.

El *quid* del cuento estaba en que cada bruja dijera ser una persona de la reunión y relatara *de pe á pa* su vida y milagros, cargando la mano en la parte censurable, puesto que á costa de las flaquezas de unos, habrían de sacarse los chistes que hicieran desternillar de risa á los demás.

Dispuesto todo para el juego, enmudeció la vihuela y cesó la voz del que echaba las coplas, y saltó la primera bruja al ruedo vestida de amplio miriñaque sobre el que caía un viejo vestido de Antonia; después

cayó en el círculo otra fantasma, también revuelta en negro manto; luego invadió la pista una tercera; después una cuarta sombra penetró por entre la gente y fué á hacer compañía á las anteriores, y las brujas todas quedaron en el centro de la fiesta esperando ser sorprendidas por el guarda.

Empezando aquí su principalísimo papel Roque, á cuya voz habían de decir su nombre las brujas, entró en medio de la reunión con una caña al hombro, imitando la escopeta, y dejando caer en el suelo la punta para tomar una postura conveniente, se expresó de la siguiente manera:

—¡Eh, malas brujas! Aquí no hay niños á quienes dejar chupaos por la noche, ni lámpara de qué llevarse el aceite pa sazonar vuestros *cuchinfritos*. ¡A ver! Hable la primera y diga cómo se llama, que juro á tos los santos del cielo he de hacer una soná si no dice de corrío su vía y milagros.

—Soy *Antonia*—repuso sin hacerse esperar la bruja,—la garduña del cortijo, y sirvienta del tío Sebastián: como á un brujo que vive con nosotras se le han encalabrinao los cascos por una brujita joven de la cual está enamorao, ando encendía de cólera queriendo impeir que el brujo *jaga* una mala trastá con nuestra hermana.

La vocecilla atiplada como de máscara con que el hombre hizo su papel, lo mismo fué oirla la sirviente, que encendérsele de todo punto la sangre deseando en el momento caer sobre el mozo y darle una soberana *tunda* bajo el miriñaque. Pero se contuvo viendo que sería declarar á la bárbara gente el secreto, y tragándose la sátira como si se tragara un estropajo de la cocina, permaneció fija en el asiento oyendo las risotadas que á costa suya lanzaban á mandíbula batiente los campesinos.

Por su parte el viejo, quedó azul de puro

lívido en la silla, y mediante una transición rápida é inteligente, transición en la cual parecieron doblarse aceros dentro de él, sonrió lo mismo que puede sonreirse con un cuchillo clavado en la espalda, y festejó la ocurrencia de los trabajadores.

Quien nada comprendió y sí sólo rióse de buena fe al oir el nombre de Antonia, fué la regocijada Concha, para la que tenía verdadero atractivo el ingenioso cuento de las brujas.

Las personas á que tratábase de espiar, permanecieron, pues, en sus puestos, y nada, ó casi nada, dejaron traslucir en el semblante.

Roque, satisfecho con la explicación, empujó con la punta de la caña á la segunda bruja y le dirigió semejantes palabras que á la primera que también hubo de contestar, con voz atiplada, para desfigurar el acento propio, con esta punzante sarta de palabras:

—Yo soy *Concha*, la brujita de que ha hablao mi compañera. Quiero á un viejo brujo porque él me quiere á mí. Si no, que lo diga la ropera que á menúo viene á vender trapos al cortijo. Dicen que si estoy enamorá del que me *jace* carantoñas y monerías, y esa es la verdad, porque si él no tiene cuerpo joven y pocos años, tiene en cambio güenos duros y onzas de oro que es lo que á mí me gusta. Aquí vengo con mis hermanas á celebrar nuestra fiesta, porque es noche de *sabao*, y *ná* más tengo que decir.

No vió Concha en el relato toda la saña brutal que se le disparaba; pero su naturaleza entendió por instinto algo del enredo y púsose en guardia, no osando decir palabra de su sospecha.

Al viejo sí que viniéronle deseos de enredarse á tiros con aquella chusma miserable y mandarla fuera de su casa. Para aquel pago era él noble, y bueno, y

desinteresado, y recompensaba á las personas puestas á su servicio con mayores sueldos de los que se daban en otros lagares.

Había, sin embargo, que permanecer firme en su puesto, y no osó levantarse, como de costumbre, del lugar de la broma, para dejar á los demás divertirse: esta vez la retirada hubiera dado en qué pensar á los campesinos, y volvió á reirse en celebración del pasillo cómico que se representaba.

A todo esto, cada palabra dicha por la bruja, levantaba una tempestad de brutales risas de labios de los mozos, que encontraban muy disimulada la sátira, y por extremo bien basada en el mejor gusto la crítica.

A una risotada de uno, respondía una explosión de alegría de otro, y en tanto que el de aquí se sujetaba los cuadriles con los puños, temeroso de que fuera á salírsele el

mondongo, el de allá estiraba las piernas y daba patadas de gozo haciendo sonar los clavos contra el suelo.

Era el sainete por extremo divertido; el *donaire* de los aldeanos dejaba lucir sus agudezas y agotaba todo el delicado caudal de la fantasía. ¡Qué motes ponían á las brujas! ¡qué chistes tan sutiles venían á animar la ruidosa fiesta campestre, y qué eructos á gazpacho exhalaban aquellos brutales hombres, cuyo instinto jamás había sospechado lo que pudiera ser delicadeza.

Tan grato iba pareciéndole todo al cortijero, que por segunda vez sintió ansia terrible de empuñar la escopeta y hacer volar por el aire los sesos de alguno de aquellos hombres.

La tercera bruja se expresó de la siguiente manera:

—Soy el tío *Sebastián*, el viejo que ronda

á la brujita, á la cual mima y regala. Dicen si me han visto hacerle carantoñas y relatarle lo que la quiero, y hasta hay quien asegura que le he dao un beso en la mejilla...

Las de Concha se encendieron como dos áscuas al llegar el hombre á este punto, y bajó los ojos al suelo.

Hízole una enérgica seña el tío Sebastián como queriéndole infundir aplomo y serenidad, y no seguro de que la escena terminara con la alegría que se prometieran los campesinos, levantóse bruscamente y metióse dentro de la casa.

El incidente puso en ascuas á todos. Ni una palabra había replicado el viejo, pero ya nadie estuvo tranquilo, y sobre el juego pasó como á modo de un vaho trágico, como un aviso de que algo grave se cernía sobre los iniciadores de la comedia.

Las voces se hicieron aceradas, las risas eran nerviosas como la de persona que quiere seguir aparentando alegría cuando necesita dirigir sus facultades á una idea.

Antonia, que á menudo había entrado en la casa á ocuparse en tal cual precisa tarea, púsose en pie una vez más, pero no con el propósito de ocuparse en asunto alguno, sino con el de ir tras de su amo, temerosa de que fuera á tomar alguna de sus determinaciones.

Le halló sentado frente á la ventana que daba á espalda de la casa, desde donde se descubría buena parte del campo, pálido, febril, imprimiendo á su cuerpo un movimiento de péndulo, y borrándose algo de sangre y cólera que quería como asomar á sus ojos en forma de lágrima de fuego.

Ni una palabra pronunció Antonia, porque el rayo hubiera descargado sobre ella era el punto más cercano á la electricidad.

Su impetuoso carácter femenino permaneció sumiso ante el hombre, y con una presteza extraordinaria quitó del cercano rincón la escopeta, que medio embozada en el vestido se llevó hasta su cuarto, donde la escondió bajo los colchones de la cama.

Luego, so pretexto de que era llegada la hora del rosario, salió de nuevo á la puerta donde aun seguía aquel patán diciendo despropósitos, y exclamó con la voz más apacible que púdo:

—Ya es hora de echar el rosario, muchachos; basta de broma, que el Sr. Sebastián quiere rezar para acostarse.

—¡Quiere rezar!—dijo uno en tono de zumba é incredulidad.

—¡Digo! Lo que *quedrá* será acostarse... con la bruja.

Disolvióse enseguida el juego, tomó cada trabajador la dirección de su albergue soltándose coces los unos á los otros, y des-

pués rezaron solas Concha y Antonia el rosario, porque el viejo se negó rotundamente á acompañarlas.

Concha, juzgándose por primera vez causante de un disgusto, fuése dolida y apenada á su cuarto y se acostó para no poder reconciliar el sueño en toda la noche.

Llevaba en las retinas la reflexiva figura de su tío sentado cerca de la ventana, sufriendo acaso por su causa.

Cerca del día, el cerebro de la joven latía congestionado, y el sentimiento acudía en forma de llanto á sus ojos. ¡No haber ella propuesto al hombre su marcha, cuándo era la llamada á evitar aquello que lo ponía tan desconcertado!

Era un egoísmo semejante actitud. Sin meditar mucho la idea, ocurriósele que aun podría permanecer el cortijero sentado á la ventana, y podría suplicarle, con lágrimas en los ojos, que cesara en su enojo y

que podía llevarla cuando quisiera al lado de su padre.

A los años de Concha, la acción va delante del propósito. Tiróse de la cama, no bien lo hubo imaginado, y sin encender luz alguna, velóse ligeramente en medio de la atmósfera asfixiante de la estancia, y salió descalza y sin hacer ruído, temerosa de que Antonia se despertara.

Las ventanas, defendidas por fuertes rejas, quedábanse abiertas aquella noche para que entrasen algunos hálitos frescos é hiciesen respirable el ambiente.

La nevada de luna que se extendía en la explanada al dar comienzo el juego de las brujas, alargábase con grandes desgarrones de sombra por las laderas, y el mar movía á lo lejos su danza de destellos, como si á aquella hora celebrasen su fiesta los genios del mar y salieran á flor de agua las neréidas.

Temblaban las estrellas en lo alto; ladraba algún perro en el lagar distante, y su aullido llegaba vago é indeciso como los ecos que oímos entre sueños. En el gallinero, á espalda del corral, daban cabezadas las gallinas ú ocultaban la cabeza bajo el leve cobertor de plumas, sostenidas por milagroso equilibrio sobre un pie. Todo era misterioso en la naturaleza. Los pantanos dejaban correr por su espejo los desvelados insectos de plata. Los sáuces echaban sus desmayadas ramas sobre el río; la culebra apretaba sus círculos bajo alguna fresca mata ó huía taladrando la hojarasca.

Un buho acentuaba desde los árboles de la huerta, con su isócrona nota el silencio; parecía que empezaba á emblanquecerse un lado del cielo, y el horizonte uníase al mar por la tembladora raya de plata que cabalgaba sobre el lomo azul de las olas.

Toda esta fantasmagoría se le iba me-

tiendo dentro de la cabeza al viejo, que aun permanecía fijo en la ventana.

En medio de aquel sosiego augusto, oía, llena y profunda como la de un órgano, la voz de su conciencia, que le recriminaba por su falta, y hacía pasar á galope ideas é ideas por su cerebro como ginetes que se mueven en una encarnizada batalla.

Solamente una figura aparecía luminosa en su cerebro, en torno de la cual giraban sus ideas: Concha; mirábala él como lo que era, como un ser inocente del todo, como un símbolo hermoso de la juventud, sin doblez ni conciencia de pecado; y al trazarla en medio de su lucha con los colores mágicos del amor, una sensación intensa é inefable corrió por todos sus nervios como una poderosa ráfaga de tentación.

Concha se deslizó por la cocina, semejante á una visión de la noche. Metida en la banda de luna que penetraba por el labra-

do de los hierros, parecía cubierta su escultura de diosa por el cándido velo de la desposada, como si aquella noche fuera la destinada para la unión feliz de sus amores.

Se deslizaba con el cabello rodando por la espalda, á modo de manto de sombra; encendía sus mejillas el color vivo de la sangre que dejaba en ellas un deshojamiento de rosas; mostraba los brazos desnudos como una estatua, brazos donde hubiera dejado sus primores un cincel de oro; echaba el paso sobrecogida, y una respiración fatigosa y llena de sollozos oprimía su garganta y hacía moverse, bajo el velo de la envoltura, los nevados globos de su seno.

Acabó de cruzar la cocina y asomó la cabeza para ver si ocupaba aun el hombre la ventana. El cortijero reflexionaba, con la vista perdida en el cielo, como si quisira cambiar las borrosas ideas de su mente por

aquellos puntos luminosos de los astros donde todo era fulgor y transparencia.

Dió otro paso más decidido la joven. El viejo volvió la cabeza, atraído por el roce de la falda, dió un salto en la silla como si fuera levantado por un resorte, y se desató en rotas, vehementes, y ahogadas exclamaciones.

Ella rompió á llorar, cayendo en los brazos del combatido hombre; y al abarcar él la escultura para evitar, por el roto equilibrio, la caída, todos sus nobles propósitos rompiéronse en un instante, como deshace un vano soplo el penacho de espuma de una copa. Rechazó, sin embargo, á la mujer, sacando un soberaano esfuerzo de sí, y quedaron uno frente á otro.

XVIII

DRAMA EN LA SOMBRA

—Concha, ¿qué viene á ser esto?—clamó el desvelado con dura voz, después que corrió una chispa eléctrica por sus nervios.

—Nada, he estado sin dormir pensando en que todos tus disgustos son por mi causa; sospeché que no te habrías acostado, y he querido decirte...

—¡Qué!—agregó él cortando como con un cuchillo la frase.

—Que me quiero ir con mi padre. Ya ves si deseo hacer lo que dices.

—Pero... ¿te ha reñido alguien? Nunca has pensado en eso hasta ahora.

—Porque no sabía que te hacía daño con quedarme.

—Mira—dijo el hombre después de una pausa:—¿Sabes lo que te digo? Que ahora es cuando parece que quieres destrozarme. ¿Conque te vas?—agregaba hecho un verdadero estupor el desdichado.

—Tú lo quieres...

—¿Yo? ¿yo? ¿dices que yo quiero que te vayas?

El viejo sentía la horrible indecisión de la vehemencia.

—¿Conque dices que quiero?...

—Yo tengo la culpa de que sufras; ahora vuelves á disgustarte; ¡por Dios, tío, siento tanta pena al verte así! Mira, parece que me parten el corazón.

—Luego ¿me quieres algo, no es eso?

—La joven bajó los ojos al suelo. Un sollozo que hizo dibujar una ondulación á su pecho, llenó el silencio que debió ocupar su respuesta.

Vacilando su voz como rayo de luz clavado en un estanque, repuso luego con una congoja que hubiera hecho ablandarse á una piedra:—Si no te quisiera, no desearía irme. ¡Ya ves si los trabajadores del juego tienen malicia y procuran hacerte daño! Bien dices, yo soy muy joven para tí; me iré, pero te querré desde lejos, ya que tú... tampoco puedes quererme.

El nudo de lágrimas se desató en ancho río, y la mujer siguió llorando con desconsuelo.

—No llores, no llores—clamó el hombre ahogando la voz para no delatar aquel drama que se verificaba en la sombra.—¿No sabes que Antonia puede oirnos? A esa mu-

jer ¿entiendes? á esa mujer es á la única persona á quien tengo miedo.

—También ella tiene razón, yo debo irme con mi padre.

—Tiene razón, sí; pero, mira, no vuelvas á decirlo. ¿Crees tú—y decía esto con palabras parecidas á trozos de áscuas—¿crees tú que yo podría ya vivir como antes después de haberte conocido?

—¿Por qué dices eso, tío?—añadió ella algo sorprendida, pues le sonaban á declaración amorosa las palabras ardientes del cortijero.

—Concha,—dijo por fin el viejo como aquel que se decide á arrojarse á la hoguera —yo no sé si podrás entenderme porque eres aun muy joven, pero voy á revelarte un secreto.

Por el rostro de la mujer pasó una racha candente, una emoción, grave por lo intensa, que era alegre sin que ella supiera

por qué causa. En el acto quedaron secas sus lágrimas é hizo de cada poro de su cuerpo un oído para escuchar la revelación. En aquel momento vivía Concha hasta en los objetos que la cercaban.

En el silencio que medió desde que el viejo anunció su conferencia hasta que de nuevo tomó la palabra, oyó la mujer el ruído de la lejana represa del molino, y la respiración de cíclope que descansa, de la naturaleza.

Cosa incomprensible y extraña: cuando barajaba el viejo dentro de sí las ideas, como montón de rebeldes cartas, fuésele durante *un cuarto de segundo* el pensamiento hacia un hecho que había ocurrido hacía treinta años en que él fué á vender cierta cantidad de ganado á un pueblo vecino.

¿Por qué ocurrirán estos fenómenos cuando la atención entera del espíritu se convierte como en una fuerza centrípeta á la

cual quedan atadas todas las facultades del hombre?

Ello es que disciplinado un tanto el zarzal de pensamientos que dentro del cráneo como torbellino de víboras le mordía comenzó á hablar de la siguiente manera:

—Concha, yo he sentido toda mi vida una repugnancia invencible, un asco de alma y de sentidos hacia todo lo que no es natural ni está sujeto á los principios creados por Dios y sostenidos por los hombres. Las cosas que he oído contar de amores sin lógica, de aberraciones absurdas, túvelas siempre por cuentos sin el menor asomo de verdad, creyendo que no pudieran existir tales abismos. Pero, Concha, yo he caído también en un precipicio, que ahora me parece el sitio más luminoso de la tierra. Yo, asómbrate, estoy enamorado.

—¡De quién?

—De tí.

Lo que mucho se anhela, cuando llega de pronto y sin ser esperado suele no producir explosiones violentas.

A la respuesta del viejo, no estalló Concha en borbotones de pasión como sería de esperar; sintió algo así como una penetración de flores por todo su ser, como una primavera que se abría dentro de ella y ponía brotes en sus huesos y savias y perfumes en sus venas.

—Pero no quiere decir esto—continuó en su relato el hombre franco y leal—que yo intente dejar crecer una pasión que es una afrenta cuando se concibe en la vejez, y que pida de tí una acogida favorable; lo que deseo es que tú me ayudes á destruir este amor, este absurdo como tantos otros para los que no hay lógica posible.

Nada oyó Concha de esta última parte del relato. La confesión primera la embargó hasta el punto de que quedóse embebida

deshojando y deshojando la frase como se deshoja un capullo de rosa, hasta dar con la idea allí donde la palabra. tenía á semejanza de las flores, sus pistilos. Entonces, cuando con los labios del alma libó lo dulce de ellos, la emoción tomó forma de desmayo, y se echó á llorar de nuevo, pero esta vez con llanto producido por la felicidad y por el amor.

Necesario era, al ver la actitud poética de la joven con los ojos bajos que venía á alumbrar el resplandor de la luna, ser un hombre de un dominio absoluto sobre sí para no coronar el idilio de besos y cubrirlo con las pámpanas y rosas del amor.

Concha sentóse, como siempre, en la rodilla del cortijero buscando sostén á su flaqueza, y tan natural fué el movimiento, que hasta que el hombre no sintió el peso de su cuerpo no consideró lo peligroso de la acción.

Echó la joven la cara sobre el cuello del viejo, como hacen los hijos con las madres, y su llanto fué haciéndose entrecortado.

—Mujer, no llores, no llores, me siento morir cuando lloras. ¿Sabes lo que pienso?—repuso de pronto hecho una verdadera confusión: pienso que está bien meditado lo que dices... que mañana te llevaré yo mismo con tu padre, y que acabará...

No pudo hacerlo el cortijero. Poniéndose en pie ella de repente como si fuera un vigoroso salto de agua,

—No me voy, no;—dijo con una resolución heróica en un arranque soberanamente humano y hermoso.—¿Por qué me has dicho que me quieres? Antes, cuando no lo sabía, me hubiera ido, te hubiera abandonado; ahora no, y no. ¿Dices que eres viejo? A mí me gustas porque eres bueno. ¿Que es impropio de tu edad quererme? A mí me parece que siempre que se

quiere se hace bien. Yo no sé, tío; pero cuando me miras, me parece que penetra Dios en mi alma. ¿Te pasa á tí lo mismo?

Nunca había oído hablar de un modo semejante el viejo á su sobrina. Contagiado por el acento inspirado de la joven que se quedó después del relato en la actitud de una diosa que hiciera su resolución de amar olvidó toda la escena pasada, y dejando formar á su carácter una de aquellas curvas de cariño,

—A mí también me pasa lo mismo—dijo.

—A Dios pongo por testigo, Concha, de que he hecho cuanto está al alcance de un hombre para no revelarte mi secreto; mi cabeza, no acostumbrada sino al sosiego, ha encerrado durante muchas noches mientras yo daba alaridos de hombre que se quema, las ideas que acabas de saber. Y ya ves; yo que nunca he hablado de esta manera porque he tenido rubor de confesar las debili-

dades de mi alma, contigo parece que me vuelvo otro hombre, y que mi lengua, amarrada como fiera á la boca, la mueven, no sé si Dios ó el amor; pero se mueve para decirte que procuremos dominarnos, que pongas de tu parte cuanto puedas para que nuestra pasión venga á quedar en lo que mandan las leyes de la tierra.

—¡No, y no! Tú puedes aborrecerme, despreciarme; pero no haré lo que me dices.

—Comprenderás entonces que tenga yo que buscar el medio de separarnos—añadía el santo hombre, sin notar que momentos antes había dicho lo contrario. Comprenderás que estoy en el deber de responder de tí ante tu padre y de salvar mi honra y la tuya. Qué, ¿te parece que voy á echar mi virtud en el lodo, ignorando lo que me debo á mí mismo?

—Pues aunque así sea. ¿Para qué me has

dicho que me quieres? Antes me hubiera ido; ahora...

—Ahora es menester que también te vayas, ¿entiendes?

Al decir con aire de mandato estas palabras, sintió caer en su mano una lágrima de los ojos de Concha. Esta, no acostumbrada á tales combates, sentía que le faltaban fuerzas para la lucha.

Aquella gota tibia que rozó la epidermis del viejo, trastornó de repente su organismo. Un heróico arranque de enamorado hizo que la cogiese entonces por la cintura y la atrajera sobre sí.

Concha, sentada nuevamente en sus rodillas, percibió en medio del llanto entrecortado, la constante emanación que levantaba ráfagas de sensación en sus nervios, y notó algo así como el vaho de un nido de pájaros, tibiezas y cariños que desanudaron más aun los lazos de sus lágrimas.

El olor á nido y amor, puso en el acto alerta los sentidos de la mujer. Su respiración, que alzaba y deprimía los senos turgentes con agitación soberbia y magnífica, sentíala el viejo cerca de su cuello, y por una inevitable casualidad de la postura los pechos altos y redondos rozaban y oprimían su cuerpo á cada compás del ritmo de la vida.

Una gasa roja como la que se antepone á los ojos en las congestiones violentas, nubló las retinas del viejo, que sentía los golpes de la sangre en las sienes como si la creación entera fuese un espantoso martillo que le porraceara terrible la cabeza.

Fuera de sí, ciego, arrebatado, lió los ansiosos brazos, que temblaban con la epilepsia, al cuerpo palpitante de la mujer, sintió ésta enroscarse á sus miembros toda aquella fuerza salvaje contenida durante tanto tiempo, y el hombre buscó con la boca

la entreabierta y roja de ella; puso un colmo de besos en sus labios que rebosaron por los hombros y por el pecho, y al ceñirla en un más fuerte abrazo ya en la exaltación de la vehemencia, una mano angulosa y terrible, un gatillo de hierro, una tenaza de bronce, cayó sobre el brazo del cortijero, levantó en alto su cuerpo derribando á Concha de sus rodillas, sacudiólo con una fuerza espantosa, y alejóse la persona dueña de aquella mano, que no era sino Antonia, la cual tomó como león que va de huída, la cercana dirección de su cuarto.....

—Por aquí, Ripepe—dijo en esto la voz cautelosa de Roque, fuera del cortijo, mientras movía una linterna en la mano, y quedaban helados de espanto el viejo y la muchacha;—por aquí suelen recogerse y mucho me engaño ó vamos á pillarlos en la trampa.

—¿Pegao á la ventana?—preguntó Ripepe

poniendo al nivel de la del otro su linterna.

—Sí, pero habla *queo*.

Los dos llegaron cerca de la reja oscilando sus cuerpos sobre el suelo. En la estancía verificábase un terrible drama sin palabras. Ni el viejo ni la joven se atrevían á pronunciar la más leve.

¿Sería una emboscada la que les preparaban? ¿Osarían exponer á la vergüenza la pasión ilícita de ambos sin respeto á las canas del viejo ni á sus años?

Cuando se persuadieron de que los trabajadores sólo iban cazando pájaros con las linternas, deslizóse cada cual á su cuarto para evitar un nuevo peligro, sobre los que ya les habían asaltado durante la noche.

Los cazadores, citados desde el anochecer para aquella *batida*, habíanse levantado y dado vuelta á la casa, cogiendo un buen número de aves.

Ya tocaba la cacería á su fin, porque

manchado de claridad azul un lado del mar, empezaban á cerrar su ojo de cíclope las atalayas de la costa, y la alondra hirió con una nota las alturas, haciendo vibrar como un sonoro tímpano los cielos.

XIX

A TODA LUZ

Mientras el tío Sebastián rumiaba tendido en el lecho, á la mañana siguiente, la pasada escena, y cada vez sentía renacer en su pecho mayor recelo y temor ante aquel carácter terrible de Antonia, contra la cual no eran posibles las asechanzas, y Concha, dejando ir por otro lado el pensamiento, sentía aun en la boca con inefable desvanecimiento de placer, el cosquilleo del bigote del viejo, y la sirviente, por su par-

te, con todos los demonios en el cuerpo en vista de la insistencia de los amantes, tomó el camino del cercano pueblo donde la llamaba imprescindible necesidad de hacer por ella misma algunas compras para la casa (no sin haber dejado antes preparado el almuerzo), Roque y los demás trabajadores hacían un paréntesis en la faena de la pasa para dedicar la atención á la trilla, porque el cortijero sembraba todos los años un puñado de fanegas, para así tener más asegurado el pan de cada día.

Aquella mañana verificábase lo que se llama un *remate de gavillas*. Las últimas que ató en los campos el gavillero, llegaron en enorme carreta, convertida en Sinaí de paja y espigas, y como es costumbre entre la gente del campo, guió Roque la faena de adornar los bueyes con tallos de cañas y clavar también algunos en lo alto de la carga, encima de los cuales tendió cada

cual, á guisa de bandera, su faja, y celebraron el feliz remate de la siega.

Al apuntar el sol, el manijero tiró el sombrero por alto y entonó el *¡Santo Dios!* de cada aurora, que fué contestado á coro por las voces de la cuadrilla, la cual elevó su oración ante el sublime espectáculo de la naturaleza. Esta ceremonia magnífica que se verificaba á cada amanecer, fué ahora más inspirada y conmovedora que nunca, y más impregnada de sentimiento divino y religioso.

Quien oye esta orquesta de voces al salir una serena mañana á los campos, y en medio de la resonancia de las arboledas y del sublime rezo de los manantiales, se penetra de la idea de los trabajadores que antes de poner mano á la tarea aclaman al Dios de cielos y tierras, y ve temblar al mismo tiempo los collares de rocío en las hojas cuyas gotas humean á los tibios rayos del sol, y

aspira el aire franco y libre que viene á carrera tendida por las vides, y se entrega en cuerpo y alma á los goces de la naturaleza, no puede por menos de sentir la llegada de las lágrimas á los ojos y de inclinar á tierra la frente antelas grandes maravillas de Dios.

El esquilón, cuyas notas de bronce llegan en alas del viento desde el recinto humilde de la aldea; la voz del hombre que entona su copla, y llega á los oídos con la indecisión de las ráfagas de música lejana; el andar soñoliento de los bueyes que tienen el profundo reposo de la tierra; el canto de los pájaros que forman ruídos y algazaras en las torres de hojas de los árboles, todo lo que en el campo tiene movimiento, luz ó sonido, acaba por llenar de inspiración nuestra mente y nos hace recibir la invisible comunión que lava de pecado, que Dios ofrece al hombre en la naturaleza.

A la vista de tanta magnificencia y sentada á descansar en una peña del camino que dominaba toda la extensión de la comarca, quedóse Antonia, una hora después de su salida del cortijo, abismada en los pensamientos que le mordían el cerebro, y aquella mujer enérgica, que de haber nacido en más elevada esfera hubiese hecho de reina incomparable, ante la cual sólo hubiera habido justicia, sin entender, como no entendía, de fenómenos naturales ni ser apta para apreciar las deformidades humanas, echó á volar el pensamiento, impregnado de compasión y misericordia, considerando que hombre tan justo y recto como el cortijero, para quien sólo tenían encanto las cosas buenas del mundo, hubiera podido caer en semejante precipicio.

A su manera, fué pensando cómo es de imperfecta el alma humana y cómo por

cada punto de luz que la ilumina, lleva infinitos lunares de sombra.—«Mentira son la justicia, el honor, la virtud,»—fué diciendo de esa manera que se habla cuando un reflejo místico enciende el corazón y le hace sobrenadar como arca sagrada por cima de las tempestades del mundo.

Aquel pueblo que miraba á sus pies era el suyo propio, el mismo donde había nacido, el mismo cerca de cuya fuente oyó las primeras palabras de amor de un hombre, para el que todavía, muchos años después de muerto, tenía levantado un indestructible altar en su pecho.

¡Y pensar que en aquellas casas sobre las que lucían como blancas pinceladas de un idilio los bandos de palomas; que abajo aquellos techos sencillos se albergrían acaso la perfidia, la traición, lo imprevisto y monstruoso, innatos á la naturaleza humana!...

Después fuésele el pensamiento hacia la joven, hacia el *Gusano de luz*, que juzgaba á su manera como un ser inocente del todo, como una encarnación de la juventud desprovista de toda malicia y dispuesta sólo á las vehementes expansiones del amor.

Si ella, Antonia, hubiera nacido hombre, cuerpo á cuerpo y brazo á brazo hubiera arrancado su víctima al enamorado; pero su posición, de una parte, dentro de la casa, y su condición de mujer por otra, devolvían la disparada fuerza á su pecho, y hacían retroceder el relámpago al punto de partida. Con todo, lucharía, pondría las peras á cuarto al viejo, resistiría hasta no sucumbir, sino siendo arrollada en el combate.

Alzóse de la piedra arrojando un hondo suspiro, y emprendió nuevamente el camino.

A aquella hora, caían en la era, de la en-

galanada carreta las gavillas, ya desatado el *cintero* de los haces, y la *vierga* echaba los manojos á tierra movida por la robusta é inteligente mano de Miguel.

Al cortijero, sentado después del almuerzo junto á la era bajo el sombrajo de los trabajadores, que también habían acabado de almorzar, llenábale el ojo la espléndida faena de verano, y libre por aquel día de la imponente presencia de Antonia, que como él bien decía había llegado á cobrarle respeto, embebíase en la alegría bulliciosa del cuadro, sintiendo la fuerza de la juventud invadir todos sus miembros lo mismo que si volviera á los floridos años de su vida.

Verdaderamente que el hombre, trocado de viejo en mozo por el amor, sentía los excesos de vida que ya creía idos para siempre, y hasta su cuerpo tomaba la robustez proporcionada á las grandes actividades de su espíritu.

Luego, la balanza que se mecía dentro de su alma, inclinándose ya al deber, ya á la pasión, volcóse por completo tras de fieras y empeñadas luchas de este lado, y su ser todo, su pensamiento, su vida, corrían como el misterioso polen por el aire á dar nuevos abrazos y á repartir nuevas caricias á la que llenaba por completo sus sentidos.

El día ayudaba también á abrir de par en par los *poros del cuerpo y los del alma* y á solicitar cambios y emociones de amor.

Rendidos los árboles por el sol caliginoso que caía á plomo del cielo, inclinaban sus ramas formando lánguidos pabellones que recordaban posturas de mujeres hermosas y escorzos de cuerpos juveniles.

En los rosales que tenían encerrada en abrazos de flores la vivienda y que colgaban de escalas los muros como si alguien fuera á subir á hablar de amores en las re-

jas, dábanse entre el follaje sus encendidas bocas las rosas y prolongaban el beso durante las pausas solemnes de la siesta. Mermados los arroyos, enseñaban cenefas blanquecinas donde caía el sol gota á gota como en la copa cae gota á gota el vino reluciente; los tallos resecos de las veredas; los moños de pitas duras y espinosas que marcaban las lindes de los campos; los juncos que se yerguen con más brío en la siesta á orilla de las fuentes; los arbustos pequeños rendidos por el calor, y los rastrojos con intenso *olor á verano* que dejó la hoz como desigual bordado de oro en la tierra, acusaban con una fuerza extraordinaria la sombra, lanzaban batientes enérgicos sobre los campos, en los cuales se alzaba un espeso tejido de vapores que el cortijero veía subir á través del espacio mirando el indolente escorzo del paisaje, y sintiendo que se exhalaba de sí otro vapor de cuerpo caldeado,

otro hálito de fuerza y de vida que se desparramaba como llama invisible por el aire.

Roque guiaba los ferrados caballos en la era haciéndoles dar vueltas de horario dislocado, y acentuaba la pesada siesta con su copla que salía cantada como por labios untados de ópio según lo lánguido y perezoso de su ritmo.

Los ecos llegaban á oídos del viejo semejantes á los distantes de una caravana que va atravesando el desierto.

Luego, el aroma intenso de la paja que saltaba al choque de las bestias en brillantes explosiones de oro; el aleteo de las hojas que hacían el efecto de castañuelas de idilio; el insecto que pasaba zumbando su nota como si fuese la errante y perdida vibración de una copa, y el pío de los pájaros echados en las hojas y dándose el pico entre píos sonoros como besos, sublevaron la

naturaleza del hombre y extendieron emociones intensísimas por su cuerpo, que fueron á morir como siempre, tras de una recia picada, en su cintura.

Dirigió los ojos, trepidando dentro de sí mismo y con algo de extraño en ellos al cortijo; púsose en pie como si lo alzara la misma naturaleza, y dió algunos pasos dentro de la sombra que su cuerpo en forma de horrendo murciélago proyectaba.

Alegre y rumoroso con su estruendo de hojas y alegría, movía, en tanto, sus pabellones flotantes la selva de álamos que se alzaba á espalda de la casa, cerca de la huerta, y un millar de pájaros volaba del arroyo oscuro y cristalino que cruzaba el fondo de la selva, á las ramas, zambullándose de paso en las rientes trenzas del arroyo.

Una vez que vióse libre Concha, se deslizó por la puerta falsa de la casa, según

tenía por costumbre, y fuése á pasar la ardorosa siesta bajo los álamos.

Nadie podía distraerla en aquel sitio porque rara vez acostumbraba nadie á visitarlo; pero ahora, ni la gente misma que verificara sus operaciones en la huerta, hubiera sido parte á distraerla, pues fija en una tenaz idea, miraba con fijeza el agua, dejándose cubrir, efecto del sol pasando por las hojas, de una túnica de lunares de luz que corría como un encaje de oro por su cuerpo.

Al pisar el viejo el cortijo y no hallar en ninguna estancia á la muchacha, escurrióse por la misma puerta y tomó la cercana dirección de los álamos.

Los trabajadores entregábanse durante aquellas horas al sueño, excepto Roque que seguía entonando sus canciones de trilla dando interminables vueltas en la era.

Debajo de los cobertizos de hojas y de

ramas; echados bajo los brazos rastreros de la higuera, donde el zagal entreteníase en ver, con recóndito misterio, la gota de leche que salía del palo de higo cortado; escondidos bajo una retama que hacía sonar al aire sus semillas como cascabeles afónicos; bajo los pámpanos de las cepas en que parecía sonreir algo del paisaje griego, soleado y lascivo, dormían los sosegados hombres la siesta, viéndose en sus caras los ramalazos de sangre por efecto de las malas posturas y escuchándose los ronquidos del que descuidado descansa y duerme á pierna suelta.

En el cortijo, no oíase otro rumor que el del canario al limpiarse el pico en la varilla, ó la llamada de la clueca á sus pollos para enseñarles el perdido grano de cebada.

¡Momento deseado por el cortijero! Su sangre huía aborbotonada por sus venas

y se estrellaba en espléndidas rompientes en su cerebro; la pulsación casi impedíale respirar, tal era de violenta.

Procuró dominarse, con todo, y penetró bajo la bóveda de árboles.

El vaho de frescura en medio de aquel día de llamas, corrió con la sensación de una ola de nieve por su cuerpo y pareció quererle romper la escala de vértebras por la cintura.

Nunca pasó con tanta repidez del calor excesivo al frío polar, ni nunca volvió de nuevo y con más presteza al calor. Aquello no era ya hombre dueño de raciocinio, era una pasión, una fuerza.

Al verle llegar, Concha bajó los ojos por pudor, y enlazó las manos en su falda entre un montón de florecillas que había estado deshojando.

—¡Hola! ¿estás aquí?—dijo él rompiendo el silencio, como quien hace un portillo

para entrar;—¿has venido á echar un rato de siesta?

—Tenía mucho calor y busqué este sitio que es más fresco.

—Bien hecho: así como así, á mí me ha pasado lo mismo y he venido también bajo los álamos... ¿Sientes que llegue á distraerte?... agregó sentándose á su lado y temblando como una sacudida cuerda su cuerpo.

—No, tío; me alegro de que vengas, pero ya ves, puede llegar Antonia...

—Hoy no hay temor ninguno, tontuela—dijo dándole un palmadilla en la cara de un modo como jamás se la había dado, y sintió que le hacía involuntariamente rápida contracción un nervio debajo de uno de los ojos;— hoy ha ido Antonia al pueblo y nadie puede molestarnos.

La nariz del viejo dilataba sus dos ventanillas como caballo lanzado á la carrera, y

dijérase que venteaba secretas virginidades y purezas. Su respiración no recogía aire bastante para su pecho.

En tal situación, ya no pasaba una sola idea por su cerebro.

La inteligencia de la sangre, la pasión, sacudía como ráfaga impetuosa sus nervios y desencajaba sus huesos, un tanto doloridos de placer.

Concha chocó sus ojos con los del hombre, y dejó abrirse un puñado de rosas en su tez: el viejo poseía en aquel momento todos los extraordinarios bríos de su juventud.

—Conque... aquí tuvo el hombre un atragantamiento de esos que forma la emoción, y después de deglutir para deshacerlo,—conque ¿has venido á echar una siesta? dijo sin notar que repetía lo mismo que ya había preguntado:—Si quieres... la pasaremos los dos juntos en este sitio.

El bosque empezó á girar de nuevo á los ojos de Concha, pero esta vez no pudo ya recobrar el propio dominio.

La selva entera brilló de pronto ante ambos con una luz superior en fuerza á la del sol; inflamóse en átomos de oro el ambiente, y el supremo arrebato de pasión, resolvióse, ya amortiguada la llama, en el descanso de un beso absolutamente largo y tranquilo.

XX

A LAS ANCAS

La noche fué terrible, singularmente para el viejo que midió con la inteligencia toda la profundidad de su culpa, pero provechosa cuanto á trazar planes que habrían de cumplirse, con los cuales remediar el daño causado.

No sentía tener por esposa á su sobrina, que era buena de alma cuanto puede serlo un espíritu encerrado en cuerpo de mujer; pero temía demasiado el ridículo para no

irse con pies de plomo en punto á dar á las gentes la inesperada noticia de su enlace.

Porque esto fué lo que resolvió para quedar bien con su conciencia. No era hombre que diera una palabra y en el acto no tratara de cumplirla. Lo que no veía claro, ni abordable bajo ningún concepto, era pedir á su hermano la muchacha y darle también de paso la noticia estupenda de su enamoramiento. Claro es que para nada tenía que decirle la perfidia cometida con el *Gusano*, puesto que se hallaba dispuesto á remediarla; pero con todo, el acto de coger la pluma—porque él no iba ni atado á hablar, frente á frente, á su hermano—para decirle que había resuelto casarse y que la contrayente era gustosa en ello, lo veía como una montaña, sobre la cual tendría que pasar si quería cumplir como hombre de honor y de conciencia.

Lo hizo así, después que vió que no ha-

bía otro remedio, y agregaba al final de la carta, «que se casaba, que se casaba á escape y corriendo, antes de que fuera á negarle á su hija, para la que deseaba toda su fortuna y á quien dedicaría la mucha ó poca vida que le restara.» «No vengas, querido Andrés—decía,—ni venga tampoco nadie de la familia: comprendo la diferencia de edad que hay entre Concha y yo, y lo que quiero es que nos casemos sin ostentación alguna, porque ya sabes lo *novelera* que es la gente y el escándalo que armaría.» «Venid, sí, pero pasado algún tiempo, cuando poco á poco se haya ido sabiendo la noticia. Confía en mí, querido Andrés que tu hija será reina y señora de mi casa, y no habrá de tener en torno suyo más que respetos y cariño. Perdona esta acción de tu hermano, y participa mi resolución á la familia.—Tuyo, *Sebastián*.

No hay que decir si llevaría mazada en

el cráneo D. Andrés al leer la carta del viejo y si lo llevaría de igual modo la descuidada madre de Concha; lo que hay que decir es que en una de las mañanas próximas, mañana de domingo, iría el cortijero con su sobrina al pueblo vecino con el pretexto de oir misa, acompañándose de dos trabajadores de su confianza que harían de testigos, y que el casamiento se verificaría á puerta cerrada dentro de la iglesia para no dar pábulo á los vecinos del lugar. Así, una vez que hubo hecho el propósito, comunicó su plan á la joven.

Muy de mañana, pues, púsose de punta cuando llegó el día prefijado, el buen hombre, con algo de extrañeza de parte de Antonia, que no acostumbraba á verlo madrugar de aquel modo, y mandó á Roque y á otro trabajador que aparejaran las bestias, porque Concha (y alzaba la voz para que ésta lo oyera) había manifestado de-

seos de ir á misa y era preciso que ellos y él la acompañaran.

A decir verdad, Antonia no acogió mal la noticia, menos aun cuando oyó que no irían solos el viejo y la muchacha.

—¿Qué borrico se querrá morir para que él *mraugue* tanto y se arranque á ir al pueblo?—rumió *in mente* Antonia, que aun no había desarrugado el ceño desde la noche en que evitó el peligro cerca de la reja.—Si no es que se arrepiente, añadió, de sus malas pasadas, y quié meterse á beato...

Y con estas indecisiones entre cejas, entróse cocina adentro y empezó á remover cacillos y peroles.

—¿Te has olvidado de que vamos hoy á misa? preguntó el viejo asomando la gaita al cuarto de la joven.

—¿A misa?—dijo ella sin caer al pronto en el ardid.

—Sí, mujer; estás durmiendo todavía.

Y como de pronto adivinara el enredo, clamó con voz de pájaro que se despierta cantando en el nido.

—Sí, sí, no me acordaba, allá voy.

El acento se lo hubiera envidiado la actriz más consumada del mundo, tal es la condición de la mujer, aun siendo tan inocente como Concha.

Vistióse con todo esmero, porque á casarse sabía ella que iban las personas muy engalanadas, y salió á la explanada con los signos de una noche nupcial en el semblante.

Una vez á las ancas del caballo y agarrada con un medio abrazo al viejo, que también, á pesar de sus disgustos, habíase puesto el *endino* lo más rico y vistoso del arca, como viniera el sol del lado del mar en forma de varillaje de abanico, tiñéronse de fuego las dos figuras hasta el comedio de los cuerpos, y Concha tuvo que poner

sobre su rostro abierta la vitela, para enviar á Antonia y á los que se quedaban su saludo.

Los acompañantes echaron uno detrás y otro al costado de la bestia, y empezaron á dar puntadas á la vereda.

Sea que una vez hecha su resolución de remediar la falta y de tomar por esposa á su sobrina el alma del viejo volcó, como si dijéramos, su carrada de culpa, y quedó libre del peso; sea que el aire de la mañana y la perspectiva del paisaje alegraran su vista y su cerebro, ó sea simplemente que el verse con una mujer tan hermosa á las ancas, rodeándole, para forzar más el argumento, con uno de sus brazos el talle, despertara en él ganas de retozo y de juego, es lo cierto que la risa, que rara vez solía asomar á sus labios, los abrió no bien dejaron á espaldas el cortijo, y comenzó á embromar á la muchacha.

Ella sentía un goce supremo, el goce sublime y puro, en lo posible, qué puede caber en una naturaleza sensual, algo á lo helénica, cuando lo espontáneo y desprovisto de artificio atenúa lo feo del pecado.

Pero lo más notable era que ella, que nunca había montado de aquel modo, se pegara con tal arte al cortijero, no pudiéndose achacar la destreza sino á evidente milagro del amor.

Por su parte, él recogía, *reunía*, como dice quien lo entiende, el brioso caballo para que se alcanzara con los brazos al pretal, y hacía trazar al cuello de la bestia un arco gentilísimo, arco como no se ha visto otro igual ni en los caballos del clásico Velázquez.

Bien es verdad, que en clase de viejo, y de viejo rico y noble, que no es lo mismo que viejo á secas, el tío Sebastián era de lo más currutaco en llegando la ocasión ro-

dada, y como la ocasión no podía venir más de perilla, desdoblada y desdoblaba, si así se me permite jugar con las palabras, sus facultades de caballista, y entre el brío que había adquirido su cuerpo á causa de las excitaciones del amor, la juventud lozana de ella y la suprema gallardía del caballo, si la vejez había pasado cerca de la pareja, el amor habíale dicho «perdona», y nadie podría tomar á burla que ella fuese colgada á su cintura.

Los sarmientos llenos de pámpanas que remedaban grandes y verdes mariposas, parecían querer apartarse para que atravesara la felicidad en forma de enamoradas personas. La niebla que se levantaba del lecho de las viñas, sostenía los ojos de ambos con el amor que una almohada sostiene las dos cabezas atestadas de ensueños en la inefable noche nupcial.

Había en el aire que respiraban remolinos

de átomos de oro, moléculas de luz que vibraban como una sinfonía sin ecos de la tierra, y parecían beber con los ojos en el día, en el sol, en la atmósfera donde se descuajaba el rocío, el aliento de la vida universal que surgía de la naturaleza.

El caballo parecía tener inteligencia de lo que pasaba. Movía los arrogantes brazos terminados en cascos amplios y lustrosos, y los alzaba con gentileza bajo el ancho y robusto pecho, que avanzaba majestuoso de frente, con potestad serena y magnífica.

Su nariz ampliaba á cada aspiración los cercos por donde entraba zumbando la vida y dejaba exhalar el aire convertido en vaho caliente que llenaba la boca del bruto de caldeadas gotas de vapor.

Las ancas se movían con la armonía de miembros de una escultura viva y hermosa, y en el haz de crines flotantes parecido al penacho de espuma de un torrente, la luz

formaba brillantes tornasoles y colgaba un velo de rayos y reflejos.

A veces, sujeto de árbol á arbol en medio del camino, tendíase un finísimo hilo de araña, á trozos amarillo, á trozos azul, y á trozos violado, y al cortarlo con la soberana cerviz el caballo, la hebra rozaba el rostro de ambas personas que llevábanse instantáneamente la mano á las mejillas para apartar el hilo luminoso.

Roto como un cable de luz, quedábase tendido en el aire, donde se mecía con el lento moverse de la niebla...

De pronto pasó rozando casi sus caras una acelerada *riña* de mariposas que trazaban trescientos ángulos por minuto. Concha alargó la mano para alcanzarlas y sin poder coger más que algo del polvo de oro de sus alas, lo miró al sol sobre el color de rosa de sus dedos y sonrió á los juegos de luz que iban haciendo los insectos.

Había que ver el paisaje infinito, circuído á lo lejos por nubes como cordilleras, con riscos de nieblas en las cimas y prismas que brillaban al sol como sangriento campo de batalla. Los rayos que venían del horizonte atravesaban el toldo de chispas de oro que las mañanas próximas á otoño suelen tender en los aires.

El pueblo adonde iban enseñaba su campanario allá lejos, disfumado entre el golfo de insectos y moléculas, y la campana hacía venir su eco en medio de placideces divinas como si fuese la voz de Dios que resonara sobre la naturaleza.

A veces pasaba un pájaro que conducía una carga de sol y colores en las alas, y Concha quedábase mirándolo alejarse y alejarse, hasta que á semejanza de materia que se disuelve en el agua, la distancia lo reducía á un punto levísimo, y por fin se *disolvía* en el espacio.

Llegaron al pueblo á tiempo que salía gente de misa, y á pie recorrieron la calle que conducía á la iglesia.

Los trabajadores que habían de servir de testigos, entraron con el viejo y Concha en el templo, y después de la confesión de los culpables, adelantó el reducido grupo al altar.

En medio de la ceremonia, las almas de ambos verificaron el puro lavatorio de sus culpas, y bañadas de un reflejo místico quedaron una y otra sujetas al amor, como al cuerpo del pájaro van unidas un ala y otra ala...

XXI

LA CENCERRADA

La noticia, en los primeros días contenida, del casamiento del ex viudo con flor tan lozana y fresca como Concha, rebosó del cáuce donde tuviéronla contenida, y como agua derramada desde una eminencia, que ese privilegio tienen las cosas caídas de lo alto, bajó partiéndose en infinitos raudales por la comarca, cantando cada chorro y pregonando cada salto la nueva sorprendente é inesperada.

El viejo, que creía poseer sólo en unión de su esposa y dos personas más el secreto, sintió emoción igual á la que sentiría si teniendo fija una luz delante de los ojos, le interpusieran un cristal profusamente tallado: la luz se multiplicaría hasta lo infinito.

En un solo momento vió reproducida la nueva en infinitos seres que sonreían de esa maliciosa manera que se sonríe en asuntos de amor, y con su buen juicio y mejor experiencia comprendió que no podía librarle poder alguno de la cencerrada, así fuera él mucho más santo y noble de lo que era, y así contara con más influencia y más *peluconas* de las que poseía.

Sardina enseñada á una pelota de gatos no produjo nunca más regocijo, ni más bulla, ni, por decirlo de una vez, más jolgorio, que aquella bomba que estallaba en medio de la comarca, ni tampoco se dispu-

so más pronto cosa alguna que se dispusieron en todos los cortijos las cencerras usurpándolas á las reatas; se desempolvaron las latas de petróleo; alcanzáronse de las chimeneas los almireces; sacáronse de las cocinas los cacillos; acaricióse el rabo á las sartenes; echáronse de sus sitios los caracoles; se hicieron porras para dar golpes de bombo á las calderas; requiriéronse los platillos de las parrandas; tiróse del carrizo de las zambombas, y se trajo á retortero cuanto objeto era capaz de música ó de ruído, todo coreado por brutales risotadas y horribles contorsiones, como si se tratara de ir á degollar un pelele ó á hacer cosa irrisoria parecida.

Roque sentía hormiguillo en todo el cuerpo, y le andaba una zarabanda de diablos en los nervios que le trasponía de placer cada vez que pensaba en que él pudiera también pasarse al enemigo y darle matra-

ca á su amo, haciendo lanzar el *dolón dolón* á una cencerra, y confundirse con la marejada de gente que, no bien se echara encima la noche, bajaría, como lo tenían convenido, por aquellas laderas, levantando espantoso ruído de aquelarre.

Una vez resuelto á pasarse, se disfrazó lo mejor que pudo; metióse en la cuadra, llegando á su olfato el vaho del estiércol, que él, en su alegría, no pudo notar; alcanzó de una estaca la cencerra cogiéndole el badajo para que no alborotase y lo denunciara, y traspuso con ella hacia otros lagares, apostándose en el camino hasta que llegara la hora de incorporarse á las filas de los que descendieran.

Era la primera jugada que hacía al santo varón; pero por aquellos días andaba desalentado con el nuevo descalabro que sufrió en forma de orondas *calabazas*, de Rosario, y ya que no podía hacerse querer

de la que le ponía rostro mohino, tomaba aquella venganza con quien de buenas á primeras llevábase el primer palmito del contorno.

No tardó en cerrar la noche, que era más bien negra que parda: con todo, veíanse manchas de luz plateada en las colinas, y los batimentos de sombra se alargaban pardos y confusos, pero no del todo siniestros.

En medio de ese augusto silencio del campo estaba sumido Roque, cuando un eco lejano, que no era voz mística de campana, sino antes bien de cencerra, vino á *escarbar* levemente en su oído, del cual, como si fuera hilo invisible, tiró y tiró hasta poner al mozo de pie y hacerle llevar toda la potencia de sus sentidos al del oído.

El tropel de diablos dió un formidable brinco en su cuerpo produciéndole un transporte de alegría: á aquella campanada

de aviso, por que á no dudar lo era, puso él en alto su cencerra dejándola pendiente del brazo, y, dándole con la mano libre al badajo, le arrancó tan llena campanada, que chocando la robusta onda sonora en las hendidas pizarras de las laderas, rebotó y fué á dar en la cima de un monte, y de allí corrió sonando y sonando como voz repetida de alerta de pico en pico y de cumbre en cumbre, hasta desvanecerse allí donde se alzaba el más distante cortijo.

No fueron necesarias más señales. Como convenidos de antemano que estaban todos los mozos y sirvientes de los demás lagares, el son de la cencerra halló eco en todas las que había en el contorno, y un lejano *dolón dolón* que al principio fué vago y confuso, pero que luego se acentuó como patear de escuadrón que se acerca, oyóse en todos los ámbitos y fué reproducido por todas las peñas, alzándose

un terremoto de sonidos como si trepidaran y vacilaran en sus cimientos las montañas.

A buen seguro que las brujas metieron espuela á las escobas al verse venir encima la tormenta, y los duendes echaron á correr por las cordilleras, y hasta el macho cabrío, que haría temblar su perilla sobre algún abismo negro, lanzaría su espurreo de cabra renunciando al aquelarre, porque era noche de sábado, y huiría á esconderse en alguna cueva siniestra.

A poco, ya no eran sólo cencerras las que alborotaban en los picos y atronaban cerros y cañadas: unas voces agudas y metálicas que en aquel monstruoso concierto representaban las altas octavas, dejáronse oir lejanas y leves, bien como pitidos de luz, y fueron paulatinamente acercándose semejantes á tromba de mosquitos que viniera á descargar en la llanura: eran los vocingle-

ros almireces, que repicaban como campanillas de plata en día de gloria y se despepitaban dando original armonía al concierto.

Del fondo de la enmarañada sinfonía resaltaban con eco ronco las sartenes porraceadas por tenazas y punzones, y echaban como cargas de sombra á la música, que la hacían grave y espantosa. Los cacillos hablaban como seises en las profundas catedrales y destacaban sus ecos *infantiles* al lado de las tremendas latas de petróleo, que traían á la imaginación la manada de osos hambrientos al correr impetuosos por la llanura.

Los caracoles alargaban el tirabuzón de su sonido imitando el bronco oleaje del mar y representaban lo que en el órgano las trompas de batalla; los platillos exhalaban vibración aguda y fastidiosa, que se pegaba al oído como el hilo de nota del

mosquito ó el cerdeo fino y punzante del martillo dando sobre el yunque.

Toda esta intrincada algarabía de trébedes, latas, estrepitosas cencerras, roncas y *subterráneas* zambombas, cacillos con vibraciones de rabo al descargarse en ellos el golpe, y sartenes que lanzaban su repique al preludiar en ellas los martillos, venía, se acercaba, ya resonando en una cresta coronada de gente que daba alaridos de júbilo, ya subiendo de una cañada como legión de ejército que fuera á tomar por asalto un castillo, y los hombres estrechaban su círculo viniendo de todos lados del horizonte, y el cortijo quedaba encerrado en medio de la monstruosa invasión.

Deshiciéronse los perros en ladridos al sentirse cercados de tan numerosa gente, y no sabiendo á qué punto acudir, dábanse de encontronazos en la carrera y mordiscaban hoscos y terribles las paredes.

La primera impresión del viejo al precibir clara y distinta la cencerrada, fué la de terror y al mismo tiempo de vergüenza, al ver cómo el instinto del pueblo y la severa autoridad de las costumbres, condenaban lo que iba contra naturaleza, no siendo apto el pueblo mismo para dilucidar y poner en claro el absurdo, digno de estudio en nuestro tiempo por lo mucho que abraza y que comprende.

Instintivamente echó mano al aire como quien desea coger un objeto para con él clavar puertas y ventanas, y después poner la indiferencia en sus oídos.

Mandó atrancar bien las maderas y echar la llave á las cerraduras, y se dispuso á sufrir la atronadora fiesta del ridículo que venían á ofrecerle de todos lados.

Nada decía la muchacha, que desconocía la costumbre, aunque vagamente había oído hablar de ella; pero también sentía

vergüenza inexplicable que le encendía el rostro en ráfagas intensas.

Fuera, un espantoso tumulto, un motín semejante al de las insurrecciones populares, envolvía en una marejada el cortijo, cerrado á piedra y lodo, y se posesionaba de la explanada, de las tapias que rodeaban el edificio, de los lagares de pisar la uva, del cobertizo de los bueyes que movían, *azollispados*, la cornamenta, y de todo lo que podía servir de mirador cerca de la casa.

Allí estaba montado en una cabezada de toldo el cínico y espantoso Juan Requejo, arriero del cortijo inmediato, con la bocaza abierta de risa y la cencerra puesta en alto arrancándole su nota grave y pausada; veíase allí al regocijado Periquín, trabajador conocido en la comarca por sus inacabables decires á las mozuelas, para las cuales punteaba primorosamente la guitarra y

lanzaba, suspirando, su copla; hacíale compaña el tonto Roncales, dando manotadas al aire, ya que el idiotismo impedíale lanzar palabra, y echaba la risa imbécil como pavo que estornuda su canto; alzábanse en un *rebellín* compadres en desvergüenza y compañeros en barbarie, dándole á la mandíbula con golpes atronadores de risa y á la lengua con afrentosas chanzonetas; todos, unos dando golpes y martillazos á las sartenes, otros arrancando su plañido á los almireces, los de aquí soplando en un caracol con fuerza que ponía estallando sus lagrimales, los de allá arrastrando sobre las puntiagudas piedras las latas de petróleo que acabaron por intimidar y hacer huir á los perros, dirigían desde todos los puntos de la casa una lluvia de improperios al recien casado, que allá en sus habitaciones mordíase los labios de rabia y paseábase como fiera enjaulada y furiosa.

En los cortijos que á lo lejos enseñaban sus bocas de luz en la sombra; en las casas de campo que salpicaban el terreno y se extendían como pueblo diseminado por la costa, ladraban furiosos los mastines y daban tironazos á las cuerdas, deseando salir disparados. Toda la gente en diez leguas á la redonda salía á las portadas á oir la enorme cencerrada y á comentar y zaherir los méritos y circunstancias de los contrayentes.

Tres mortales horas estuvo la matraca dale que dale y ronca que ronca á la puerta del viejo, y otras tantas estuvo publicándose la noticia á los cuatro vientos; hasta que rendidos los brazos de apalear sartenes y peroles, cansadas las manos de darle á las zambombas, desfallecidos los alientos de introducir aire en los caracoles, desmayadas las bocas de vomitar injurias y amenazas, afónicas las gargantas de lan-

zar gritos y denuestos, tocó aquella infernal batahola á dispersión, y se derramó, semejante á retirada de escuadrones en batalla, por los despeñaderos.

Las cañadas despertaban sus ecos al paso de la imponente fiesta nocturna, mezcla de zambra y aquelarre, y salían las aves disparadas de las frondas dejando cortado su sueño, y las culebras taladraban la hojarasca arrastrándose con fiero silbido, y los lagartos removíanse en sus celdas de piedra, y el suelo entero retemblaba al rumor de trompas y bocinas.

La invasión diseminóse por las laderas subiendo pendientes y repechos, coronó como soldados en días de guerra los picos y las cimas, fué gradualmente alejándose con sus músicas y ruídos á semejanza de los círculos que se abren, y amplían, y desvanecen, en el lago, vibró la última cencerra en la distancia, vino cabalgando en el

viento el eco del postrer caracol, y el silencio echó su piedra pesada sobre los campos, dejando sumida en profundo silencio la comarca.

El pueblo había ridiculizado el acto del viejo, y había apuntado con intuición maravillosa al problema de las aberraciones del amor.

¿Quién es el llamado á plantearlo, y quién, tras de severo estudio, á resolverlo?

FIN DE LA NOVELA

Empezada en Madrid y acabada en Sevilla, en Abril de 1898.

ERRATAS MÁS NOTABLES

Pág.	Línea.	Dice.	Debe decir.
12	18	las trajes.	las trojes.
61	15	Entretenido de estas cábalas .	Entretenido en estas cábalas.
226	10	y movió	y moviólo.
252	5	y siendo	siendo.
282	16	soberaano	soberano.
304	18	abajo	bajo.

ÍNDICE

	Dedicatoria	5
	Nota	7
I.	El desayuno	9
II.	Monólogo	23
III.	Al rumor del agua	33
IV.	Arre, burro	43
V.	Camino adelante	57
VI.	Pie á tierra	73
VII.	La fiesta en los lagares	87
VIII.	La rotura de la crisálida	107
IX.	Al son de la cigarra	115
X.	La vuelta de misa	129
XI.	¿De qué es este palito?	149
XII.	Las bromas campesinas	161
XIII.	La Buenaventura	179
XIV.	El amasijo campestre	207
XV.	Batalla	229
XVI.	¡Ladrones!	247
XVII.	El juego de las brujas	261
XVIII	Drama en la sombra	283
XIX.	A toda luz	299
XX.	A las ancas	319
XXI.	La cencerrada	333